

# Yo no decidí soñar

EVA CORNUDELLA



Yo no decidí  
soñarte  
Eva Cornudella



[www.alentiaeditorial.com](http://www.alentiaeditorial.com)  
[www.facebook.com/alentiaeditorial](https://www.facebook.com/alentiaeditorial)  
[twitter.com/alentiaed](https://twitter.com/alentiaed)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editorial. Todos los derechos reservados.

El autor espera que ningún lector se sienta ofendido por el contenido de estas páginas. Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con la realidad o semejanza con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

© Eva Cornudella, Octubre 2018

© Alentia Editorial S.L., Octubre 2018

C/Juan de Garay, 11, 08041 Barcelona

© Diseño Cubierta: Fernando Florit

© Maquetación Cubierta: Carlos Pérez de Tudela

© Maquetación interior: Carlos Pérez de Tudela

Primera Edición

ISBN: 978-84-943911-9-4

Depósito Legal: B 22491-2018

Impreso en España - Printed in Spain

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»



*A mis padres*

(Turandot, Giacomo Puccini)

*El príncipe desconocido*

¡Que nadie duerma! ¡Que nadie duerma!

Tampoco tú, oh Princesa,

en tu fría estancia

miras las estrellas

que tiemblan de amor y de esperanza.

## Primer día: La decisión. De Barcelona a Málaga

### Lola

Lola abre los ojos y durante unos instantes piensa que es domingo. La realidad irrumpe al momento, como un mazazo, y toma conciencia de que es lunes. Sabe que tiene que ir a trabajar y cada día se ve con menos fuerza para ello. Intenta alargar hasta el máximo el temido momento de levantarse, y cuando finalmente coloca un pie en el suelo la habitación parece dar mil vueltas.

Sale de la cama, y se arrastra a gatas hasta el cuarto de baño. Vomita. El cuerpo se le retuerce en un dolor intenso y un gusto amargo le sube a la garganta; cae en la cuenta de que hace muchas horas que no tiene nada en el estómago.

Los primeros días creyó que había cogido un virus intestinal, de esos que atacan sin piedad, pero ha comprobado que salvo el mareo que le da a primera hora de la mañana el resto del día se encuentra razonablemente bien. El mareo solo la ataca al despertar, cuando abre la conciencia a cada nuevo día.

Después de descartar lo del virus se planteó la posibilidad de estar embarazada, pero le pareció casi imposible, pues lleva puesto el dispositivo intrauterino. Aunque lo cierto es que no recuerda cuándo es la última vez que ha ido a la revisión del ginecólogo. Quizás esté caducado.

Ante la posibilidad del embarazo le entró un miedo espantoso. No se siente preparada en absoluto para afrontar la maternidad en este momento de su vida. No tuvo hijos con Martín, su marido, cuando pudo, y ahora, viviendo sola y con los ataques de ansiedad que le están dando últimamente, cree que sería una auténtica locura.

La cuestión es que Lola no tiene un virus ni está embarazada. Lo que tiene es un estado de ansiedad tremendo, un cuadro ansioso depresivo de caballo. Hacía tiempo que lo sospechaba, pero no lo acabó de aceptar hasta que se hizo la prueba del embarazo y le salió negativa. Entonces no le quedó más remedio que asumirlo; estás ansiosa Lola, y esto se te escapa.

Desde la muerte de Martín se ha levantado día tras día sin dar entrada a la tristeza ni al duelo, pero de un tiempo a esta parte, tras algunas temeridades cometidas —bueno, en realidad solo una pero que vale por varias—, todos los sentimientos contenidos y toda la angustia han salido a borbotones.

Así que Lola ha decidido tomarse un tiempo.

Ha decidido tirar la toalla de la valentía impostada y de ese sentido del deber inquebrantable que la han acompañado toda su vida y que, más que

virtudes personales, son una condena que le pesa como una losa.

Y hoy es el primer día de esta decisión.

Lola sale de casa y se va directa al Centro de Atención Primaria de su zona. Sabe que los lunes está Mario al frente de la consulta de psiquiatría.

Mario es su psicoanalista. Normalmente la atiende en consulta privada, que es donde realiza la terapia psicoanalítica, pero los lunes trabaja en la medicina pública como psiquiatra. Así que va decidida a pedirle un favor; desde el CAP podrá cursarle la baja. Son amigos desde hace años y le tiene confianza; la suficiente como para presumir que le preguntará poca cosa, lo estrictamente necesario.

—Me has de dar la baja— le pide nada más entrar en la consulta.

Mario la invita a sentarse e intenta tranquilizarla. Los martes por la tarde se ven en consulta. Hoy es lunes, y sea lo que sea que preocupe a Lola bien puede esperar al día siguiente.

Lola se remueve en la butaca, inquieta, y niega con la cabeza:

—Mario, sabes que nunca te he pedido algo así. No faltó al trabajo ni cuando tengo fiebre, pero ahora lo necesito de verdad.

Antes de que el médico pueda decir nada, Lola insiste:

—Te lo pido por favor, necesito la baja ya. Me has de ayudar. He de salir de ese lugar como sea. No puedo entrar cada día en clase como si no pasase nada. No soy capaz de concentrarme. Esta semana ni siquiera he podido corregir los exámenes. Solo será hasta que acabe el curso; luego todo será distinto.

Mario la mira con seriedad. Lola espera su respuesta casi sin respirar.

—Tal como te veo quizás no sea preciso ni mentir —contesta el médico—. Mira, Lola, hace tiempo que tengo la sensación de que no me explicas las cosas como antes. Ya me entiendes. Me cuentas las cosas a medias y no me dejas ayudarte.

Lola no responde. Solo piensa en el dichoso parte de baja. La baja, la baja. Mira el teclado del ordenador sobre la mesa de Mario. Le mira las manos. Desea que se ponga a teclear de una vez y emita el parte. No contestes, Lola, no hables. Tranquila, te da el parte y te vas.

—Sí, no me mires así. Lo hemos hablado decenas de veces; la terapia no funciona si te guardas cosas. Puedo intuir algunas, pero no todas, y tampoco hasta qué punto te afectan. Desde luego si no quieres no me expliques nada, pero si estás metida en un problema me gustaría ayudarte. Además de tu médico, soy tu amigo, por si no te acuerdas. A ver, ¿qué ha pasado que te ha

alterado tanto? ¿Dónde vas a ir? ¿Te vas a quedar en casa o te vas a alguna parte?

No le queda otra opción que responder.

—Me voy a Ronda, a casa de mi hermana— contesta Lola, intentando evitar abrir una vía de conversación con Mario que se ve incapaz de soportar—. Cuando llegue allí te haré una llamada, Mario. Te lo prometo. —Saca las llaves de su bolso y las deja sobre la mesa del médico—. Si no te importa te dejo un juego de llaves de casa, y cuando puedas te pasas a echar un vistazo: coger el correo, mover las persianas, esas cosas... En fin, mirar que no haya nada raro, ya sabes.

Mario coge las llaves y asiente. Se gira hacia el ordenador y se dispone a preparar un parte de baja.

—Otra cosa —continúa Lola, luchando por aparentar que lo que va a decir no es demasiado grave—, voy a cambiar el número de teléfono móvil. Te lo daré en cuanto lo tenga.

El médico se gira de nuevo y esta vez le habla con seriedad.

—Si te está acosando dímelo. —Lola sabe perfectamente a qué y a quién se está refiriendo Mario. El comentario del cambio de número teléfono no se le ha escapado al médico. Le ha confirmado lo que intuía, y le ha alertado sobre el verdadero motivo de su marcha. El estado de ansiedad de Lola es a todas luces excesivo.

—No... Bueno, sí, pero difícilmente alguien lo vería así —contesta Lola.

Mario sabe que Lola no le explicará nada más. Se levanta, recoge el parte de baja de la impresora, echa una firma rápida y se lo entrega.

Lola le da las gracias y le abraza con fuerza, se guarda el informe en el bolso y sale de la consulta sin mirar atrás.

Primer día: La decisión. De Barcelona a Málaga

Silvia

Silvia está encerrada en el cuarto de baño. Ha decidido no salir de ahí hasta que Javier, su marido, salga de casa. Espera oír el golpe de la puerta para quedarse sola en casa. No quiere mirarle, no quiere siquiera despedirse de él.

Pero no oye nada. El silencio absoluto. Se pregunta qué porras debe estar haciendo Javier ahí fuera, tan callado. Cuando ella entró en el cuarto de baño ya estaba completamente vestido y se estaba acabando de colocar el móvil y la cartera en los bolsillos del abrigo, de forma que es inaudito que tarde tanto en irse.

Lo imagina peinándose una vez más delante de la cómoda. Quizás ajustándose la corbata. Hasta volviéndose a poner colonia. Vete a saber.

En estos momentos siente que lo odia. Que lo odia profundamente. Lo que más le duele es que él sabe que le está haciendo daño. Ella se lo ha dicho. Se lo ha dicho claramente. Pero él, sin embargo, insiste en irse. Y se va con Elsa, sí, con Elsa. Y a ella no le queda otra que asistir de nuevo al numerito como una idiota. Eso es quizás lo que más le indigna.

Pero Silvia no es idiota. No lo es en absoluto. Oye pasos que se acercan. El silencio dentro del cuarto baño es absoluto. Nota el roce de las manos de Javier al otro lado de la puerta. Esas manos, tan suaves. Tan cálidas. Tan elegantes. Está a punto de llorar.

—¿Silvia? ¿Estás bien? ¿Pasa algo? —pregunta Javier a pocos centímetros de la puerta del cuarto de baño.

Silvia no responde. No quiere responder. Pero sabe que si Javier insiste en quedarse esperando hasta que salga va a acabar por tener que contestarle algo. Está pensando el qué y en qué tono. Se muerde la lengua para no liarse a gritos. Empieza a contar hasta diez. Primero hacia adelante y luego hacia atrás. Acaba y sigue contando hasta veinte. Sabe que no puede permitirse formar otra escena, sería patético. La sangre le palpita en el cuello y en las sienas. Nota un flujo extraño por los oídos, como si los capilares le estallasen en el interior con el ruido de un aspersor de riego.

Respira hondo. Por mucho que le dé rabia lo que está ocurriendo no merece la pena perder los estribos y mucho menos que le dé cualquier ataque de algo, de lo que sea. Lo del ruido de los aspersores de riego en los oídos la está asustando. A lo mejor le ha subido la presión y se la está jugando. Y todo por un ataque de rabia.

Silvia tiene una profesión de riesgo; es abogada y lleva mucho estrés. Un ictus, un derrame, cualquier cosa semejante, y se queda tesa sentada sobre la tapa del váter mientras Javier, maravillosamente vestido y oliendo a Armani, la espera tras la puerta.

Empieza a fantasear; se imagina a Javier preocupadísimo, viendo que pasa el tiempo y no sale del cuarto de baño, echando la puerta abajo y llamando al 112.

Se imagina a sí misma saliendo de su casa en camilla, así, tal cual va, en pijama y sin maquillar. Se visualiza cuando la suben a la ambulancia, con Javier y Elsa flanqueándola, uno a cada lado de la camilla. Porque seguro que eso lo vería Elsa. Vamos si lo vería. Sería un espectáculo como para perderselo, la muy zorra.

Elsa, la buena de Elsa. La loba con piel de cordero. Seguro que está abajo, esperando a su marido. Con su talla treinta y ocho de vaqueros, arreglada de la cintura por supuesto. Siempre insiste en esa insufrible coletilla: “arreglada de cintura”. Lo dice de una manera especial, separando las sílabas y vocalizando mucho: a-rre-gla-da-de-cin-tu-ra. Como si calzarse una treinta y ocho le supiera a poco. Elsa tiene que dejar bien claro que se arregla los vaqueros porque la cintura le baila. Eso lo sabe hasta el portero del edificio.

Los ojos le desbordan lágrimas de rabia. Piensa que Javier es un idiota. Un auténtico idiota. Está convencida de que sigue ahí fuera esperando que salga del cuarto de baño para verle la cara. No se va a marchar sin darse antes el gusto de verla enfadada. Y encima tiene la desfachatez de preguntarle si le pasa algo. La pregunta en sí ya es una ofensa casi tan grande como no realizarla. Por supuesto que le pasa algo. ¡Vamos, si le pasa algo!

Y lo que más le enciende la sangre es que Javier lo sabe. Sabe perfectamente lo que le pasa. Lo que no sabe, lo que no puede llegar a imaginarse es lo que le va a ocurrir a él esa misma noche, cuando vuelva a casa, cuando regrese de Madrid, cuando se despida de Elsa al bajar del AVE y entre alegremente en casa con su clásico tintineo de llaves y ese “holaaaa” que alarga como una cantinela.

Esa noche nadie le responderá. Bueno, su hijo Dani seguramente sí, una vez se quite los auriculares. Pero ella no estará en casa para bailarle la salsa.

Silvia se pregunta por qué no se separaron hace cuatro años, cuando tuvieron la crisis de su vida. Tuvo que haberlo hecho, pero no pudo. Dejó en manos de Javier la decisión. A fin de cuentas, a grandes rasgos, en una lectura superficial de esas que se suelen hacer para las cosas importantes de la vida,

la culpable de la crisis había sido ella, o al menos eso le pareció entonces y creyó que la mejor opción sería apechugar con lo que decidiese Javier. La había hecho gorda, sí. Y Javier se enteró. Pero luego, poco a poco, supo por qué lo había hecho, y los dos parecían haber entendido muchas cosas.

Aquella crisis se había parecido mucho al episodio que les había pasado con su hijo, Dani, cuando era pequeño, salvando las distancias, claro está. Todavía recuerda aquel día que les llamaron del colegio porque Dani había lanzado su estuche de colores contra un compañero, con toda la rabia del mundo. Se formó una buena. A la salida del colegio todas las madres miraron a Dani con cara de reproche, mientras la víctima sollozaba con un arañazo en la frente. Pero la profesora le dijo al oído que ella hubiera hecho lo mismo. La cándida criatura llevaba todo el curso metiéndose con Dani, y su hijo no supo responder de otra forma. Vamos, que aguantó hasta que le dio aquel pronto.

Pues algo parecido había hecho ella, aunque fue peor que lanzarle un estuche de colores, por supuesto. Fue peor porque los adultos se saldan las deudas de otra forma. Y ella se había pasado bastante. Es lo que tiene la rabia contenida; sale, explota y revienta en la cara de forma desproporcionada. Luego uno se arrepiente, sí, pero el estallido tiene una onda expansiva de difícil contención.

Y desde entonces, desde que Javier se había enterado de todo, había estado más pendiente de él que nunca.

Al principio había comprendido, disculpado y justificado sus arranques de furia, su mal humor, incluso sus devaneos con Elsa.

De todos modos, Elsa no era la primera; antes la había precedido Noemí, la de los zapatos rojos de tacón de aguja, la de los mismísimos rizos rubios tipo Barbie a golpe de achicharrarse el pelo con tenacillas cada mañana de su vida. Silvia estaba segura de que de hacerse los rizos de Noemí se le hubiera el pelo caído a trozos. Y pensándolo bien, Noemí, en realidad, había paseado sus rubios rizos por la cara de Javier bastante antes de la crisis. Pero es que Javier era más hábil que ella. A ella le había pasado como a Dani cuando lanzó el estuche de colores a su compañero. Ella es de prontos, de arrebatos. Y en la frágil línea de las cosas mal hechas el arrebato y la pasión se cobran un precio demasiado alto.

La cuestión es que, de un tiempo a esta parte, ya se está hartando. Y esa mañana, esa misma mañana sin saber muy bien por qué el vaso se ha colmado.

Piensa que han pasado varios años desde todo aquello, y ha comprendido con una claridad meridiana que Javier no tiene patente de curso para pasarse

el resto de la vida haciéndoselo pagar. Además, ella no está dispuesta a bajar la cabeza lo que le resta de existencia.

Ha comprendido que tiene que estar con él si quiere, y que él debería estar con ella por el mismo motivo. Todo es extraño; no sabe si le quiere, y tampoco sabe si él la quiere a ella.

Pero eso ahora ya no le importa. Ha tomado una decisión. Una decisión inamovible. Y hoy es el primer día de ponerla en práctica.

## Hacia el Sur

### Lola

La temperatura de la calefacción del tren está demasiado alta y, aunque siente la cara ardiendo, todavía no ha sido capaz de quitarse el abrigo. Tan pronto se ve sentada en la butaca se desploma en una introspección tan profunda que, más tarde, cuando al fin reacciona, no sabe si en realidad ha estado despierta o dormida.

Toma conciencia de la hora que es cuando el tren está casi a la altura de Zaragoza, y se sorprende de que ya hayan pasado dos horas desde que inició el viaje. No recuerda siquiera haber visto la estación de Lleida por lo que deduce que, efectivamente, ha estado dormida. De hecho, ya en la anterior parada, la de Camp de Tarragona, estuvo cabeceando.

Aún queda un buen rato para llegar al pueblo, pues una vez llegue a Málaga tardará todavía casi hora y media más hasta su destino, Ronda, y eso porque la vendrá a buscar su hermana, Auxiliadora, e irán en coche.

Desde luego, si tiene que enlazar con otro tren serán como mínimo unas dos horas más de trayecto además de la espera en la estación. Los trenes hacia Ronda no son tan continuos como los que cubren la línea de la costa y además no están coordinados con la llegada de los de largo recorrido, por lo que cabe la posibilidad de no llegar a la estación de María Zambrano dentro del horario para conectar con el último, y tener que hacer noche obligatoriamente en Málaga.

En realidad, tampoco se ha preocupado de mirar los horarios porque confía en que su hermana la espere en la estación.

Pero en cualquier caso la idea de tomar otro tren hasta Ronda no le desagrada. De hecho, si no fuera por el cansancio, hasta habría optado por ello. El recorrido de esa línea siempre le ha relajado; atravesar toda la sierra y ver aquellos desfiladeros por los que ha hecho tantas excursiones y caminatas le trae recuerdos de tiempos pasados muy felices.

Pero en esos recuerdos, en casi todos ellos, está él: Martín.

Martín, su marido, está presente en los rincones escogidos de su memoria, así que ni siquiera puede ampararse en los recuerdos felices para mitigar su angustia y su tristeza.

Es lo que tiene amar a alguien y haberlo perdido; no existen esperanzas de futuro, o no es posible verlas, y tampoco es posible encontrar consuelo en los recuerdos del pasado.

Cuando llegue a Ronda se encerrará en casa de su hermana, la casa de su infancia, con la única intención de dormir. Dormir y hablar lo menos posible.

No ha podido evitar explicarle a Auxi el motivo de su repentino viaje, pero ha intentado ser lo más escueta posible, y darle los mínimos detalles. La cosa no ha sido fácil porque una huida como aquella, porque en realidad se trata de una huida en toda regla, no se puede explicar con justificaciones banales. Además, Auxi es su hermana gemela y la conoce perfectamente, casi demasiado, de forma que cualquier intento de salirse por la tangente siempre da el resultado contrario al pretendido.

Siempre ha sabido que proponerse engañar a Auxiliadora es inútil. Cualquier evasiva es detectada al instante, por lo que no decirle algo de verdad sobre el motivo de su visita iba a suponerle acabar sometida, sin duda alguna, a un interrogatorio que no estaba dispuesta ni era capaz de soportar en aquel momento.

Resulta casi imposible evitar el contacto visual cuando alguien te mira fijamente.

Tan pronto Lola sale de su ensimismamiento nota que el pasajero que está sentado a su lado la mira insistentemente. No recuerda si ha subido al tren en Barcelona, a la vez que ella, o se ha incorporado más tarde. Le mira un instante y él aprovecha el momento con rapidez, como si fuera consciente de que una nueva desconexión puede sumirla durante un buen tiempo más en aquel letargo del que parece ser presa.

—Parece estar usted acalorada. ¿Se encuentra bien? Hace mucho calor en este tren y uno se va quedando dormido. —Se apresura a decirle el desconocido.

Lola agradece sus palabras. El hombre parece una persona educada y discreta. Es evidente, o al menos se lo parece a ella, que cualquiera podría ver en su rostro la cara de la huida, de la culpa, de la tristeza, pero él no ha hecho muestras de haber reparado en ello, o al menos ha utilizado un gran sentido de la prudencia y, además, parece muy hábil; ha intentado iniciar una conversación neutra y tranquilizadora.

—Sí, es cierto. No sé con qué criterio gradúan la temperatura —contesta Lola—. Ahora, en invierno, que vamos tan abrigados, lo que menos apetece es subirse a un tren que está a más de veinticinco grados y tener que quitarse un montón de prendas que no sabe uno dónde colocar.

El hombre asiente y le comenta que hace un rato se ha acercado al vagón cafetería a tomar un cortado, y que en los dos vagones que ha cruzado de

camino al mismo la temperatura era sensiblemente más baja. Incluso en uno de ellos ha visto que algunas personas iban tapadas con la chaqueta o una manta fina, así que resulta difícil prever o hacerse una idea de la ropa más idónea para viajar.

—¿Va usted muy lejos? —le pregunta el pasajero.

—Sí. De hecho, hasta el final del trayecto, hasta Málaga. Pero luego aún me queda un buen trecho. Voy a Ronda. No sé si la conoce. Un pueblo, en la sierra... —responde Lola.

—Sí, desde luego. Pues vamos cerca, por la misma zona. ¿Vacaciones? Perdona, quizás estoy preguntando en exceso.

—No, no se preocupe. Voy a casa de mi hermana. Me voy a tomar un tiempo de reposo—. Lola se asombra de su propia respuesta. Es absolutamente innecesario dar explicaciones a un desconocido, aunque quizás por eso mismo, porque se trata del primer desconocido con el que cruza palabra después de todo lo ocurrido, se siente especialmente cómoda— ¿Y usted?

—Pues mire, algo parecido —responde su acompañante.

A Lola le parece observar un destello fugaz de tristeza en la mirada de aquel hombre, o quizás de amarga ironía, que rápidamente es sustituido por la sonrisa afable que ha mostrado desde el principio de la conversación.

Lola suele ser hábil captando las emociones ajenas. Lleva veinte años ejerciendo como profesora y es capaz de interpretar los silencios como si desgranase una escala musical compleja. Los silencios siempre le han hablado más que las palabras. Ha aprendido a escuchar con los ojos y a sentir con el movimiento. Lo aprendió como se aprenden las mejores cosas de la vida; jugando. En concreto, jugando con su hermana Auxiliadora. Ellas, de pequeñas, sabían comunicarse con la mirada; primero fueron cosas sencillas, pero más adelante evolucionaron hacia contenidos más profundos. La conexión era tal que acabaron por ser capaces de transmitirse mensajes complicadísimos y luego contrastaban si lo que percibían había sido cierto, hasta que llegó un momento en que casi dejaron de conversar, y sus padres creyeron que las pequeñas tenían telepatía o algún tipo de vínculo especial por el hecho de ser gemelas univitelinas. El caso es que la destreza llegó a tal nivel de perfección que también podían interpretar los silencios de sus padres, sus miradas y sus mensajes encriptados; esos mensajes en clave que se utilizan para que los niños no se enteren de cosas que no deben conocer y que producen justamente el efecto contrario, pues se favorece y estimula un sentido excepcional para captar aquello que no se dice; lo que se oculta, pero existe.

Por eso Lola sabe leer y ver entre líneas, y está segura de que ese hombre no es lo que aparenta, que hay algo que esconde con empeño. Eso la tranquiliza aún más, pues ella tampoco es lo que a primera vista uno podría esperar de una profesora de bachillerato, de una mujer como ella: viuda, sensible, serena y estable. Aunque lo de la estabilidad quizás es lo que viene haciendo aguas desde hace unos meses.

En cualquier caso, lo que haya motivado a su compañero de viaje a subirse en aquel tren hacia el sur tampoco le importa mucho; a fin de cuentas, es un compañero accidental, sin un antes ni un después. Un encuentro fugaz que se le ofrece por unas horas, con la seguridad de una despedida amable. Una relación de mínimos, sin más, limitada por el tiempo que durará el viaje. Y eso es justo lo que necesita en ese momento.

La idea de la caducidad la anima, se atreve a dar un paso más y prueba a rascar un poco la superficie.

—Me ha parecido notarle incómodo con mi pregunta sobre si va usted de vacaciones —le dice—. No he querido ser indiscreta, pero ya ve que cualquier cosa que usted pueda contarme no tiene por qué importarme. En realidad, no nos conocemos y nos vamos a despedir en unas pocas horas. En uno o dos días los dos habremos olvidado lo que nos expliquemos. ¿No le parece?

Él se queda unos instantes en silencio, y aparta su mirada hacia un lugar indefinido. Valora si le apetece entablar conversación con una desconocida y las consecuencias que ello puede tener. De hecho, lleva meses pensando en las consecuencias de todo. Finalmente se gira hacia Lola con una expresión totalmente distinta a la mostrada hasta entonces.

—Pues la verdad es que tiene usted toda la razón.

## Paréntesis

### Silvia

Han pasado veinte minutos desde que ha subido al tren y Silvia sigue sudando. Es normal, se dice, tras correr durante un buen rato deben pasar al menos veinte minutos para que el ritmo cardíaco se estabilice, y esta mañana he corrido de lo lindo.

Al principio ha dudado en el destino que iba a elegir. De lo único de lo que estaba segura era de que el viaje sería en tren. Le apetecía especialmente la idea de pasar varias horas metida en uno, sin nada más que hacer. Necesitaba un trayecto largo y tranquilo, sin las incomodidades y las prisas que el avión impone.

Además, en el tren tendrá más espacio para escribir que en un estrecho asiento de avión, donde la pequeña mesa del respaldo del asiento delantero, una vez abierta, casi llega a la altura del plexo solar.

Ha cogido su ordenador portátil con la intención de abrirlo exclusivamente para escribir.

A Silvia las mejores ideas se le suelen ocurrir a bordo de un tren, pero en pocas ocasiones los trayectos son lo suficientemente largos como para darle tiempo a relajarse de forma plena y plasmarlas por escrito.

Pero en esta ocasión va a ser distinto. Ha decidido que hoy sí que lo va a hacer. En cuanto el enfado se vaya mitigando y la excitación de la decisión tomada le dé algo de tregua, continuará su novela; la que lleva iniciada hacía dos años y no hay forma de concluir.

Toda su vida es una sucesión sin tregua de paréntesis. Su vida, su trabajo, sus innumerables ocupaciones, sus relaciones afectivas. Paréntesis dentro de paréntesis que se van abriendo como las carpetas de su despacho, tareas interrumpidas por urgencias que irrumpen y que a la vez quedan postergadas por otras urgencias aún más perentorias que las anteriores.

Silvia ha cerrado la puerta de su casa sin mirar hacia atrás.

No ha bajado las basuras. Ni siquiera ha dejado una nota en uno de los imanes de la nevera indicando qué es lo que toca comer con preferencia porque caducará próximamente.

Por primera vez en años, por primera vez quizá en su vida, le ha dado igual que las cosas se pudran en la nevera, o que las basuras se queden sin tirar hasta que el olor en la cocina se haga insufrible.

Ella no va a estar para verlo, ni para olerlo. Ya se apañarán.

Hace escasamente una hora, cuando salió del metro y se vio en el vestíbulo de la estación de Sants, lo primero que hizo fue plantarse ante la pantalla de información de los trenes de largo recorrido y asegurarse de que el tren que cogía Javier ya hubiera salido. Encontrárselo con Elsa hubiera sido muy embarazoso. Además, hubiera tenido que dar explicaciones y había decidido estar al menos una semana sin dirigirle la palabra a nadie. Ni a Javier, ni a su hijo, ni a sus padres. A nadie. La única que le preocupaba un poco era Marina, su hija menor, pero precisamente hacía un día que había regresado a su colegio, en Londres, y no iba a echar de menos su ausencia en casa.

El mero hecho de la promesa del silencio le ha arrancado la primera sonrisa del día.

Había pensado en coger un tren al azar; el primero que saliera cuando ella llegase a la estación.

De hecho, al preparar el equipaje había llenado su maleta llena de todo tipo de prendas, pues no sabía si iría hacia el norte o hacia el sur.

Pero luego pensó que era una temeridad. Una cosa era hacer una locura y otra descontrolarse por completo. Elegir un lugar conocido era mejor, muchísimo mejor.

Además, su sueño era recluirse en un lugar de playa. En invierno. En la costa de Almería, de Cádiz, donde fuese.

La costa andaluza es un lugar muy recurrente para el aislamiento.

Quizás es una idea algo romántica; le recuerda a los escenarios de esas novelas en las que personajes con pasados dignos de ser olvidados se refugian en el silencioso ambiente invernal de los pueblos de la costa andaluza. Pueblos únicamente ocupados por su gente de siempre y unos cuantos extranjeros jubilados, amén de personas que, como ella, abren un nuevo paréntesis en su vida, huyendo de un pasado o de un presente angustioso.

Y hay algo más que la empuja hacia aquel destino: el recuerdo de Pablo, su novio de juventud. Es un recuerdo que le ha asaltado hace unas horas de forma inesperada.

Tan pronto Javier salió de casa se había puesto a llorar desconsoladamente, y en ese ataque de autocompasión se había preguntado muchas cosas. Se había puesto a repasar su vida en un intento de recuperar los inicios de su relación con Javier, y había acabado por preguntarse por qué había acabado saliendo con él y por qué había dejado a Pablo, su anterior novio.

Javier era atractivo, sin duda. Tenía el atractivo de lo peligroso. Y además era bastante mayor que ella, le sacaba unos siete años.

En cambio, Pablo, su novio de juventud, era un año menor que ella, y a los veintidós años, que era la edad que ella tenía cuando conoció a Javier, un chico de veintinueve impresiona más que uno de veintiuno.

Además, Javier le había gustado desde el primer día en que lo vio. Fue un auténtico flechazo.

Él llevaba unos años trabajando como abogado en un pequeño despacho con la única ayuda de una prima por parte de madre que hacía las funciones de secretaria, ayudante, recepcionista e incluso algún soporte jurídico de poca entidad.

Cuando le conoció, Javier estaba en un momento profesional en que no podía permitirse pagar el sueldo de un colaborador, pero precisaba de una ayuda más cualificada que la que podía prestarle su prima por lo que se ofreció como despacho colaborador para el programa de prácticas universitarias.

Silvia estaba en cuarto curso de Derecho cuando se apuntó al programa y la designaron el pequeño despacho de Javier para realizar un periodo de prácticas tuteladas de seis meses. El trabajo mano a mano, la iniciativa y avidez de Javier al plantear las estrategias ante cada asunto y el entusiasmo de Silvia cada vez que encontraban soluciones creativas creó rápidamente un vínculo que iba mucho más allá de una relación profesional, aunque ambos se lo negaran internamente.

A dos semanas de estar a punto de finalizar el programa de prácticas ambos afrontaron la realidad y reconocieron, no sin cierto temor, que no podían separarse.

A Silvia le daba miedo iniciar una relación con él. Una relación que a todas luces iba a ser seria. Era consciente de que no podía lanzarse a tener una aventura sin consecuencias.

Javier le llevaba varios años. Tenía su vida organizada: trabajaba, tenía coche, moto y piso. Y también un hijo; Dani.

Lo de Dani casi la había echado para atrás en un primer momento. Se sentía demasiado joven como para pasar el resto de su vida compartiendo un fin de semana de cada dos con un niño pequeño, y además a ella Javier le atraía como hombre, no como padre. La idea de un Javier paternal no entraba en aquel momento en sus planes ni a corto ni a medio plazo.

Pero Javier era hábil y era capaz de combinar ambas facetas a la perfección cuando Dani estaba con ellos.

Era tan sumamente cariñoso, tan atento, se mostraba tan enamorado, la

besaba tanto y se excitaba tanto con ella que Silvia perdía el sentido. Para Silvia excitar a un hombre de aquella manera era como una droga. Se sentía irresistible, una auténtica diosa, y Pablo, en cambio, era más paradito, y no por causa de la edad, no, es que Pablo era distinto; nunca sería como Javier, ni con mayor edad.

Además, la relación entre Javier y su ex pareja era cordial y civilizada, no daba ningún tipo de problemas. En realidad, Dani había sido consecuencia de un embarazo no deseado y había sido ella quien había roto la relación. De hecho, la madre de Dani cuando supo que Javier se había ennoviado con Silvia hasta se alegró, pues pensó, y acertó, que su hijo iba a estar más acompañado y mejor cuidado que si estuviera solo con su padre.

Así que Silvia cerró el paréntesis de su relación con Pablo y se hizo novia de Javier. Se casaron en cuanto ella acabó la carrera de Derecho y se asoció con Javier a todos los niveles: personal y profesionalmente. Desde entonces no había vuelto a ver a Pablo.

Ahora, no sabía cómo ni por qué, había vuelto a pensar en él, su novio malagueño. El que se quedó tan destrozado cuando ella lo dejó por Javier.

Se echó a llorar desconsoladamente sin saber muy bien si el lloro se debía al cansancio, a la rabia, al agotamiento, al dolor por todo lo que le estaba ocurriendo con Javier, o al recuerdo de Pablo y de una vida que pudo haber sido muy distinta.

Pablo, que tanto la había querido, no era tan pasional como Javier, desde luego, ni tenía coche, ni moto, ni trabajo más allá de una pasantía que había comenzado a inicios de cuarto de carrera, por la que le pagaban cuatro duros.

Con él escuchaba música con un walkman, compartiendo un único auricular que les obligaba a mantener la cabeza arrimada, y salían a pasear tarde tras tarde sin gastar una sola peseta o, a lo sumo, comprándose cualquier cosa para merendar en alguna cadena de comida rápida.

Con él había visitado por primera vez en su vida Granada, y Sevilla, en aquel año de la Exposición Universal. Aquel maravilloso verano de 1992.

Aquel fue uno de sus últimos veranos en Ronda, el pueblo de los padres de Pablo. El pueblo al que iba un verano de cada dos desde que empezaron a salir.

Así que el recuerdo de Pablo, tras tantos años, y tan lejano en ese momento, sin saber todo lo que pasaba en la mente y el alma de Silvia, y sin que ella supiera tampoco qué había sido de su vida, le dio la solución. Le dio la respuesta; el destino no podía ser otro que el sur.

Silvia se había secado las lágrimas y se había tomado media hora más de tiempo antes de salir de casa. La media hora que necesitaba para estar segura de la decisión tomada. La media hora precisa para no caer una vez más en uno de esos innumerables días en que acababa dando un paso atrás y finalmente se iba al despacho, enfadada y triste.

Había encendido su Tablet que, por una vez, Dani había dejado con algo de carga en la batería, lo suficiente para consultar lo que le interesaba, y comprobó que el AVE con destino a Málaga tardaba unas cinco horas y pico, casi seis, en llegar. Se alegró de que ya hubiera AVE directo desde Barcelona.

Recordó cuando viajaban en Talgo, en aquellos años noventa. El Talgo que les dejaba en la estación de Bobadilla, donde cogían otro tren hacia Ronda. En alguna ocasión también habían ido en avión directamente hasta Málaga y desde allí se desplazaban en “Los amarillos”; unos autobuses cuyo nombre se debía a su color de carrocería, y que subían hasta Ronda por la carretera de San Pedro, plagada de curvas hasta el aburrimiento.

Cogería ese AVE, sí. Y una vez en Málaga ya decidiría lo que haría. La reclusión que buscaba también podía estar en aquella bonita población de la serranía. No en vano Orson Welles había elegido esa ciudad para descansar eternamente.

Se ilusionó con la idea.

Podía hacer noche en la capital y desplazarse por la mañana hasta Ronda, en tren o en coche de alquiler. Sabía que ahora se iba por otra carretera más rápida, con menos curvas. Pero todo eso lo decidiría sobre la marcha. Ahora solo tenía que salir.

No miró hacia atrás. Cerró la puerta con el golpe no bajó la basura ni dejó una nota en uno de los imanes de la nevera. Ni siquiera dio una vuelta de llave. Le dio igual.

## Confidencias a un extraño

Lola

Explicar las cosas desde cero ayuda a situarse.

Lola lleva tiempo hablándole del tema a Mario, pero Mario es su médico y también su amigo. En realidad, hace meses que se pregunta si es aconsejable tener como psicoanalista a un amigo, aunque también es cierto que debe resultar complicado no acabar teniendo cierta complicidad con alguien con quien compartes tus secretos más íntimos.

Además, últimamente tiene la sensación de que Mario es algo duro con ella. Quizás se debe a las barbaridades que ha venido haciendo los últimos tiempos. Por eso piensa que Mario, en el fondo, no acaba de ser objetivo, porque no puede evitar quererla y por eso la fiscaliza. Y eso que Mario no sabe muchas cosas de las que hace, porque Lola, en realidad, tampoco se lo explica todo. Le cuenta las verdades a medias, que es tanto como decir que le miente solo a medias. Son mentiras precisas, porque le da vergüenza explicarle hasta qué punto está obsesionada por Dani. No quiere quedar como una loca por mucho que Mario sea médico, su psiquiatra, su psicoanalista, su amigo o lo que quiera que esté siendo con ella.

Por otra parte, no puede olvidar que Mario la escucha desde una posición científica y psicológica y quizás ella necesita algo distinto, no sabe exactamente qué, pero a buen seguro necesita otra cosa; una llave mágica, un milagro que la pueda sacar del callejón sin salida en que está metida.

Mario es como un catalizador temporal de emociones. Cuando va a su consulta le suelta la perorata y se siente bien, pero hay un punto en el que sale tal como entra, y ese punto es su obsesión por Dani. En ese punto, que ni ella misma es capaz de aceptar, el médico solo ha podido rascar la superficie, así que la angustia y el desespero han hecho mella en ella y ha decidido que solo le queda la huida como solución. Una huida de una obsesión que no se la va a quitar ni Mario ni nadie. Ni Mario ni nada, porque en realidad no ha dado todavía con la pastilla mágica que le cure de sus obsesiones.

Ahora, cuando le explica todo a ese desconocido que el destino ha sentado a su lado en el tren a Málaga, le parece que por primera vez en meses es capaz de tomar distancia con el tema y con sus propias emociones. Una perspectiva que lleva mucho tiempo sin poder experimentar.

—El primer día de curso no reparé en Dani —empieza a explicar Lola—. La verdad es que no es hasta la segunda semana cuando puedes empezar a

hacerte una idea de la idiosincrasia del grupo, y es entonces cuando ya te vas fijando más concretamente en cada uno de los alumnos.

Lola es capaz de clasificar cada año con mayor rapidez, y casi siempre sin error, los diferentes perfiles de los alumnos de la clase que se le asigna. Aquel curso le había tocado la tutoría de un grupo de segundo de bachillerato.

Segundo de bachillerato es un curso relativamente fácil en cuanto a gestión de grupo, por la edad de los alumnos. Son más responsables y están más centrados que en cursos anteriores, sin las tonterías ni conflictos relacionales de la secundaria. Segundo es, además, un curso de tránsito. El último de la etapa escolar antes de pasar a la universidad o escuela de estudios superiores. La mitad del año lectivo pasa volando con el trabajo de investigación y la otra mitad se consume en la preparación y estudio de las pruebas de acceso a la universidad. Los chicos saben que tienen un pie fuera del colegio o del instituto, y relativizan bastante los pequeños problemas que pueden darse en el grupo, además, están muy ocupados escogiendo el camino académico, por lo que restan importancia al tema grupal.

—Es fácil —continúa Lola—, en realidad ya vienen formados. Y además llegan con miedo, un miedo tremendo. Ven que el camino seguro, el que conocen, se acaba, se les termina de verdad. Eso de que les examinen en una universidad y les califiquen profesores que no les conocen les aterra. Ahí no cuenta la buena voluntad ni la evaluación continuada. Ahí se la juegan al todo o nada, Saben que si se ponen nerviosos y la fastidian en el examen les bajará la nota media, y van condicionadísimos por la nota de corte. ¿Tienes hijos que hayan pasado por ello? —Lola se da cuenta de que había comenzado a tutear a su vecino de asiento. Ha sido algo natural por lo confidencial el relato. Él lo acepta con naturalidad—. Igual estoy dando por hecho que sabes de qué va el tema.

El pasajero asiente. Lola no sabe si es porque tiene hijos o porque conoce el tema, pero tampoco se lo pregunta. Piensa que quizás debería interesarse un mínimo por la vida de esa persona que tiene al lado, y se promete mostrar algún interés un poco más adelante, porque en realidad lo que tiene es unas ganas tremendas de seguir hablando, de seguir compartiendo con él lo que lleva tiempo ocultando, y se autoconviene de que si en esos momentos le pregunta alguna cosa será demasiado evidente que es un acto forzado de pura y mera cortesía.

—Pues eso. Si se tiene mala suerte igual te tocan cuatro o cinco que boicotean la clase de vez en cuando. Pero no es lo habitual. Normalmente los

que la lían en clase es porque se aburren. Sobre todo, les aburren las asignaturas que les están de más. Esos, aunque parezca mentira, al final son los mejores, los que lo tienen más claro. Bueno, son los mejores siempre que no se salen de madre, claro está. Luego hay el grupillo de los que se creen que están todavía en la secundaria y pelotean algo más de la cuenta. Esos me ponen un poco nerviosa. Me cansan. Casi te digo que prefiero los que la lían a estos. En bachillerato la relación con el profesor ha de ser otra; más de tú a tú, de amigo, de colega. ¿Entiendes? —El pasajero vuelve a asentir—. A esta edad la relación es más adulta. Te piden consejo, te comentan sus cosas. Yo casi no hablo ya con los padres, de hecho, a muchos de ellos ni los llevo a conocer. La relación es directa con los chicos. Te agregan a las redes sociales, en ocasiones te invitan a tomar algo con ellos. Hasta te llegas a ir de marcha con ellos, a algún concierto.

Lola se calla unos segundos y su acompañante no dice nada. Espera pacientemente como si sospechase que cualquier interrupción en el relato puede provocar el silencio de ella y hay algo en esa prometedora historia que le seduce y le atrapa.

—Si te voy a continuar explicando todo esto quizás debería saber cómo te llamas, ¿no te parece? — Lola sonríe y a él le encanta cómo se modifican sus facciones.

Lola es una de esas personas que se iluminan con la sonrisa. Sonríe con toda la cara, con los labios, con los ojos.

—Francisco —contesta el hombre—. Paco —aclara, en un deseo de que se dirija a él de esa forma. Lola se gira y le planta dos besos en las mejillas.

—Encantada de conocerte, Paco.

Lola continúa con su relato:

—Pues bueno. Caí en la cuenta de que existía Dani el tercer o cuarto día de clase. Fue el día que iniciábamos las asignaturas optativas de cada itinerario. Son clases que suelen hacerse por la tarde. Las troncales, las que hacen todos los alumnos, son por la mañana y las específicas se dan por la tarde. Así distribuimos a los alumnos, a veces son cuatro o cinco alumnos por clase, según la materia. Es en esas asignaturas cuando te fijas más en ellos. La primera semana no había habido clases de materia específica y esa clase fue la primera que los tuve en un grupo reducido. Serían las cuatro de la tarde y el sol entraba por la ventana. La luz le daba directamente en los ojos y era imposible no fijarse en él. Entrecerraba los ojos, molesto, y se giraba un poco para intentar que los rayos no le dieran directamente en la cara. Me pareció

guapo. Más que guapo, guapísimo. Era el chico más atractivo que había visto en mi vida después de Martín. Su color de pelo, de piel, sus ojos...era imposible dejar de mirarlo.

—¿Martín? —pregunta Paco.

—Lo siento —aclara Lola, cayendo en la cuenta de que casi está hablando para sí misma—, Martín era mi marido.

Paco no pregunta más. Se pregunta si Lola estará divorciada o si será viuda. A juzgar por el tono que ha utilizado al nombrar al que fue su marido, le ha dado la sensación de que le guarda afecto, aunque a la vez ha creído percibir un deje de una cierta tristeza o nostalgia.

—Dani me recordaba a él. Me lo recordaba horrores. Era como tener a Martín delante. Anda que no habían pasado años. Casi treinta. Pero era como Martín de joven. Él tenía dieciséis años cuando le conocí, cuando empezó a veranear en Coma-ruga. ¿Has estado en Coma-ruga?

—Yo veraneaba cerca de allí —contesta Paco—, por Torredembarra.

Paco se da cuenta de que Lola ha dado un salto al recuerdo. Ha sido nombrar a Martín, y el instituto y Dani se han desvanecido para dejar paso a la memoria más remota. La observa, le gusta oírle hablar. Cada vez tiene más curiosidad en saber a qué le va a llevar todo aquello.

—Pues eso. Yo llevaba yendo a Coma-ruga desde siempre. Mis tíos vivían en Barcelona y se habían comprado un apartamento allí para pasar las vacaciones. Cada verano lo pasábamos juntos, y en Navidad y Semana Santa eran ellos los que venían hacia Ronda. Martín y sus padres comenzaron a venir a Coma-ruga justo el año de las olimpiadas. Aquel verano yo cumplí quince años y Martín tenía uno más.

Paco hace un rápido cálculo. Si Lola tenía quince años en el 92, ahora tendrá unos treinta y ocho o treinta y nueve.

—Martín me gustó nada más verle descargar el coche. Era la novedad de la urbanización y era tremendamente guapo. Los primeros días casi no hablé con él. Era tímido y a mí me daba una vergüenza enorme acercarme a él. La historia de siempre; sus padres se pasaban gran parte del día en la zona comunitaria hablando con los vecinos, todos nos conocíamos, por lo que cualquier muestra de interés por mi parte hubiera provocado toda clase de chismes y risitas. Mis padres, además, eran especialistas en eso. Nunca le daban importancia a nada y a veces hacían algunos comentarios que en aquella época de adolescente me hundían literalmente. Así que yo disimulaba todo lo que podía para evitar que mis padres, mis tíos, o cualquiera de los vecinos

que me conocían desde pequeña acabasen diciendo algo como; “ay, Lolita, Lolita...”, y me dejaran en el ridículo más espantoso jamás imaginado.

Paco se ríe y Lola lo hace a su vez, relajando aún más la situación y abriendo la puerta a una suerte de conexión que desde hacía rato va ganando terreno sin que ellos sean conscientes.

—Así que, con la excusa de hacer algo de deporte me escaqueaba a la hora de la siesta, cuando media comunidad dormía y la otra mitad estaba amuermada en el sofá viendo la vuelta ciclista a España, y salía en bicicleta sin rumbo fijo, a dar vueltas, porque sabía que Martín también lo hacía.

Paco se imagina por un instante a Lola a esa edad. Piensa que seguramente Lola ha debido ser una de esas chicas que son guapas sin saberlo y que, como no lo saben, es más, como incluso llegan a pensar que no son agraciadas en absoluto, llevan estampada en sus caras la expresión de la inseguridad, y a esa edad la inseguridad resta puntos de forma sustancial.

—Yo era muy insegura —continúa Lola. Paco arquea las cejas. Parece que Lola le haya leído el pensamiento—. Era todo lo contrario a mi hermana Auxiliadora. Auxi y yo nos parecemos muchísimo. De hecho, de pequeñas había gente que no era capaz de distinguirnos. Una vez nos cambiamos de clase y salvo las amigas que lo sabían, nadie se dio cuenta. Pero cuando cumplimos los trece o catorce años mi hermana despuntó como la más guapa de las dos. Si te fijas bien en los gemelos idénticos siempre hay uno que juega con una ligera desventaja y tiene las mismas facciones que el otro, pero en versión menos atractiva. Entre Auxi y yo, la que jugaba con desventaja era yo.

Paco piensa que seguramente lo que ocurrió en realidad fue que Auxi debió destacar por ser la hermana fuerte, la de más carácter, la intrépida. Quizás incluso creyó ser la más guapa de las dos y al final casi hasta lo pareció. O incluso lo fue. Uno acaba siendo lo que cree ser.

—Aquel verano aguanté el sol de cada mediodía de julio pedaleando por las calles de la urbanización, en una persecución en toda regla de Martín. Se trataba de una persecución muy hábil, disimulada, medida. Era casi capaz de adelantarme a cada una de sus decisiones y movimientos y me hacía la encontradiza en diferentes momentos y en distintas convergencias de las calles. A Martín le parecían del todo casuales, pero yo las medía a la perfección.

Paco arranca a reír estentóreamente.

—Los chicos somos muy tontos para eso cuando somos jóvenes —apunta—. Bueno, y casi te diría que de mayores también. De hecho, vuestra eterna queja

es que no nos damos cuenta de nada. Pero la verdad es que lo que para vosotras son señales claras para nosotros son auténticos jeroglíficos. Si te parece ver señales de algo y te adelantas, la fastidias y es horrible. Pero como quedas a la expectativa nos echáis en cara que nos lo ponéis en bandeja y no nos damos cuenta de nada.

Lola suelta una carcajada. No es la primera vez que le han dicho eso.

—Sobre esto habría mucho que hablar —contesta—. A mí me da que no os enteráis de lo que no os da la gana, porque cuando queréis lo veis todo con una claridad meridiana.

Paco le guiña un ojo y a Lola le gusta.

En realidad, a los dos les gusta, pero dan rápidamente marcha atrás en un gesto unísono de fingida neutralidad, como si aquel impulso de Paco hubiera pasado desapercibido para ella, y como si el gesto complacido de Lola no hubiera sido captado por él.

Lola piensa por unos instantes que no puede creerse lo que está sucediendo. Que no es posible que, por un momento, haya tenido el impulso de mostrarse seductora con Paco, y se centra en continuar con su relato con toda normalidad, como si ese instante de ligera seducción no hubiera existido.

—Primero Martín y yo tan solo nos saludábamos brevemente, serios, como en un acto de cortesía —sigue—, más tarde pasamos a sonreírnos y, finalmente, tras unos quince días de fingir, empezamos a hablar. Poco a poco Martín se integró en el grupo y al final del verano ya éramos novios. Novios en secreto, pero novios, a fin de cuentas. Oye, te estoy pegando un rollo importante y ya es casi la una. ¿Te apetece ir a tomar algo? Podríamos comer. Venga te invito.

Paco acepta la propuesta, pero rehúsa la invitación. Insiste en pagar él o al menos cada uno lo suyo.

—Insisto —enfatisa Lola—, y no voy a aceptar un no por respuesta.

El vagón cafetería de un tren de alta velocidad es lo más parecido a un oasis que se puede encontrar en un trayecto de larga distancia.

La carta es escueta y el producto sencillo pero suficiente y, dada la imposibilidad de recurrir a nada más, hasta parece una maravilla. Poder comerse una latita de aceitunas rellenas y una cerveza, en un tren circulando a trescientos kilómetros por hora, tiene un valor que jamás se le daría al mismo producto en la barra de cualquier área de servicio de una autopista.

Ir al vagón cafetería es, además, la ocasión perfecta para estirar un poco las piernas, chafardear cómo pasa el rato el resto de los viajeros y matar el rato.

Y es que, en realidad, uno planifica y se distribuye el tiempo de un viaje de largo recorrido entre las dos películas que van a poner, la siesta que se va a intentar echar entre ambas, el rato del vagón cafetería, y la lectura de un buen libro, salvo que lo que se precise sea cerrar los ojos y olvidarse de todo, o encontrar el interlocutor adecuado para desahogarse.

Cuando Paco y Lola llegan al vagón cafetería encuentran un hueco en una de las barras laterales del coche.

Lola le pide a Paco que se quede allí para guardar sitio mientras se acerca a la barra a comprar los bocadillos y unas bebidas, así se asegura que pagará ella. Le sabe un poco mal la paliza que le está pegando, e invitarlo a comer parece que mitiga un poco su sensación de culpa y confiere a la situación un carácter de cierta amistad.

Pide dos bocadillos calientes de jamón con queso brie y mientras espera a que salgan del microondas se gira para mirarle.

Paco ha cogido uno de los periódicos que están sobre las barras laterales del vagón y está concentrado en su lectura. Le parece ver que lo lee del mismo modo en que suele hacerlo ella, de final a inicio; empezando por la contraportada, siguiendo con la meteorología, pasando quizás por la columna del horóscopo, dando un vistazo a las novedades de cultura y centrándose con mayor detenimiento en la sección de sociedad y sucesos, para acabar (si el tiempo lo permite) con la parte de política e internacional.

Le observa sin que él sea consciente de ello y le parece estar en una situación de lo más chocante. Ver a Paco desde cierta distancia le hace cobrar conciencia de lo desconocido que le es. Le parece realmente curioso ver el aspecto de Paco desde ese ángulo, sin la cercanía que da la conversación. Plantado allí, de espaldas, leyendo el periódico, resulta ser un absoluto desconocido hasta el punto de que entre un grupo de hombres de su estatura y complexión hubiera sido incapaz de identificarlo.

No conoce sus gestos ni su lenguaje corporal ni ningún factor identificativo más allá de su rostro, su voz y su mirada.

Es consciente de ello hasta tal extremo que le parece absurdo estar con ese hombre en aquella situación; explicándole tantas cosas que posiblemente no le interesen lo más mínimo.

Pobre persona. —Piensa—. Pobre persona. Y acto seguido se reprende a sí misma por pensar de esa forma. ¿Por qué debería compadecerme de Paco? A fin de cuentas, es un desconocido, y un desconocido que se ha ofrecido a escucharme. Vamos, que él se lo ha buscado. Pero tú sabes que no es por eso,

Lola, sabes muy bien que no. En realidad, si eres sincera contigo misma, te da lástima porque es una buena persona, ¿verdad? Bueno, porque te parece buena persona Y tú estás ahí explicándole tu vida. A tu manera, claro está. Y porque tú la has hecho gorda, Lola, gorda de verdad, esta vez sí.

Paco se gira y le sonríe. Lola le devuelve un gesto extraño a medio camino entre un saludo tonto y un mohín. Una de esas expresiones que surgen cuando a uno le sacan de su ensimismamiento y realmente no se sabe cuánto rato hace que le están hablando o saludando.

Se gira disimuladamente hacia la ventana intentando recuperar en el reflejo del cristal la expresión que acaba de poner, para hacerse una idea de la imagen que acaba de darle a Paco.

Piensa si aquel hombre podría llegar a gustarle y se sorprende de nuevo por ese pensamiento. Hace menos de veinte minutos ha mostrado, quizás con excesiva claridad, que el guiño de Paco le ha complacido, y ahora se está preguntando si realmente aquel hombre puede llegar a gustarle de verdad, gustarle en el sentido de ir más allá. ¿Gustarme? ¿Importa mucho eso ahora? No, Lola, tú no estás desesperada por encontrar un hombre en el que descansar la cabeza cada noche, de lo contrario no te hubieras liado con Dani, casi un niño. ¡Por Dios, Lola!

Vuelve la mirada de nuevo hacia Paco y él le devuelve otra sonrisa. Lola se apena por lo ajeno que es aquel hombre a sus pensamientos y se enfada definitivamente consigo misma. Una loca es lo que eres, Lola, una loca.

Nada más volver de la barra, le tiende el bocadillo y la bebida e intenta esforzarse por demostrarle un mínimo de interés. Le pregunta por el periódico, por lo que ha leído, y se dispone a hablar de algo que no sea de sí misma.

## Miradas

### Silvia

Silvia no tiene hambre, pero ha decidido que debe comer algo.

No recuerda si ha desayunado, y la propia ausencia de ese recuerdo le parece extraña. Normalmente tiene ganas de comer a todas horas. Lo primero que hace cada día antes de entrar en el despacho es tomarse un cortado y un mini bocadillo en la cafetería de al lado y de paso se lleva media flauta más para tomársela a media mañana.

Pero aquel día la comida ha quedado relegada a un plano totalmente secundario. Está convencida de que se ha tomado un café con leche nada más levantarse. Está segura de ello porque es lo primero que hace cada día nada más poner los pies en el suelo, incluso antes de ir al lavabo. Enciende la Nespresso, se hace un café con leche, se toma la mitad y entonces va al lavabo. Es algo automático, casi ritual.

Pero luego no ha tomado nada más, ni siquiera en la cafetería de la estación mientras esperaba que anunciaran la vía de su tren. Había visto que tenían donuts y croissants, pero ella es más de salado que de dulce y quizás hasta un poco maniática con los bocadillos, no todos le apetecen. El pan debe cumplir determinadas características: ha de ser crujiente, tipo flauta o chapata y no tiene que estar excesivamente impregnado de tomate ni de aceite.

Es muy difícil que Silvia pierda el apetito. Los nervios y el estrés le dan por comer, justo al revés que su madre, que casi se jacta del peso que pierde cada vez que tiene una contrariedad. Ella no, ella come. Come por ansiedad. Es como si tuviera un horno en el estómago que quema al instante todo aquello que ingiere y que le provoca un vacío incluso doloroso en la boca del mismo. Un vacío que se manifiesta furiosamente, como si a pesar de acabar de comer hiciera horas que no ingiere alimento alguno.

Silvia sólo deja de comer cuando se siente de dos formas muy concretas; una de ellas es cuando la atenaza la tristeza, la otra cuando se siente inmensamente feliz. Pero si la ansiedad es, como casi siempre, por cansancio, rabia, mal humor o ira, es capaz de pasarse el día picoteando.

La falta de apetito esta ocasión no podía atribuirse a nada más que a la tristeza. A una intensa tristeza y desazón.

No sabe siquiera qué está haciendo en aquel tren y qué hará cuando llegue a Málaga. Se siente algo ridícula por haber tomado tal decisión, como si con ella estuviera dando rienda suelta a una especie de rabieta infantil. Tiene

miedo de arrepentirse a destiempo, de rajarse cuando el nivel de rabia descienda.

Pero en esta ocasión, pase lo que pase se ha propuesto aguantar un mínimo de una semana fuera de casa. Además, cada vez está más convencida de que cuando uno no sabe muy bien qué hacer en algún momento de la vida la mejor opción es confiar en la intuición y no analizar mucho más.

Cuando entra en el vagón cafetería el olor de los bocadillos calientes le abre el apetito al instante. Ay Silvia, hija, te las prometías felices. Con lo bien que estaría aprovechar el momento para comer algo menos y perder unos cuantos quilos, pero nada, tú no, tú a lo tuyo, ya se te ha abierto el apetito de nuevo, cómo no.

Por un momento deja de pensar en Javier y se centra en ella misma, pero mal, como viene haciendo últimamente.

Desde que cumplió los cuarenta y cinco tiene la sensación de que ha caído en barrena. Antes de cumplir esa edad ya llevaba unos tres años con unos cuatro quilos que se le resistían, pero más o menos lo llevaba bien. De vez en cuando hacía un poco de dieta o se tomaba alguna pastilla quemagrasas y perdía un poco. Luego se relajaba, olvidaba el tema y en nada volvía a recuperar lo perdido, y así iba haciendo.

Pero de un tiempo a esta parte no son tanto los quilos lo que le preocupa sino los cambios que ha empezado a notar en su cuerpo. Algo ha empezado a cambiar en ella y ve que no puede controlarlo. Además, se nota más alterada que de costumbre, con más cambios de humor.

Este maldito pecho. Lo que daría por volver a estar como entonces. ¿Qué llevaba? ¿Una noventa y cinco? Y ya ves, me parecía tanto. Firmaba ahora mismo para volver a estar como entonces. Y ahora, este volumen. Menudo rollo. Supongo que si hubiera hecho algo más de ejercicio lo hubiera controlado. O no. Total, tampoco he engordado por todas partes. Más o menos la cintura y lo demás se mantienen, sí, como en un espejo de aumento, pero en proporción.

A Silvia le venía amargando el paso del tiempo. De más joven había tenido una figura envidiable, exuberante, pero a la vez elegante.

Tras tener a su hija Marina, recuperó enseguida la línea. El embarazo no le sentó nada mal a pesar de que le quedaron unos tres o cuatro quilos más sobre su peso habitual, que no llegó a eliminar.

Pero en los últimos tres años ha aumentado casi tres tallas de pecho y ha cogido algún quilo más. Para sentirse bien cree que debería perder unos seis o

siete, aunque firma con perder cuatro y no recuperarlos, y eso lo ve como algo imposible, a no ser que haga una dieta estricta a la que no está dispuesta a someterse.

Además, le gusta comer. Comer sin excesos, pero comer, a fin de cuentas. Es su placer y quizás el único rato al día que en realidad comparte espacio con Javier.

Salen del despacho, hablan, tienen gustos muy similares en la comida y se siente muy bien ese rato del día. La comida del mediodía y el pequeño espacio que queda cada noche cuando la casa se sume en el silencio son sus mejores momentos del día. El silencio de la noche, sobre todo. Un silencio alentador en que solo ella conserva la conciencia del día, y que le daba una libertad de movimiento introspectivo. Una intimidad para su lectura, su pensamiento, su vida.

Por ello, prescindir de la comida del mediodía en el restaurante de al lado de la oficina para comerse una crema de verduras y un pescado a la plancha en el office del despacho, es algo inasumible. Es casi como un castigo.

De forma que Silvia se cuida a su manera y baila un pesaroso vals con esos quilos incómodos que sorpresivamente se reducen ligeramente de la noche a la mañana. En las semanas que tiene más juicios y se mueve sin parar de un lado a otro, su figura se estiliza a pesar de que coma en restaurantes y se dé algunos caprichos. Pero las mañanas que pasa en el despacho sentada ante el ordenador, y sobre todo las tardes, esas tardes que pasa en casa con sus hijos parecen inflarla infinitamente como si se tratase de una broma de mal gusto.

Tras una observación minuciosa de todas esas circunstancias ha concluido que toda oscilación se debe a su estado de ánimo; a los nervios, el estrés, y quizás también a ciertas variaciones hormonales que está segura de estar sufriendo, a pesar de que su ginecólogo le afirme que aún le falta un trecho para la menopausia.

La temida menopausia. En eso ha sido demasiado sincera con Javier. Qué tonta eres Silvia, hija, le habría dicho su madre en caso de saberlo, estas cosas no hay que decírselas a los hombres. No hay que llamarles la atención sobre estos aspectos.

Pero Silvia es así y no se puede contener. Quizás le ha hablado en exceso a su marido de estas preocupaciones. Se lo cuenta todo. Bueno, casi todo lo que piensa o siente. Y aunque Javier nunca ha dejado de demostrarle deseo, ella cree que ha quedado demasiado expuesta emocionalmente. Así que no acaba de sentirse bien y cada vez le cuesta más acercarse a él.

En el fondo está casi segura de que Javier no se ha acostado con Elsa. Sencillamente la pasea como un trofeo. Ya ves, Javier, tanto que te reíste de tu jefe año atrás. Lo mordaz que eras con el pobre hombre. Esos cuarentones y cincuentones acompañados de jovencitas dan pena, decías. Y mírate. En qué momento me sales con estas. Ahora, justo cuando yo soy más dura conmigo misma, cuando yo me exijo más y me siento en desventaja, va y te empiezas a comportar como un cuarentón insufrible. Te pones con Dani a escuchar música. Estás a la última en tecnología, y te compras esa ropa que no te hubieras puesto ni a los treinta. Lo último ha sido ese bañador surfero que en cuanto te lo vi puesto me quedé de piedra. No te cae bien, si quieres que te diga la verdad. Estás raro. Me recuerdas a uno de esos juegos infantiles compuesto de tres tiras; una para la cabeza, otra para el tronco y otra para las piernas, en que puedes combinar un rostro, un traje y los pies. Tu cabeza, con tu corte de pelo clásico y tan peinado, es más propia de vestir una toga, y choca, sí, choca con ese bañador que parece del atrezzo de la serie Los vigilantes de la playa. O mejor la de Sensación de Vivir, sí, más bien de esa serie porque la de los vigilantes creo que llevaban boxers ajustados.

Y eso le da rabia. Una rabia tremenda. No soporta que su marido se pasee con Elsa sin darse cuenta de que la lleva como un florero. O dándose cuenta, pero importándole más bien poco.

Sea como fuere a Silvia le apena todo aquello. En el fondo le entristece haber perdido su lugar como la mujer tan atractiva que había sido y se resiste a aceptar que posiblemente no lo sea nunca más. Es consciente de que su atractivo no se centra en el físico. Se lo repite una y otra vez, pero así y todo el paso del tiempo le pesa.

Vale, Silvia, se dice, has perdido el tiempo. Te has plantado en los cuarenta y largos sin darte cuenta. ¿Y qué has hecho además de trabajar y cuidar niños? Ni siquiera te atreviste, cuando pudiste, a ser un poco transgresora, y ahora no sabes ni por dónde tirar. Muy bien, sé valiente, y lánzate. Sabes que existen opciones para intentar recuperar lo perdido. Podrías operarte, está a la orden del día. Pero eso no acaba de ir contigo. Además, ¿de qué te operarías?

Lo ha pensado algunas veces y hasta lo ha mirado por internet. Reducción de pecho seguro. Eso seguro que sí. Si lo hiciera podría ponerse bikinis de cortina y vestidos sin tirantes, o con la espalda descubierta. No tendría que llevar tantas cosas a la cadera y podría volver a ponerse cinturones anchos, de aquellos que tanto la favorecían. Pero resulta que la operación es un auténtico espanto. Le dan un miedo atroz las cicatrices. Ha visto muchas fotos y los

signos son muy visibles. La cicatriz queda como una letra te invertida, desde el pezón hacia el pliegue submamario y otra a todo lo largo del pliegue. La de debajo puede que no se vea, pero la que va hasta el pezón seguro que sí. Además, ella tiene tendencia a cicatrizar mal, y como la cicatriz le hiciera que loide iba a quedar horroroso. Y eso si no le desplazan el pezón, pues ha leído que en algunos casos lo reconstruyen.

Aún tiene presente aquel caso de responsabilidad civil médica de una paciente que se operó y le quedó un busto auténticamente desastroso. Sin arreglo posible. Las fotos de aquellas tetas del antes y el después eran espantosas, y todo el mundo (porque aquellas tetas las vieron todos los abogados, el juez, los oficiales del juzgado, el forense, dos o tres peritos y varios oficiales del juzgado en cuestión) acabó por opinar que la operación había sido innecesaria y absurda. Pura vanidad. No seas tonta, Silvia, se dice. No es para tanto. Tienes un pecho bonito, algo voluminoso, sí, pero bonito. No. No te operarás. Sabes que fantasearás mil veces más con ello, pero no lo harás jamás, por mucho que te machaques con el tema y de paso machaques a Javier a base de lamentos. Además, sabes que a Javier siempre le han encantado tus pechos y a lo mejor si te viera las cicatrices le echarías para atrás.

Nada Silvia, olvídate una vez más de ello. Ya sabes lo que te ha dicho tu madre tantas veces; que eso es como hacer trampa en un examen, y a ti, lo de hacer trampa se te da fatal, te pillan siempre. Operarse solo te serviría si cambiases de vida, de lugar, de entorno, de familia. Una imagen nueva en una vida diferente. Pero pasar por quirófano para salir con unas tallas menos no te va a servir de nada. Es como sacarse un título sin dar un palo al agua. Ve a saber si tras todo ello te seguirías sintiendo mal por otros motivos de más difícil arreglo. Para eso te quedas como estás y te olvidas de una vez por todas. Que tú ya has tenido veinte y treinta años, y por mucho que hagas jamás vencerás al tiempo. Y, sobre todo, lo más importante de todo, porque estás convencida de no serías tú y una experiencia vital como la tuya no puede encajar en un cuerpo que no sea el tuyo. Así que más vale que te centres en otras cosas.

Se mira el pecho y yergue la espalda. Ajusta con disimulo las tiras del sujetador para elevarlo y piensa que quizás sea verdad que todas sus obsesiones no son más que tonterías.

Entonces nota unos ojos clavados en su cara. Ve que un hombre la está mirando. Es un hombre atractivo y bastante más joven que ella. Silvia levanta

la vista y le mantiene la mirada. El hombre le sonríe y ella le devuelve la sonrisa.

Con tanta tontería te estabas deserotizando, Silvia —piensa—. Y eso no puede ser. Aún est s aquí. Estás viva.

Se dirige hacia la barra y pide un bocadillo caliente de jamón con queso brie. Le ha entrado por los ojos y por el olfato nada más entrar en el vagón cafetería. De paso pide una Coca Cola, que sea zero o light, pero Coca Cola, a fin de cuentas. Total, si huye de su vida durante una semana es para hacer lo que le venga en gana.

Encuentra un hueco al lado de un hombre y una mujer que están comiendo lo mismo que ella. Van juntos, pero no le parece que sean pareja. Tampoco parece que sean compañeros de trabajo. Le da la sensación de que se acaban de conocer. Quizás se han puesto a hablar en ese mismo momento, como si ella entablase conversación con aquel hombre que le ha sonreído.

La mujer le parece familiar. Le suena de algo, pero no sabe de qué. Quizás la ha visto antes de subir al tren y se ha quedado con sus facciones.

Piensa en el joven con el que ha cruzado la mirada. No le ha vuelto a mirar, aunque constata por el reflejo de la ventanilla del tren que no le quita el ojo de encima. Intenta no volver a mirarlo para evitar que se le acerque. Una cosa es no deserotizarse y otra ponerse a hablar con un desconocido sin que le apetezca lo más mínimo. No es el momento de ligar. No tiene ningunas ganas de hacerlo.

Deja el móvil sobre la barra del vagón cafetería y coge un periódico. Mirar  la programación de la televisión para aquella noche. Ha decidido quedarse en Málaga. Se alojará en un buen hotel. Hay unos cuantos alrededor de la estación de María Zambrano. Seguro que no tendrá problema en encontrar habitación en un día laborable. Cuando llegue se dará un baño caliente y se dormir  viendo alguna película, la que sea. Mañana ya pensar  lo que va a hacer el resto de los días.

## Equilibrios rotos

Lola

Lola y Paco regresan a los asientos y él la mira con expresión de disponer de todo el tiempo del mundo para escucharla, así que ella continúa con el relato interrumpido.

—No fue hasta carnaval cuando el tema se complicó hasta el punto que no debía haberlo hecho —prosigue Lola—. Todo comenzó con una propuesta inocente, festiva, que, aunque inicialmente no me hizo ninguna gracia, finalmente, ante la insistencia del grupo de bachillerato escénico y el ímpetu de los organizadores, me fue seduciendo cada vez más hasta llegar a hacerme verdadera ilusión. Es lo que tiene ser tutora del bachillerato artístico. Te salen con esas. No pierden la ocasión de montarla, y el carnaval se lo pone en bandeja —Paco sonrío—. Te arrastran, te invaden y lo hacen con tanto salero que es difícil no acabar metida hasta las cejas en las propuestas.

—¿De qué iba el plan? —pregunta Paco.

—El tema tenía su gracia —explica Lola—. Se trataba de montar una especie de comparsa y salir a dar una vuelta por ahí. Meterse en alguna discoteca y hacerse unas cuantas fotos para colgarlas luego en alguna de las webs del grupo. Nada muy organizado, sin más pretensiones que las de pasar una noche de fiesta y reír un rato. Pero, como suele suceder con este tipo de cosas, una vez metido no sales indemne. Siempre hay el perfeccionista de turno que te sale con aquello de “si lo hacemos, lo hacemos bien y si no pues no se hace”, por lo que la cuestión se fue enredando hasta el punto de que lo que debía ser algo desenfadado acabó convirtiéndose en uno de esos eventos en los que uno tiene la ocasión de arrepentirse varias veces. Yo estaba deseando que llegase el día, acabase y dejar de oír hablar de una vez del tema.

Paco piensa que debe ser un auténtico rollo meterse en líos de esos. Es una persona poco dada a las actividades sociales y la mera idea de disfrazarse le horrorizaba. No acaba de entender cómo se puede complicar la vida una persona por una fiesta de disfraces, por un carnaval.

—Eligieron el atrezzo del musical de Mamma Mia, lo que nos obligó a todos a acabar alquilando el disfraz en una tienda especializada, y además la broma acabó saliendo carísima. La cosa no bajó de la friolera de cien euros por disponer dos días del traje en cuestión —sigue Lola—. No te lo puedes ni imaginar. No sé si has visto el musical o la película. Sí, la de Meryl Streep. Pues eso, ya puedes hacerte una idea. Elegí un traje ajustadísimo de color rosa

brillante, con pantalón acampanado desde la rodilla, y con una barbaridad de volantes y lentejuelas. Era para verlo. Creo que tengo alguna foto en el móvil, luego te la enseño si quieres. El caso es que solo había dos ejemplares en la tienda y uno de ellos ya había sido alquilado. Dudé en cogerlo, pero pensé que las probabilidades de que lo hubiera alquilado alguna chica del grupo era casi nula, porque ya te he dicho que era carísimo y además había ido con muchísimo tiempo a la tienda y mis alumnos son de los que, creía yo, hacían las cosas en el último momento.

Paco se imagina a Lola enfundada en un traje como el que describía y se ríe.

—Disculpa que me ría, pero esa foto la quiero ver —apunta.

Lola sonrío y continúa con su relato.

—Pero me equivoqué. Tan pronto los vi llegar todos juntos y sonrientes a la parada de metro en la que habíamos quedado, saltó a la vista, brillantísimo, el mismo traje que yo llevaba en el cuerpo de Adela, la novia de Dani. Desde luego la coincidencia le fastidió tanto como a mí misma. O quizás más. Eso de ir vestida como la profesora le debió parecer espantoso. Lo noté en la expresión de su cara nada más verme. Te puedo asegurar que hay pocas cosas peores que coincidir en algún evento con alguien vestido igual que una, pero si además da la casualidad de que la vestimenta es especialmente ridícula y además la persona con la que coincides tiene veinte años menos que tú y está, evidentemente, bastante más lozana que una, el fastidio ya es enorme. No te rías, no.

Paco supone que tras toda esa introducción tan aparentemente desenfadada la cosa está a punto de derivar en una historia mucho menos graciosa, pero hasta el momento, la forma de hablar de Lola, su expresividad, su dramatismo, le han provocado una diversión que lucha por disimular.

—El caso, y a lo que voy, es que la noche de marras, como era de esperar, acabó en una sala de fiestas atestada de gente. La sala estaba abigarrada, la luz era escasa y la bebida abundante. Al poco rato, como es lógico, la inhibición fue menguando. Lo de siempre, vamos, a medida que pasan las horas y sube la ingesta de alcohol la gente se va desmadrando progresivamente.

Paco intuye que el relato se acerca al principio del fin.

—Serían la tres o las cuatro de la madrugada cuando me fui a tomar un poco de aire hacia la puerta de la discoteca. Quise salir, pero fuera hacia un frío tremendo. Como había un pequeño vestíbulo antes de llegar a la puerta, en la zona del guardarropa, donde el aire era algo más respirable y la música se oía un poco más atenuada, decidí quedarme ahí un rato. La verdad es que debería

haberme ido en aquel momento. Pero por algún motivo que no alcanzo a comprender, me quedé ahí, sin hacer nada. Estaba aturdida por el volumen del ruido infernal que había en la sala. La música era electrónica, cansina. Ruido puro, como habría dicho Martín. Estaba bastante cansada de toda la semana por lo que me apoyé en una especie de barra, uno de esos taburetes altos en que más que sentarte apoyas la espalda, vete a saber lo que era. Al poco rato noté que alguien me abrazaba por detrás y me susurraba algo al oído. No supe el qué. Posiblemente tampoco lo hubiera entendido. Y además no presté mucha atención.

Lola traga saliva y suspira. Paco nota que Lola se está angustiando.

—Al principio creí que era Miguel, el tutor de los del científico. Con Miguel llevábamos un rollo un poco raro. Nos habíamos liado más de una vez en situaciones parecidas y hacía tiempo que parecía que volvía a estar peor con su mujer, por lo que no me extrañó que volviese a la carga de nuevo. No me desagradaba la idea de pasar un buen rato con él. En realidad, hacía años que habíamos dejado las cosas muy claras y fuere lo que fuere que había entre nosotros, sabía que tendría una salida cómoda, sin riesgo. No me hubiera importado acostarme con él esa noche. No sé cómo te estoy explicando todo esto. Debes estar pensando que soy una desequilibrada o algo así, contándote estas cosas.

—Me gusta que me lo expliques —la tranquiliza Paco, pensando que quizás no ha dicho el comentario acertado. Está claro que le gusta que una desconocida le explique estas cosas, pero cree que debería haberle dicho algo distinto. Le parece que con ese comentario ha quedado como una persona extremadamente curiosa. Sin embargo, Lola no se hace eco de ello. En realidad, tiene unas ganas tremendas de desahogarse con alguien, y él esté en el lugar y momento adecuado.

—El caso es que me reí y me giré dispuesta a seguirle el juego, cuando me encontré a un milímetro del rostro de Dani. Te puedo asegurar que dudé. Dudé un segundo, quizás dos o tres, y cuando fui a pensar algo más, ya nos estábamos dando un morreo de campeonato. Los primeros instantes pensé en apartarme, pero no pude, creo que en realidad no quise. Igual si no hubiese sido tan tarde. O si hubiese bebido algo menos... El caso es que, sinceramente, creo que me dio igual. Cuando acabamos de besarnos le hice una pregunta absurda. Una de esas preguntas tontas que se hacen cuando sabemos que hay que decir algo y no acabamos de saber qué: “¿me has confundido con Adela?”, le dije. “Por supuesto que no”, me contestó. Le

pregunté si sabía dónde estaba ella, si estaba dentro, en la sala, y si alguien nos habría visto. “¿Te importa?”, me preguntó. Y le contesté que sí, que debería importarme. Por supuesto que debería importarme. Y a él mucho más que a mí.

A Lola le tiembla ligeramente la voz.

—Pero fue una conversación de trámite —continúa—. Yo estaba segura de que ni a él ni a mi nos importaba un comino dónde estuviese Adela ni lo que con toda seguridad iba a pasar entre nosotros. Así que salimos del local a todo correr y nos fuimos disparados a mi casa.

Paco se imagina a Lola con un chico de esa edad, poco más que un adolescente. Seguramente un chico guapo y de esos echados para delante. Sexo puro. Pasión y desbordamiento a raudales. Por un momento le entra cierto miedo. Se plantea si, de acostarse con Lola, dará la talla. Se pregunta por qué justo en ese momento se le ocurre la fantasía de acostarse con Lola. Quizás por pura competitividad. Por probarse. Quizás porque Lola le atrae o le atrae lo que le explica; una mujer que se acuesta con un chico bastante más joven que ella, que se desinhibe hasta ese punto tiene un atractivo innegable.

—Hacía años que no me sentía íntimamente con alguien como me sentí con él. Quiero decir que me desinhibí por completo —Es justamente lo que Paco está pensando—. Fue absolutamente brutal. No sé si fue el hecho de ser su profesora, de ver su pasión, de palpar su belleza, el caso es que me solté por completo. Me sentí como hacia muchísimos años que no me sentía. No me importaba nada más en aquel momento. Mi pensamiento era cero. Absolutamente cero. Solo existía Dani, y sus besos, sus manos, su mirada, sus caricias, su fuerza. Me olvidé hasta de Martín.

—Vaya...—se atreve a decir Paco, más en el afán de darse un respiro ante lo que está escuchando que con la intención de trasladar la turbación que le provocan las palabras de Lola.

Lola también se aturde un poco. Cae en la cuenta de que quizás está entrando en unos detalles que pueden dar lugar a crear un equívoco. En realidad, no sabe por qué lo está haciendo. En absoluto tiene intención de provocar a Paco, ni de seducirlo. Sencillamente le está hablando como si pensara en voz alta. Y él está ahí. Sabe que lo que le está contando no se lo puede explicar a nadie. A su hermana Auxi por supuesto que no, y a Mario, su psicólogo tampoco. Lo ha intentado más de una vez, pero hay un punto que le resulta infranqueable, y ese punto es el del sexo, el de la pasión. Ahí no acaba de ser clara. Mario sabe que se ha acostado con Dani, por supuesto, pero ella

solo le explica la carga, el pesar, el aspecto moral del tema. No entra en lo otro, en lo que de verdad le quita el sueño, que es lo pasional, la debilidad que siente por ese chico, el enganche, vamos. Eso ni siquiera puede mencionarlo. Y ese es precisamente su peor demonio, el que sabe que tiene que sacarse de encima como sea.

Es en el candente tema del sexo donde se encuentra atrapada. No por el sexo en sí, no, porque sabe que lo puede tener con otros, sino por lo que supone el sexo con Dani, en lo que le evoca de recuperación de Martín. Y eso es muy difícil de soltar. Es como un espejismo al que recurre una y otra vez para volver a vivir lo que sabe que no puede recuperar. Es muy difícil deshacerse de las cosas que nos da consuelo.

—Perdona —dice Lola, por decir algo, sin atreverse a mirarle a los ojos.

Se recolocan incómodamente en sus asientos, en silencio, uno junto al otro. Lola intenta serenarse y contener su relato, que se desboca por momentos, y él intenta recuperar su rol de compañero perfecto, respetando los silencios y gestionando los episodios de verborrea de ella, con una naturalidad más que convincente. Vuelven a mirarse durante unos instantes e intentan disimular la tensión existente.

Paco enciende el móvil y se pone a navegar por internet. Lola piensa en hacer lo mismo, pero controla el impulso. Hace rato que ha decidido no mirar más el teléfono. Se ha propuesto no consultarlo hasta que llegue a Málaga. Una vez allí se atreverá a echarle un vistazo.

Antes de ir al vagón cafetería vio que tenía más de cuarenta mensajes de wasap. Uno era de su hermana Auxi preguntándole a qué hora llegaría, y diciéndole que la avisase al menos con un par de horas de margen para ir a recogerla. Ése es el único mensaje que ha contestado para decirle que hará noche en Málaga y que ya la llamará al día siguiente para ver cómo quedan.

Otro mensaje era de Miguel, el tutor de los del bachillerato científico. Un mensaje larguísimo, pidiéndole que le llame en cuanto llegue al pueblo e intentando calmarla, ya que imagina el motivo de su ausencia. Lola le ha explicado vagamente su historia con Dani, pero él no ha mostrado intención alguna de querer indagar en ello, quizás por un atisbo de celos o de cierta rabia. Miguel ha preferido echar tierra sobre el asunto y pensar que se le pasará el capricho, pero ahora ve que el tema se ha complicado y le sabe mal no haber dado más soporte a Lola. A pesar de la rabia que esa historia le da le tiene mucho aprecio. Ante todo, son amigos y siente que no ha estado a la altura de las circunstancias en los últimos tiempos.

Miguel le dice en sus mensajes que no se preocupe, que en realidad el asunto no es para tanto, que todos o casi todos en alguna ocasión se han liado con un alumno —él por lo visto lo tiene por la mano, pensó Lola al leerlo—, y que, en definitiva, el chaval tampoco es un niño, que a estas edades saben de sobra lo que se hacen y que en muchos aspectos hasta les pueden dar mil vueltas, por lo que no debe dramatizar tanto. Que es cierto que ella es profesora, sí, pero que no están en un curso de la ESO, y el chico ya ha cumplido los dieciocho, y que si las cosas se han salido de madre lo mejor es tomar distancia, como está haciendo, y que el curso que viene todo se habrá solucionado y ninguno de los dos se acordará más de lo ocurrido. Y que, no puede resistir decirlo, eso no le pasaría si se liara con hombres hechos y derechos como él. Y cierra el mensaje con un emoticono de guiño, pero ya le ha soltado lo que quería decirle.

Lola no le ha respondido. No ha tenido ganas de entrar en un debate con Miguel. Piensa que cuando pasen uno o dos días le contestará con más calma.

Los mensajes restantes que ha podido ver, todos ellos, son de Dani. Unos veinte son de la noche anterior y otros tantos más los ha enviado desde las siete de la mañana. Todos vienen a decir más o menos lo mismo. Visto uno, visto todos.

Lo peor de todo es que ella los ha estado leyendo uno tras otro. Los ha devorado y releído sin cesar. Se ha estremecido con cada uno de ellos. Ante alguno de ellos le ha entrado un miedo atroz y se ha asustado hasta el extremo de prometerse no mirarlos más. Pero no ha podido contenerse a leerlos una y otra vez de cabo a rabo. En algún momento le ha asaltado la necesidad de interrumpir el viaje y regresar urgentemente a Barcelona para lanzarse a esa aventura suicida donde sabe que el final está escrito y es absolutamente espantoso y desgraciado. Le ha cogido miedo a Dani, sí, pero quizás tiene más miedo de ella misma. Dani la amenaza, es cierto, pero hay algo en todo aquello que la engancha perversamente.

Dani es adictivo. Es su adicción.

“Si no vuelves me moriré. Me mataré. No podré vivir así.”

“Si no vuelves explicaré lo nuestro a dirección. Te arruinaré la vida. Jamás podrás volver a trabajar en una escuela. Te has liado con un alumno y eso es lo que es y significa lo que significa. Me has hecho daño y puedo decir lo que quiera. Puedo fingir hasta que me has vuelto loco, porque en realidad me estás volviendo loco”.

“Perdona, perdona, perdóname. Olvida lo que te acabo de decir. Estoy

desesperado. Necesito oírte. Dicen que has cogido la baja y que ya no volverás este curso. Te he llamado a casa. He estado en la puerta de tu casa y no sales. No veo luz. Te has ido. ¿Dónde te has ido? Dímelo. Vengo a buscarte. No tengas miedo. Sabes que te quiero.”

“No puedo vivir sin ti. No duermo, no como, no vivo. Estoy amargando a Adela. No sé por qué sigo con ella. Ayer me la follé tres veces seguidas. Acabó llorando. Me dijo que estaba como loco. Pero nada importa. A mí nada me importa, pero por lo visto a ti sí ¿Cuál es el problema? ¿La edad? Yo acabo el maldito curso en dos meses y lo dejo todo. Me pongo a trabajar. Me voy a vivir contigo. Dime algo. Respóndeme. Vuelve.”

Lola sabe que todos los mensajes nuevos que van entrando son como esos. Más de cuarenta mensajes que no va a leer. Se ha propuesto no volver a mirar el teléfono hasta llegar a Málaga. Por eso lo ha puesto en modo vibración, lo ha guardado en el bolsillo delantero del trolley y lo ha colocado en el estante portamaletas situado sobre los asientos. Así no volverá a tener la tentación de mirarlo.

Paco se gira de nuevo hacia ella. Le ha parecido escuchar el sonido sordo de vibración de un móvil sobre sus cabezas. Recuerda que Lola ha guardado su teléfono hace mucho rato y cae en la cuenta de que no ha vuelto a atenderlo.

—¿Pasa algo? Es el chico, ¿verdad?

Lola asiente.

—¿Sabes lo sorprendente de todo esto? Mientras Martín vivía le engañé varias veces. Con Miguel. Pero nunca fue así, como ahora.

—Lola, casi todos hemos engañado alguna vez —responde Paco intentando distraerla del recuerdo del chico.

—¿Tú crees?

—Creo que sí. Bueno, hay gente excepcional, gente que no lo hace por una cuestión casi diría que de suerte. Porque por fortuna sustituyen una pasión por otra que no necesita de un tercero; no sé, una afición, el trabajo, un deporte, algo que les gusta. Pero los otros, los que no encontramos nada que nos llene en exceso acabamos por caer en esto, si se dan las circunstancias propicias. Casi te diría que es un tema de insatisfacción, de mero aburrimiento.

—Muy banal lo veo.

—Puedo equivocarme. Es solo una opinión, pero creo que no me equivoco mucho. Es un tema de suerte, ya te digo. Si sientes que tu vida es completa, y eso no depende de tu pareja, pues seguramente vas haciendo. Pero como tengas un trabajo de mierda, una vida sin estímulos, sin ilusiones, y una

relación anclada en la rutina, entras automáticamente en riesgo. ¿Qué no se te cruza nadie en el camino? Pues genial, no pasa nada, continúas tirando en una vida más o menos tranquila, sin sobresaltos. Pero como se cruce alguien en el momento propicio...

—Hablas como mi amigo Miguel.

—El tutor de los del científico —apunta Paco.

—Sí —dice Lola complacida de que Paco tenga la capacidad de escuchar con tanta atención. Le parece extraño. ¿En qué debe trabajar Paco para fijarse tanto en los detalles? Pero a la vez se sorprende de la visión tan determinista que tiene sobre ese tema—. Entonces, según tú, Paco, casi se diría que la infidelidad es una cuestión de providencia. Vamos, que, si tienes la vida más o menos llena, no te lo planteas, pero si estás algo flojo y se cruza la persona adecuada, la posibilidad de caer está casi asegurada. Pues yo creo que no, que tanto Miguel como tú os equivocáis; tengo amigas que no lo han hecho jamás y no son lo que se dice especialmente felices.

—¿Y te han dicho por qué no lo hacen?

—Pues por respeto, por principios, yo qué sé.

—Pues eso, ahí lo tienes —afirma Paco no sin cierto entusiasmo—. De esa causa hacen su pasión. Y posiblemente del miedo. Supongo que, aunque tengan la ocasión por delante, les entra miedo, no se lanzan y ellas mismas se convencen de que lo hacen por lealtad. No te lo creas, en realidad se martirizan y ahí expían sus deseos; en ese martirio. Es el mismo perro con otro collar. Es darle la vuelta al tema. Lo mires como lo mires, caigas o no, al final es todo lo mismo. Date cuenta de que no deja de ser un tema de pasión y de deseo; según donde sitúas la pasión, cómo la vistas y cómo la enfoques. Es un tema de gestión de emociones, poco más. Pero, vamos a ver, lo que me decías sobre que habías engañado a Martín. Entonces, ¿qué pasa ahora? ¿Cuál es el problema? ¿Por qué esa angustia con este chico?

—Pues yo creo que precisamente por lo que te decía; porque ahora no está Martín.

—Perdona, pero aquí sí que me estoy perdiendo un poco.

—A ver, Paco, que mi vida con Martín era un equilibrio. Era casi perfecta. Solo me faltaba algo. Y ese algo lo suplía Miguel. Y además lo suplía bien, sin condiciones. Mi vida iba entre el agobio y los desahogos, según estuvieran las cosas. En las etapas en que Martín y yo estábamos más unidos, más cercanos, Miguel no tenía nada a hacer; me surgía ese arrebatado de moralidad del que dices que hay quien hace su pasión, y me sentía bien, feliz. Ni te imaginas lo

feliz que me sentía. Casi llegaba a pensar que estaba redimida.

Paco arranca una carcajada.

—¿Redimida? Me encanta.

—Sí, riéte. Supongo que Miguel también se reía en el fondo. En esos momentos, de hecho, ni se acercaba. Era como si lo intuyera.

Paco asiente.

—Pero...

—Pero cuando las cosas entre Martín y yo estaban mal, es decir apáticas, la moralidad se iba al traste, toda redención hacía mutis por el foro, y sobrevivía a base de algún encuentro esporádico con Miguel. Lo que ocurre ahora con Dani es que no hay contrapeso. Es decir, no existe nada más que él. ¿Entiendes? Dani no complementa nada y, además es todo lo que era Martín. No hay equilibrio. No hay otro. Es una locura.

—¿Y Martín? ¿Te puedo preguntar dónde está?

—Martín murió.

El tren se detiene en Córdoba y anuncian por megafonía que estará unos minutos de maniobras para separar los vagones que van hacia Sevilla de los que continúan hasta Málaga.

—Paco —pregunta Lola—, ¿hacia dónde decías que ibas?

Recuerda que Paco únicamente le ha dicho que su destino era cerca de donde iba ella, pero también podría ser que fuese hacia Antequera o hacia Granada. De hecho, sabe que para ir a Ronda o a Granada muchas personas bajan en Antequera, y también los pueblos de la zona gaditana de montaña son de más fácil acceso desde esa población.

—No sé, a dónde tú quieras.

—Pero tú llevarás billete de destino, digo yo.

—Sí, claro. Pero eso tanto da. Tú no tienes compromiso, ¿no? Quiero decir, con tu hermana.

—No. Bueno, la molestia de haberla tenido pendiente de mí, pero, de hecho, ya le he comentado que hoy me quedo en Málaga.

—Pues dile que te quedarás en Málaga más días. Que estás bien, que has decidido pasar unos días a tu aire. Sé de un lugar que es tranquilo y que te va a gustar. Podríamos seguir hablando.

Lola se queda unos instantes callada. Debe tomar una decisión rápida y le parece demasiado arriesgada como para actuar por impulso, aunque algo le dice que no se equivocará si acepta la propuesta de Paco, así que asiente.

—Sí. Si quieres me encantaría. Pero hay algo que querría dejar claro. No sé

nada de ti, absolutamente nada. Y, sinceramente, no tengo intención alguna de...

—Lola, no te estoy proponiendo que nos acostemos ni que suceda nada que no queramos hacer. Sencillamente me siento a gusto hablando contigo y algo me impulsa a no despedirme de ti.

Lola se queda pensando en ese “nada que no queramos hacer” que acaba de decir Paco y que parece dejar una puerta abierta a lo que pueda suceder. Pero acto seguido piensa que más que una propuesta ha sido un comentario de galantería. De hecho, si Paco no hubiera dejado esa puerta entreabierta hubiera parecido que no sentía ninguna atracción por ella y eso sí que le hubiera molestado.

El pensamiento mismo le parece gracioso. Es el tipo de elucubración enrevesada que Martín le hubiera puesto de manifiesto. Muy suya. Muy tuya, Lola, como le decía su marido.

Martín era hábil con ella y con otras mujeres, supuso siempre Lola.

Martín, al igual que Paco, era una de esas personas que tienen la habilidad de saber muy bien lo que tienen que decir para quedarse en el punto adecuado; ese punto exacto en que un hombre puede resultar seductor sin arrogancia ni vulgaridad. El punto de la confianza, de la conexión.

Lola acepta la propuesta de Paco. Piensa que no adquiere ninguna obligación con ello. Puede decirle adiós cuando quiera. No hay nada. No tienen ayer, puede que ni siquiera mañana, y apenas hay presente, no hay afecto.

Él la coge de la mano. Lola nota su mano cálida y firme. No la suelta.

Segundo día: El intercambio. Málaga.

Silvia

Silvia se da cuenta de la confusión nada más llegar al hotel cuando se atreve a mirar el móvil desde la última vez que lo hizo. Y esa última vez había sido en el vagón cafetería del AVE.

En un primer momento no detecta el error. Es cierto que ha notado algo extraño en el móvil, pero no ha acabado de encontrar el qué. Cuando lo mira con mayor detenimiento se da cuenta de que algo raro sucede con las fotos del fondo de pantalla y de los perfiles de su hijo Dani y de Mario, su terapeuta. Por alguna causa que no acaba de entender parece que algo se debe haber modificado en la configuración del dispositivo y las fotos que tenía asignadas a estos perfiles se han sustituido por otras.

Pero luego, al entrar en los mensajes y leerlos se da cuenta de que son extrañísimos y, parece ser que no van dirigidos a ella.

Todos van dirigidos a una tal “Lola”, y los de Dani son especialmente sorprendentes, casi se podría decir que tremendos, absolutamente inesperados.

Entonces abre la agenda de contactos y se da cuenta de todo. Aquella no es su lista de amigos, familiares ni conocidos. Salvo Dani y Mario, claro está. El móvil en cuestión no es suyo. ¿Pero cómo ha ido a parar a sus manos?

En algún momento y por algún motivo que no acaba de situar se ha confundido de móvil.

El tema además tiene su gracia, pues su móvil, con toda seguridad, es un modelo descatalogado. Es un modelo antiquísimo de iPhone, por lo que la posibilidad de coincidir con otra persona que lleve el mismo e intercambiarlo es casi remota.

Se queda estupefacta, y tras la primera impresión se pregunta quién y cómo debe ser la tal Lola, la dueña de ese teléfono que ahora tiene en su mano. Y, sobre todo, cómo es posible que esa persona tenga como contactos a su hijo y a su terapeuta. Los mensajes de su hijo Dani son numerosos, y parece que Mario, su terapeuta, ha llamado varias veces también a ese teléfono. Le parece que se trata de una broma de mal gusto, o de una pesadilla de la que despertará en cualquier momento.

Empieza a leer los mensajes de su hijo uno a uno, sin que la prudencia o el derecho a la intimidad de los interlocutores detengan su afán por buscar respuestas a aquella situación.

Lo que parece estar claro es que Dani tiene una relación, una aventura o lo

que Dios quiera que sea con la propietaria de ese móvil que, por lo que se desprende de las fotos y otros mensajes que lee, parece que es bastante mayor que él.

Por otra parte, Mario se dirige a la tal Lola como si fuera su amigo, pero también parece que le hable como su terapeuta, y parece estar preocupadísimo por ella a juzgar por las cosas que le dice.

Y ella, Lola, parece que tiene intención de ir a Ronda, lo que ya es una casualidad digna de una novela.

Aunque lo más extraño de todo es el mensaje que ha recibido a las tres de la madrugada. Un mensaje de su hijo dirigido a ella:

“Silvia. Soy Dani. Sí, Dani, tu hijo. Ya sé que tienes el teléfono de Lola. Llámame por favor. Si no quieres no te pasaré a papá, pero llámame. Dime dónde estás. Ya sé que estás en Andalucía, pero dime dónde. Yo voy a ir a Málaga, donde está Lola. Pero por favor, llámame o dime dónde te puedo encontrar. Ya te explicaré todo cuando nos veamos.”

Silvia deduce dónde se ha producido el intercambio de teléfonos. La última vez que le echó un vistazo fue en el vagón cafetería del AVE y lo había dejado en la repisa del coche mientras se comía el ansiado bocadillo de jamón con brie. Estaba justo al lado de aquella pareja que estaba comiendo lo mismo que ella. Recuerda que en cuanto acabó de comer lo guardó en el bolso y que no lo ha vuelto a tocar hasta llegar a la habitación del hotel. De eso está completamente segura. Por lo tanto, el intercambio ha tenido que producirse allí, en el vagón cafetería, y aquella mujer debe ser Lola. Aquella mujer en la que se fijó y que le sonaba de algo sin duda es Lola. La que iba acompañada de aquel hombre que no parecía su pareja ni un compañero de trabajo, ni siquiera un amigo.

Han debido confundirse en el momento mágico en que ella observaba a su alrededor. Seguramente en el instante en que cruzó su mirada con aquel hombre que no le quitaba el ojo de encima. Justamente cuando había tomado consciencia de que seguía en el mundo real, de que era ella, Silvia, y que aún tenía suficiente fuerza sobre sus zapatos como para ir pisando fuerte por la vida.

Piensa que, sin duda, nada ocurre causalmente. En aquel instante preciso, cuando su mirada estaba centrada en un desconocido que la había despertado de su letargo, cuando ella había dejado de estar pendiente de sus obsesiones y de su rutina, el teléfono fue a parar a manos de otra mujer que parecía seguir los mismos pasos que ella, el mismo camino de huida en una idéntica decisión,

tomada seguramente al unísono, sin saberlo.

Se dispone a afrontar la situación con calma, a pesar del desconcierto que le causa todo aquello.

Piensa en Dani. Evidentemente su hijo está metido en un lío. Y además un lío que parece bastante feo. Está enamorado de una mujer mayor que él y debe sentirse muy aturdido y desubicado.

Luego piensa en Mario. Por alguna razón que le encantaría saber, y que desde luego averiguará, también es el terapeuta de Lola. Se pregunta si Mario habrá llegado a atar cabos y sabe que Dani es su hijo. Es posible que Lola le haya explicado al terapeuta su aventura con Dani. O quizás no. Es perfectamente posible que no haya mencionado siquiera el nombre de Dani.

Y luego piensa detenidamente en Lola.

Está claro que Lola, del mismo modo que ella, ha dado un paso adelante. Lola también está huyendo de su realidad. Está poniendo tierra de por medio para apartarse de su vida y, también del mismo modo que ella, ha recorrido ese paréntesis que separa Barcelona de Málaga, la realidad y el sueño, la realidad y las esperanzas, los deseos de darse una nueva oportunidad.

De repente siente una inexplicable tristeza por Lola. Y una compasión y una proximidad inmensas a pesar de que sabe que se ha liado con Dani.

Solo a Lola y a ella les podía suceder algo semejante.

Solo a Lola y a ella el destino les podía poner en una tesitura como aquella.

Parece que ni Lola ni ella tienen derecho a escaparse de sus vidas. Ni Lola ni ella tienen derecho a tener secretos.

Siente un gran afecto hacia esa mujer desconocida a pesar de la relación que parece tener con Dani. A pesar de lo que sea. Y piensa que debe impedir a toda costa que Dani se presente allí. No son el lugar ni el momento adecuados para hacerse cargo de su hijo, del hijo de Javier.

Ella ha tomado esa decisión para apartarse unos días de su vida y no va a permitir bajo ningún concepto que nadie venga a invadir ese espacio, y menos si además se trata de un adolescente que trae a cuevas un problema semejante.

Por otra parte, deduce, Lola debe encontrarse en una situación muy similar a la suya. Por el tenor de los mensajes que Dani le ha enviado es fácil deducir que aquella mujer se ha marchado de Barcelona en busca de sosiego. Así que decide que lo mejor ante aquella situación será evitar complicar las cosas todavía más de lo que ya están.

Se decide por llamar a Mario. Mario será el nexo común que podrá poner algo de orden en aquella situación tan caótica.

## Un castigo del cielo

Lola

Aquella primera noche en Málaga, Lola hubiera preferido no mirar los mensajes del móvil. Algo le decía que si los leía no podría pegar ojo, y estaba demasiado cansada como para pasarse otra noche en blanco.

Finalmente, Paco y ella habían optado por alojarse en un hotel cercano a la estación de María Zambrano Paco se había encargado de todo. Había cogido dos habitaciones cercanas, en la misma planta, y no había hecho ademán alguno de pretender otra opción que pudiera incomodarla.

Tras subir el equipaje a sus habitaciones y asearse, habían decidido salir a cenar.

El cansancio del viaje nos les impidió desplazarse al centro de la ciudad para dar un paseo por la calle Larios, que todavía conservaba la iluminación navideña que habían adaptado temáticamente para los días de carnaval.

La tranquilidad de la calle a esa hora, el maravilloso arco de luces dispuesto a todo lo largo de esa vía y las pequeñas callejuelas de los alrededores levantaron el ánimo de Lola y la dispusieron para pasar una velada agradable.

Tras dar varias vueltas por los alrededores de la plaza de la Constitución, localizaron un lugar agradable para cenar; se decidieron por “El Patio”, un restaurante cercano a la calle Larios.

Lo escogieron por pura casualidad. Les gustó su decoración a medias entre un patio andaluz y una bodega. Enormes barriles de vino decoraban una de sus paredes anunciando, en lugar de su previsible contenido, apetitosas recetas de arroz.

Nada más entrar, una amalgama de aromas y colores les invadió provocando que se les abriese a ambos un apetito tremendo y, si bien la idea inicial era pedir tan solo unas dos o tres tapas, acabaron devorando dos tapas de ensaladilla rusa, una de tortilla de camarones, una de boquerones en vinagre y un caldero de arroz con rabo de toro que estaba exquisito.

Al llegar al hotel, tras la cena, Lola se había dado una ducha y se había puesto a leer el último libro que había iniciado hacía algo más de un mes. En esa ocasión había escogido una novela de Amelie Nothomb. La autora francesa le hacía desconectar y la enganchara a la lectura. Siempre le había agradado el ritmo de sus novelas, la prosa ágil y desenfadada, pero a la vez tremendamente profunda que se deslizaba entre sus páginas.

Sin embargo, llevaba días sin poder acabar ni un sola párrafo y Lola jamás tardaba tanto en leer un libro. Dani la había desestabilizado hasta el punto de no poder concentrarse en ninguna lectura salvo pequeñas noticias periodísticas o textos breves y muy concretos.

Eran las tres de la madrugada cuando el sueño la venció por completo. Apagó la luz de la mesilla creyendo que caería rendida, pero al momento la mente comenzó a hacer de las suyas y no pudo conciliar el sueño. Supo que no podría dormir hasta que echase un vistazo al móvil. Así que encendió de nuevo la tenue luz de la cabecera de la cama y lo miró con los ojos agotados por el cansancio y deslumbrados por el brillo de la pantalla.

Se encontró con una larguísima lista de mensajes de wasap; uno de ellos era de Mario, pero creyó que se trataba de una equivocación, ya que se dirigía a una tal Silvia. Todos los demás, como era de esperar, eran de Dani.

Estuvo a punto de apagar de nuevo el móvil y no abrirlos, pero algo le llamó la atención; Dani la llamaba mamá, y en ocasiones Silvia.

Empezó a leerlos y sintió una enorme confusión.

E todos esos mensajes Dani se dirigía a una tal Silvia, que al parecer se trataba de su madre, y le rogaba que regresase a casa o que lo llamase. Le decía que su padre estaba muy preocupado por ella y que fuera lo que fuera que hubiese sucedido, les dijera algo. Le prometía que, si quería, no le diría nada a su padre, pero que, por favor, le contestara.

Se incorporó de golpe en la cama y encendió la luz de lectura con la mano temblorosa. Al fijarse en el fondo de pantalla del teléfono vio que el rostro sonriente de una mujer desconocida la miraba fijamente, abrazada a un hombre de amplia sonrisa. Al abrir la carpeta de contactos se dio cuenta de que no se trataba de su agenda, salvo Dani y Mario que, por algún extrañísimo motivo, también formaban parte de la vida de la dueña de aquel dispositivo.

Pensó que no podía ser verdad lo que estaba ocurriendo.

Que eso era, con toda seguridad, un castigo del cielo. Seguramente un castigo enviado por su madre, o incluso por el propio Martín, que lo estaba viendo todo y que quizás jamás llegó a imaginarse lo de su aventura con Miguel, pero el día anterior, desde el más allá, había oído cómo se sinceraba con Paco. Solo a ella le podía ocurrir la fatalidad de haber intercambiado el móvil con la madre de su amante. Solo a ella podía ocurrirle que para una vez que se escapaba de su vida le persiguieran los fantasmas. Realmente no podía estar a salvo de sí misma ni huyendo.

A saber en qué acabaría todo aquello.

Pensó también en esa desdichada mujer llamada Silvia; esa mujer que, con toda seguridad, al igual que ella, había huido de un momento complejo de su vida.

Al parecer Dani no solo la había hartado a ella, sino que también había agotado la paciencia de su madre. O quizás el padre de Dani, que posiblemente era el hombre sonriente de la foto de la pantalla de inicio, era también lo suficientemente agobiante como para que su mujer hubiera tomado la decisión de largarse a la otra punta de España sin decirle nada.

Pobre Silvia, seguramente aun estaría más confundida que ella, porque además de lo que llevaba a cuestas, a pesar de todo aquello que le había impulsado a huir, ahora le caía encima la losa de su historia con Dani. Ahora tendría que bregar con un adolescente desquiciado que se había echado una amante madura y, por supuesto, le asaltarían todos los complejos de culpa habidos y por haber; se preguntaría por qué su hijo buscaba el amor en una mujer que podría ser su madre, qué carencias afectivas habría tenido, dónde habría fallado como madre.

Si Silvia había tenido el arrojo de tomar una decisión como aquella, una decisión como la suya, debía parecerse bastante a ella, al menos en lo que concernía a la forma de gestionar los problemas, o más bien de huir de ellos.

Un intenso sentimiento de culpa la impulsó a hacer todo cuanto estuviera en sus manos para solucionar aquel desafortunado incidente lo antes posible.

Ante todo, pensó, había que reducir la tensión al máximo. Lo esencial era que Dani no entrase en escena.

Se veía capaz de manejar la situación con Silvia y salir relativamente airosa del tema, pero la presencia de Dani en Málaga sería con toda seguridad desestabilizadora para ambas, sobre todo para ella.

Así que la mejor estrategia a seguir sería retener a Dani en Barcelona y echar mano de Mario. A fin de cuentas, Mario era su amigo y en una ocasión como aquella podía pedirle perfectamente ese favor.

De tres a cuatro

Mario

El Muelle Uno de Málaga es demasiado largo como para concretar un punto de encuentro. A cada momento se abren nuevas cafeterías y bares y Paco, aunque conoce bastante bien la ciudad, no la domina hasta el extremo de tener un sitio de referencia en aquel lugar. De forma que propuso quedar cerca de la zona arqueológica, en El Pimpi, que es un lugar concurrido y de fácil localización.

Paco había sido el elemento catalizador entre todos ellos. Cuando Lola le explicó toda la situación, se adelantó a cualquier llamada que pudieran hacerse entre ellas.

Así que finalmente fue Paco quien llamó Dani. Consiguió tranquilizarlo lo suficiente y disuadirlo de la idea de presentarse en Málaga. Le explicó que el teléfono de su madre lo tenía Lola y que iban a localizarla sin demora, que no se preocupase, y que hasta que no supieran algo de Silvia era mejor que no comentase nada en casa.

Acto seguido Paco había llamado a Silvia.

La voz de Silvia había sonado angustiada y claramente incómoda al otro lado del hilo, cuando respondió a la llamada. Pero enseguida notó que se relajaba tan pronto vio que quien le hablaba no era Lola. A Paco no se le escapó ese cambio en su tono de voz. De hecho, lo mismo había sucedido cuando llamó a Dani. La tensión bajaba de inmediato cuando sus interlocutores comprobaban que la persona que estaba al otro lado de la línea no era la que esperaban.

Paco había sido hábil, se había mostrado muy atento con Silvia, y le había explicado toda la confusión con un tono muy neutro y tranquilizador, restándole importancia. Supo cómo transmitirle que Lola sentía la misma angustia o más que ella.

En ese primer momento evitaron hablar de la relación entre Dani y Lola. Era algo que se daba por sabido, del mismo modo que también se daba por hecho que no era el mejor momento para entrar a hablar del tema.

Tampoco hizo referencia alguna a que su familia andaba buscándola desesperadamente, ni que tenía claro que ella había marchado de su casa en una decisión propia, unilateral, sin comentársela a nadie.

Después de esas dos llamadas, Paco también llamó a Mario y le explicó quién era. Sin embargo, a éste no le tranquilizó tanto comprobar que no era

Lola quien estaba al otro lado del hilo. En realidad, encontrar la voz de un desconocido pareció que le sentaba fatal.

La conversación con Mario fue hasta cierto punto divertida. De hecho, si Paco no hubiera sido testigo de la angustia que estaban pasando Silvia y Lola hasta hubiera disfrutado con el embrollo. El terapeuta parecía todavía más descolocado que sus propias pacientes.

La conversación se había desarrollado de esta forma:

—Hola, buenos días, ¿hablo con Mario...? —Paco cayó en la cuenta de que no le había preguntado a Lola ni a Silvia el apellido del tal Mario.

—¿Silvia? ¿Ha pasado algo? ¿Quién es usted? —le respondió Mario con el ánimo alterado.

Paco tomó conciencia de la hora que era. Aquella pasada noche apenas habían dormido. Lola se había presentado en su habitación hacia las tres de la mañana, móvil en mano, al borde de un ataque de nervios y habían esperado a una hora prudencial para hacer la llamada. Así y todo, era muy temprano; no habían pasado ni cinco minutos desde que el reloj marcara las siete. Era lógico que aquel hombre se alarmara al sentir una voz desconocida hablándole desde el teléfono de una de sus pacientes.

—Mire, a ver cómo le explico... —continuó Paco intentando ordenar el discurso lo mejor posible para mitigar la angustia de aquel hombre— No pasa nada, Silvia está bien. Escúcheme. Me llamo Francisco, bueno, Paco. Le llamo desde el teléfono de Silvia, pero estoy con Lola, su amiga y paciente.

Mario, completamente desconcertado, no fue capaz de articular una respuesta coherente.

—Parece todo muy confuso, pero se lo explico enseguida. Mire, Lola está en Málaga.

—Sí, lo sé. En Ronda, en casa de su hermana.

—No, no. En Málaga capital. De momento no va a ir a Ronda. Nos conocimos ayer en el AVE y decidimos quedarnos aquí unos días.

—¿Cómo que decidieron quedarse unos días! Pero, ¿quién es usted? Oiga, ¿Lola está bien?

Mario se detuvo unos instantes, y pensó que claramente Lola estaba pasando por un momento muy delicado y estaba actuando de forma muy inestable. Se hacía cruces de que hubiera decidido pasar unos días en Málaga con un total desconocido. Desde que se había metido en aquel lío con Dani, ya no era ella. Pensó que casi era mejor cuando vivía Martín y se liaba esporádicamente con Miguel. Al menos ese tema estaba controlado, tenía ciertos límites. Pero lo

que venía observando en los últimos meses empezaba a preocuparlo. Paco intuyó que el pensamiento de Mario viajaba por esos mares.

—Mire, esto no viene al caso, pero quiero que quede algo muy claro —respondió Paco con cierto tono molesto—. Conocí a Lola ayer en el tren. Lola es..., bueno, me parece una buena persona, me explicó muchas cosas. Ella necesitaba hablar y yo también. Ahí queda el tema. No hay más. Cada uno duerme en su habitación y... oiga, no sé por qué le doy tantas explicaciones.

Mario se recompuso rápidamente, aparcó sus pensamientos y se centró en el mensaje de aquel hombre.

—No se preocupe, Paco. Dígame cómo está ella y qué sucede. En qué podría ayudarles.

Mario fue consciente de que su silencio y sus modos quizás no habían sido todo lo profesionales que debieran. Aquel hombre le estaba llamando en su condición de terapeuta y él estaba contestando de forma totalmente inapropiada.

Se centró en lo que aquel hombre le decía.

—Mire, resulta que Lola se confundió ayer en el tren e intercambió su móvil con el de Silvia. Y resulta ser que en el móvil de Silvia también está usted como contacto. Silvia resulta que es la madre de Dani. Usted ya sabe. Sabe a lo que me estoy refiriendo, ¿verdad? A Dani...

Mario no dio crédito a lo que oía.

Se trataba de Silvia, la abogada; aquella paciente que llevaba meses soñando con la idea de largarse, de hacer efectivo su deseo, un pasaje al acto, como él apuntaba en términos técnicos en su ficha de evolución de estado de su paciente; una mujer que soñaba con experimentar qué sucedería si se esfumaba una semana entera de su casa.

Silvia, aquella mujer que tenía dos hijos; un chico recién salido de la adolescencia, que no era suyo, sino de su marido, pero que había criado desde pequeño y una niña; Marina, diagnosticada de altas capacidades.

La misma Silvia que escupía su rabia contra su marido, Javier, que estaba en plena crisis generacional tonteando con una tal Elsa. La consabida Elsa que le tenía, también a él, hasta el mismísimo gorro.

Así que Silvia era la madre de Dani; el mismo Dani que era amante de Lola.

Ahora ataba cabos. Ahora lo entendía todo. Y le parecía una situación del todo surrealista. Si no fuera por el aprecio que les tenía a ambas hasta le hubiera parecido divertida.

—Entiendo —respondió Mario— ¿Cree usted que si voy a Málaga podría

ser de alguna ayuda?

Paco mantuvo silencio durante algunos segundos. En realidad, el objetivo de su llamada no estaba muy definido. Había recurrido a Mario en busca de algún tipo de ayuda imprecisa. Quizás en demanda de algún consejo o pauta para poder gestionar aquella situación en la que se había visto inmerso. Desde luego la opción de que Mario se presentase en Málaga y se hiciera cargo de aquel cuadro le procuraba una salida airosa, pero tampoco era eso lo que buscaba. No quería huir de Lola, ni tampoco de Silvia. Algo le atraía en toda aquella situación. Le parecía que era un eslabón necesario en aquella cadena a medio montar, e intuía que esa sucesión de casualidades y coyunturas extrañas y casi forzosas se le habían presentado por algún motivo que todavía no era capaz de deducir. Su presencia en aquella historia era necesaria y no quería apartarse de ella.

Sin embargo, la idea de que Mario viniese a Málaga le gustó. Aquel hombre le agradaba a pesar de la tensión que habían tenido inicialmente en su conversación. Supo con certeza que Mario era otra de las piezas esenciales para deshacer aquel laberinto emocional en el que se había visto inmerso sin quererlo, pero del que, de momento, no tenía intención alguna de salir.

—Pues sí. Me parece una opción perfecta —le respondió decididamente—  
¿Cuánto cree que tardará en llegar?

—Hacia el mediodía creo que podré estar ahí —respondió Mario sin saber siquiera cómo ni por qué medio podría plantarse en Málaga en tan pocas horas—. Déjeme anular algunas cosas de la agenda y le avisaré de la hora de llegada.

—Eso será fantástico, de verdad, creo que a las dos les podrá servir de gran ayuda. Mire, si le parece reservaré una mesa hacia las dos y media o las tres en El Pimpi. ¿Conoce Málaga?

—Sí, bueno, no se preocupe, lo encontraré —contestó el terapeuta con prisa por acabar la conversación, meter las prendas necesarias en una pequeña maleta y salir lo antes posible hacia allá.

## El Pimpi

Mario y Silvia llegaron al Pimpi a las dos, la hora acordada. Entraron al local por el pequeño arco que desembocaba en la calle Granada, y Silvia se quedó embelesada con la luminosidad de las blancas paredes, las ventanas de hierro forjado y las vistosas macetas azules plagadas de flores que decoraban el acceso al local.

Lola y Paco habían llegado algo antes. Habían estado dando una vuelta por las ruinas romanas y habían entrado por la terraza que confrontaba con la calle Alcazabilla. Ya estaban sentados en la mesa reservada. Habían escogido una mesa en el interior del restaurante, aunque hacía un día de sol y calor que hubiera permitido comer en la terraza exterior.

Paco estaba observando los carteles taurinos y las fotografías de personajes famosos que forraban las paredes del local, mientras Lola estaba pendiente de los accesos al comedor, esperando ver llegar en cualquier momento a Silvia y a Mario. Les vio entrar con los ojos entrecerrados, adaptándose a la luz más tenue del interior.

Lola fue la primera en levantarse y se acercó rápidamente a Mario dándole un largo abrazo, luego se giró hacia Silvia dispuesta a darle dos besos a modo de saludo, pero se contuvo y le tendió la mano. A Silvia le tranquilizó inmediatamente el aspecto y la expresión de Lola. No sabía muy bien qué esperaba ver en ella y, de hecho, tampoco había tenido mucho tiempo para construirse una idea. Pero le pareció una mujer de mirada clara, y dejaba ver su preocupación por la actitud que Silvia podía tener hacia ella. Así que cuando le estrechó la mano fue ella quien se acercó a Lola y le dio dos besos.

Mario y Paco se saludaron protocolariamente y procedieron a sentarse en la mesa dispuesta para cuatro personas, de forma que ambas mujeres quedaron una frente a otra; Mario se colocó al lado de Lola y Paco al lado de Silvia.

Paco rompió el hielo y a Mario le dio una punzada de envidia. Quizás debería haber sido él quien manejase el ritmo inicial de la conversación, pero le dejó hacer. Tampoco estaba preparado para intervenir precipitadamente y quitarle la batuta a Paco. Hubiera sido una auténtica insensatez y seguramente hubiera quedado en evidencia. ¿En evidencia de qué? Pensó. En evidencia de su propia inseguridad. De los celos que le atenazaban ante la idea de que Paco fuera la piedra angular que viniera a dar paz emocional a Lola.

Paco cerró la carpeta que contenía la carta del restaurante y la dejó con un golpe decisivo sobre la mesa sacando a Mario de la introspección en que

estaba sumido.

—Pues de acuerdo. Pedimos esto y compartimos—le oyó decir a Paco—  
¿Conforme, Mario?

Mario dijo que sí. Ensimismado en sus pensamientos no había escuchado una sola palabra de lo que habían hablado en la mesa y ni siquiera había echado un vistazo a la carta, a pesar de mantenerla todavía abierta ante sus narices. Así que decidió disimular su falta de atención aceptando comer aquello que le pusieran por delante. En realidad, eso se le daba bien; no eran pocas las veces que tenía que poner el piloto automático ante la verborrea de muchos de sus pacientes que repetían sus obsesiones hasta la saciedad.

Cuando le ocurría eso solía sentirse muy mal. Recordaba los cientos de veces que le habían insistido en todos los seminarios y postgrados que había cursado en los que le decían que un psicólogo no se podía permitir esos espacios de desconexión, de indiferencia. Los lapsus de escucha podían cobrarse un precio muy alto, sin embargo, sus propios problemas, su cansancio e incluso una cierta incompreensión ante lo absurdo del conflicto humano le jugaba esas malas pasadas. Notaba que últimamente, cada vez más, se sumía en una introspección de la que no era siquiera consciente.

Observó que Lola y Silvia estaban hablando con cierta soltura.

—Cosas que pasan. Ya está, no pienses más, de verdad, Lola. —Oyó decir a Silvia.

Dedujo que habían roto el hielo. Le hubiera gustado ser testigo de cómo habían llegado a ese punto de acercamiento. En su ausencia consciente, de alguna manera se habían dado mutuas disculpas, posiblemente innecesarias ante lo que no había sido más que una caprichosa casualidad.

Se decidió a reaccionar y aportar algo de su parte con una intervención poco comprometida que no dejase en evidencia su desconexión.

—¿Sabéis hasta que hora se puede visitar el Castillo de Gibralfaro?  
—preguntó.

—Pues en invierno deben cerrar pronto, supongo. Pero si queréis miramos o le preguntamos al chico—reaccionó Paco, refiriéndose al camarero que les atendía—. Seguro que se lo deben preguntar unas cien veces al día. Si queréis cogemos un taxi y subimos. Las vistas merecen la pena y hoy la visibilidad parece buenísima. No hay apenas bruma ¿Habéis subido alguna vez?

Lola respondió que cuando era muy pequeña sus padres las habían llevado varias veces a su hermana y a ella. Mario y Silvia no habían estado nunca. De hecho, de la provincia de Málaga, Silvia no conocía más que Ronda, y

Marbella, por haber ido un día, y algunos de los pueblos de la sierra de la zona más cercana a Cádiz, o de la provincia de Cádiz misma; Ubrique, Zahara, Setenil, Grazalema..., que era donde solía haber ido con aquel novio, Pablo.

—Pues hecho—dijo Paco dando una palmada en la mesa—. Ya tenemos plan para hoy.

Mario se alteró un poco. Paco había dicho “plan para hoy”, lo que dejaba claro que, a todas luces, habría un mañana en grupo. La idea de que aquel encuentro, convocado únicamente para remediar una confusión de teléfonos y gestionar las excepcionales circunstancias en que se había dado, pudiera prolongarse más allá de aquella tarde le disgustó. Quizás Paco pretendía no separarse de Lola en ningún momento. Pensó en cómo se las compondría para atajar todo aquello, pero Lola intervino y cortó toda posibilidad de dar un giro a la situación.

—Pues sí. Yo no sé el plan que tenéis los demás. Creo que todos estamos aquí un poco por mera casualidad. En mi caso... por un arranque —dijo.

—Pues mira, como yo —dijo Silvia echando una risa de la que pareció arrepentirse al instante— Bueno, a Mario en realidad le hemos hecho venir. Si os parece bien mañana podríamos salir de Málaga. Me encantaría ir a Ronda. ¿Habéis estado alguna vez?

Lola asintió con una sonrisa;

—¿Que si la conozco? Crecí ahí. De hecho, la idea de este...viaje, era ir a visitar a mi hermana.

—Pues yo hace años que no voy. Muchísimos. Más de veinte. Tuve un novio, Pablo, que veraneaba allí y, bueno, pues eso, tengo buenos recuerdos.

—¿Pablo? ¿Pablo qué? A ver si le conozco.

Irremediablemente la cosa no tenía vuelta atrás, pensó Mario. Cualquier intento de cortar la vorágine de sociabilidad que había invadido al grupo hubiera sido en vano. De hecho, hasta le habría perjudicado, porque estaba más que claro que Lola y Silvia habían congeniado, y ello, sin duda, era clave para el éxito de un pequeño grupo mixto.

Paco echó una carcajada y Mario no tuvo más opción que seguirles el juego. Decidió que fuera como fuese encontraría la ocasión de quedarse a solas con Lola. De hecho, había ido a Málaga por ella.

Silvia se quedó un rato callada; Pablo, otra vez Pablo. Tantos años sin pensar en él, y en esos dos días había acudido a su mente en diversas ocasiones. En cambio, apenas pensaba en Javier. No tenía siquiera ganas de pensar en él. Imaginó por un momento su enfado, pensó en la discusión que

tendrían al regresar a casa, porque a casa, en un momento u otro, debería volver.

Pero mañana no sería, desde luego que no. Ni posiblemente en los días siguientes.

Respiró hondo y volvió a pensar en aquellos agostos de inicios de los noventa. En Pablo, en casa de sus abuelos y de sus tíos. Estaba segura de que sería capaz de localizar aquellos lugares a la perfección. Pensó en Ronda, en sus calles, en sus bares. En el bar Jerez. Seguro que seguía donde siempre, frente a la plaza de toros, con sus tapas y sus copas de fino. Recordó las maravillosas puestas de sol que se veían desde la Alameda, en aquellas tardes en que nada le preocupaba. En las que no había prisas, ni obligaciones, ni exigencias. Nada.

Silvia se sintió feliz. La huida había resultado un bálsamo. Era casi como un sueño. Como estar realmente en otro mundo. Un mundo elegido a medida. La única referencia que le ataba a su realidad era Mario, y Mario parecía extraño, ausente, más preocupado que dispuesto al disfrute. Pero eso no era cosa suya.

Cuarto día: Descubrimientos. De Málaga a Ronda

Silvia se despierta de golpe y nota que se ha dejado la luz encendida.

Descubre a Paco tumbado a su lado. Está tumbado sobre su lado izquierdo. Tiene el brazo derecho cruzado sobre el pecho y la mano apoyada sobre el hombro izquierdo, como abrazándose, como si se protegiera de algo ¿quizás de ella?

Pero intuye que no se trata de eso. Es más bien como la postura de un niño.

La expresión dormida de Paco le parece maravillosa. Tiene la boca entreabierta, y puede observar con detalle sus labios ligeramente gruesos, perfectos, suaves, relajados en un gesto de bondad y de serenidad.

Aprovecha la ocasión para observarle con atención. Se fija en sus manos de piel morena, de dedos largos y tendones ligeramente marcados, en su pelo algo largo, castaño, fino, enmarañado de forma deliciosa, y en aquella camiseta blanca, con el cuello cerrado en pico, que se le ha desplazado ligeramente hacia la izquierda dejando ver una clavícula de huesos finos y marcados y un torso moreno a pesar de la época del año en que están.

Paco es un hombre muy atractivo. Es más joven que ella, quizás bastante más joven. Rondará los treinta y cinco, no más.

Paco respira de forma acompasada, en un sueño profundo. Le entran unas ganas tremendas de besarlo. No recuerda si lo ha hecho. Puede que sí. No recuerda casi nada de cómo han acabado allí. Piensa que se lo preguntará al día siguiente.

No está acostumbrada a beber en exceso. Y las pocas veces que lo ha hecho siempre ha sido consciente en todo momento de lo que hacía. En realidad, nunca bebe hasta el límite, y además su organismo no lo tolera. Por ello le extraña su lucidez. No tiene síntomas de haber bebido: no le duele la cabeza ni siente arcadas o la boca pastosa, tan solo tiene un poco de sed y se nota algo aturdida. Intenta girarse para ver si, como de costumbre, tiene un botellín de agua en la mesilla de noche, pero no lo consigue. Se siente muy cansada y, además, no puede apartar la mirada de Paco.

Mira su rostro, el contorno de sus ojos, su piel. Decididamente es más joven que ella, eso está claro. Quizás incluso tiene algún año más que los treinta y cinco que le ha echado en un primer vistazo, debe rondar los cuarenta, pero eso como mucho.

En realidad, le da igual. Con Paco no siente complejo ni presión de ningún tipo. Por un instante está segura de que serían la pareja perfecta. Segura de

ello a pesar de que han transcurrido unas pocas horas desde que le conoció. Segurísima a pesar de no haber hecho nada con él, aunque están en la misma cama. O quizás sí, eso no lo recuerda. Es posible que esté tan segura de las virtudes de Paco porque precisamente han pasado una noche apasionada. Pero piensa que si hubiera sido así se acordaría. No podría perdonarse que se hubiera acostado con un hombre como Paco y no recordar nada. Pero vete a saber, con las cosas que le vienen pasando en los últimos días, puede haberle ocurrido perfectamente.

De hecho, algo sí que recuerda. Pero son palabras. Recuerda las palabras que él le ha dicho. Y, desde luego, nadie le ha dicho nunca algo como aquello:

“Yo lo que quiero es estar contigo, Silvia, contigo. Como tú quieras, de la forma que sea. No te pido nada. Te quiero. No quiero que tengas miedo porque no te voy a exigir nada. No voy a atarte, ni cuestionarte, ni quitarte libertad, precisamente porque es así como me gustas; libre, feliz. No quiero que hagas nada que no quieras hacer. Solo quiero estar cerca de ti y quererte.”

Recuerda las palabras con nitidez. La transparencia de la mirada de Paco cuando se lo dijo y las promesas de las que sería incapaz de dudar.

Paco le ha prometido ser libre, feliz, sin peleas ni discusiones. Sin exigencias ni limitaciones. Sin explicaciones. Con confianza absoluta.

Libre. Con la libertad de amarse.

Y feliz, con la tranquilidad de tenerse mutuamente sin ataduras, en la plena libertad que solo da la conciencia de que el amor es suficientemente intenso como para necesitar de formas y límites. Por eso está convencida de que pueden ser la pareja más feliz del mundo.

Mira a Paco y se muerde los labios. Tiene ganas de besarle y despertarle para que le repita todas aquellas palabras. Y piensa que realmente le ama porque no podría ser de otra forma. Le da igual que apenas se conozcan. No le importa la edad, ni su vida, ni su historia desconocida. No desconfía de sus palabras. Y sabe con certeza, tras evocar ese recuerdo, que no se han acostado. No era eso lo que buscaba Paco.

No era eso lo que ambos han sentido. A pesar de sus manos, de sus labios, de su maravillosa clavícula y del intenso deseo que le despierta.

Se acerca a él para dormirse al son de su respiración y cierra los ojos con una sensación de paz que ha sentido muy pocas veces en su vida.

Mario piensa que las cosas se han solucionado de forma demasiado sencilla.

Las previsibles tensiones entre Lola y Silvia se resolvieron tan pronto ambas mujeres entablaron conversación. Y se habían saldado tan rápidamente

que ni siquiera había podido ser partícipe de ello, sumido en sus propios pensamientos.

Por otra parte, el pesar que había sentido la tarde anterior ante la idea de tener que andar conviviendo con un grupo de personas que no había elegido se ha desvanecido como por arte de magia. Quizás todo había sido por obra del aire del Gibralfaro.

Lola había pasado toda la tarde a su lado, hablándole. Casi se podría decir que había buscado un acercamiento más íntimo, más intenso que cuando estaban en Barcelona. Se la veía feliz como hacía tiempo que no estaba. Había dejado atrás la apatía que venía atenazándola las últimas semanas y su habitual inquietud había vuelto a sus gestos y sus formas. Había recuperado aquellas pequeñas costumbres que las recientes preocupaciones habían mitigado. Volvía a enrollar mechones de pelo entre sus dedos cuando conversaba, en espera de la respuesta de su interlocutor, y sus pies, imparables, balanceaban repetidamente el zapato de la pierna que tenía cruzada sobre la otra. Y, sobre todo, lo mejor de todo, es que le sonreía. Le sonreía a él, como siempre había deseado.

En cuanto a Paco, lo había dejado de percibir como un rival. Paco había centrado su atención claramente en Silvia. Parecían congeniar a la perfección, tenían tal nivel de complicidad que parecía que fueran viejos amigos, de esos que se conocen de toda la vida.

Sus gestos delataban esa conexión; juntaban los hombros y acercaban sus cabezas sin timidez alguna para observar las fotos hechas con el móvil, se sostenían las chaquetas y el bolso y la mochila respectivos del mismo modo que lo hace una pareja de cierta duración, incluso intercambiaron sorbos de sus bebidas cuando se sentaron a media tarde a tomar un café después de bajar del castillo.

El calor de la tarde había sido intenso a pesar de estar en pleno invierno. Habían bajado desde el castillo de Gibralfaro a la Alcazaba caminando, bordeando el paseo de ronda. Decenas de turistas iban cuesta arriba, camino del castillo, sudorosos y jadeando, buscando una sombra en la que refugiarse de unos rayos de sol que quemaban más de lo esperado.

Una vez dentro de la Alcazaba localizaron rápidamente el pequeño bar situado en un rincón privilegiado, rodeado de árboles. Se sentaron bajo un parterre de cañizo sin más prisa que el horario de cierre del recinto y pidieron un café con hielo, que era con toda seguridad la forma más sencilla de pedir un café en Málaga.

El ambiente de tarde empezaba a respirarse en el Muelle, y a lo lejos se divisaba el imponente Ferry que salía destino a Cartagena, como un edificio inmenso y brillante que se deslizase sobre el mar bajo los últimos rayos de sol.

Más tarde pasearon por las callejuelas cercanas a la catedral en espera de la hora de la cena y acabaron por escoger un concurrido local del Muelle Uno con la intención de comer cualquier cosa de forma frugal y recluirse en el hotel para descansar. El día había sido intenso.

Tras acabar la cena la despedida había sido muy natural. Nadie dijo donde dormiría, pero cada cual se fue con quien quiso. Nadie juzgó ni siquiera con una mera mirada.

Tampoco nadie preguntó al día siguiente qué tal habían descansado.

Todo parecía estar medido en un equilibrio de sincronía absoluta, como si un duende invisible estuviera tras ellos estableciendo un plan perfecto, en el que las silenciosas demandas y deseos de cada uno se veían cumplidos. Deseos que no se cobraban precio, pues nadie exigía ni se dolía por todo lo que estaba ocurriendo.

Han quedado a las ocho y media de la mañana para desayunar juntos y decidir sobre la marcha lo que harán ese día.

—Yo creo que es el mejor plan. Llegaremos a Ronda sobre las 12 y poco más tarde de las cinco cogemos el tren de vuelta —dice Lola.

—Yo lo que veo es que vamos a tener poco tiempo —apunta Mario—. Las cinco de la tarde es algo pronto para volver, además como mínimo habremos de llegar unos diez o quince minutos antes a la estación. Pero si no hay más trenes no toca más remedio a no ser que queráis coger un coche de alquiler. Yo la verdad es que no lo tenía previsto y no llevo el carnet de conducir.

Los demás tampoco lo llevan; Lola contaba con el coche de su hermana si lo necesitaba en algún momento, Silvia no había pensado siquiera en cogerlo y Paco no da ninguna explicación, sencillamente dice que prefiere ir en tren.

—Nada, pues en tren. Da margen suficiente, Mario —decide Lola—. A ver, que Ronda tiene mucho para visitar, pero a lo esencial, a lo que vamos, se puede hacer en estas cinco horas. Eso sí, no podemos invertir dos horas en la comida si no nos comeremos el tiempo, valga la redundancia.

—No, unas tapas en el bar Jerez y punto—interviene Silvia.

—No te preocupes que iremos al Jerez sí o sí. De todos modos ¡hay que ver la perra que te ha entrado con el bar Jerez, Silvia! —ríe Lola.

—Chica, para un sitio que me trae buenos recuerdos... De todos modos, a

ver, ahora que aún estamos a tiempo ¿estamos todos seguros de querer ir a Ronda? Lola, tu tendrás que ir a ver a tu hermana o a la familia y claro, eso te va a restar tiempo, aunque si quieres nosotros vamos a nuestro rollo—dice Silvia.

—No os preocupéis. Auxi no es especialmente sociable. Le da mucho palo eso de conocer gente nueva, así que me pasaré unos minutos por su casa, le doy dos besos y le digo que en unos días vuelvo, que estoy con unos amigos y tal.

—Pues venga, no hay más que hablar. Vamos para allá, que como perdamos el tren no hay más —apunta Paco tirando de ellos.

Silvia se duerme en el tren. Los últimos días tiene mucho sueño, más de lo habitual. Además, recuerda ligeramente parte de los sueños que tiene, y últimamente están siendo más vívidos y extraños.

No son pesadillas, pero son sueños absurdos y la descolocaban. Se despierta agitada y el recuerdo de lo soñado le invade el pensamiento a lo largo del día.

Aquella noche ha vuelto a soñar con Marina, su hija. Es la segunda noche consecutiva que le ocurre. En el sueño Marina le hablaba y le cogía de la mano, lloraba y le decía que la echaba de menos: Pero Silvia está segura de que Javier no le ha explicado nada de su marcha. Además, Marina lleva tan solo cuatro días fuera de casa.

Quizás a su hija le habría parecido extraño que no la hubiera llamado por teléfono, y por ello estaba disgustada. Pero, desde luego, no era para ponerse a llorar. Además, Marina no es precisamente una niña llorona. Y por otra parte tampoco la llaman cada día. El colegio es estricto con el tema de las llamadas; únicamente se permiten los miércoles y los domingos, y Marina está acostumbrada a ello. Está tan acostumbrada al nuevo colegio que incluso algunas veces que la han telefoneado y Javier o ella no se han puesto, Marina apenas preguntaba por el otro.

Piensa que a su hija le ha ido muy bien el cambio de colegio y sobre todo salir de casa.

Marina es todo lo contrario a Dani. Su brillantez es invisible a los ojos de la infancia. Las capacidades de Marina son totalmente ajenas a la habilidad física. Su hija es una niña dotada de altas capacidades, y por ese mismo motivo tiene más posibilidades de ser percibida como un bicho raro que como una líder. De hecho, eso era lo que había ocurrido en el anterior colegio. Las paredes de los pasillos y las vitrinas de las salas de alumnos estaban plagadas

de fotos y copas deportivas donde el equipo de baloncesto de Dani era uno de los puntales. Marina, sin embargo, es más bien patosa. No es torpe del todo, pero no destaca en absoluto en esas cosas que suelen hacer las niñas populares en el patio del colegio; es decir, no es de dar volteretas y cabriolas de todo tipo, o de cantar y bailar. Y tampoco es especialmente hábil a nivel social. Es una niña introvertida y parca en sonrisas. Tiene una sonrisa preciosa, pero cara de ver, y tampoco es capaz de sonreír oportunamente de ese modo angelical que suele fascinar a todo el mundo.

El último curso había sido bastante complicado. Sus dos mejores y únicas amigas se habían ido del colegio en el curso anterior y Marina no había acabado de encajar en ninguno de los grupos de clase ya formados. Así que, aprovechando que iniciaba la secundaria y que los idiomas eran su fuerte, habían decidido que hiciera un curso en Londres. El cambio de aires y el reto de hacer las asignaturas en inglés habían puesto a prueba su motivación, y hasta la fecha le había sentado bien.

Marina se había adaptado más rápido de lo esperado. El cambio de rutina y, seguramente, perder de vista los éxitos deportivos de su hermano le habían permitido encontrar un lugar, un espacio, que quizás nunca había tenido. Marina estaba haciendo algo que ninguno de los miembros de su familia había realizado con anterioridad; estudiar en el extranjero. Y cada vez que venía a casa a pasar un fin de semana, que era como mucho una vez al mes, explicaba decenas de cosas y se mostraba feliz.

Es por ello que a Silvia le extrañan los sueños que ha tenido las dos últimas noches, donde Marina se muestra llorosa, preocupada, y tan o más dependiente que hace dos o tres años.

Se despierta de golpe y siente cierta vergüenza por haberse dormido. Ve que Paco había enrollado su bufanda y se la había colocado sobre su propio hombro para que ella reposara la cabeza. Debe haber estado durmiendo un buen rato.

—¿He estado mucho rato dormida? —pregunta—. Lo siento. No sé qué me pasa estos días. Quizás sea por el cambio de aires, los nervios del primer día con lo del móvil, no lo sé, pero tengo un sueño tremendo.

—Te has perdido un tramo bonito, aunque había que fijarse bien, casi todo eran túneles —dice Lola.

—¡No! ¡El Chorro!

—¡Bingo! ¿Has estado alguna vez?

—En una ocasión. Fui a pasar el día con Pablo y su familia. Nos bañamos

en el lago. Había un merendero ¿verdad?

Lola asiente.

—Típica excursión de verano. No hay rondeño que se precie que no visite El Chorro. Eso sí, en verano, porque en invierno no hay quien se atreva a ir.

—Estamos a poco más de media hora de Ronda y parece que nos va a hacer muy buen día —interviene Mario.

Paco retira la bufanda y se la pone sobre las piernas. Abre la mochila y saca un plano de Ronda.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunta Mario.

—Uno, que es previsor por naturaleza —contesta Paco sin apartar la mirada del plano—. Si os parece, creo que lo mejor será aprovechar el resto de la mañana para visitar la parte antigua; los Ocho Caños, el sillón del rey moro, los palacios... y luego ya nos vamos para el Puente Nuevo, y la plaza de toros, la alameda y esa zona. Así controlamos mejor la hora y estamos más cerca de la estación.

—Sí, y también más cerca del bar Jerez —apunta Silvia guiñándole un ojo.

—Que sí mujer, que sí —ríe Lola—. La verdad es que el plan me parece perfecto, Paco. Hasta parece que seas de allí. Yo no lo podría haber diseñado mejor. Es el plan perfecto para pasar unas pocas horas.

Mario piensa que efectivamente lo es. Es tan perfecto como todo lo que está sucediendo. Una perfección que le da cierto vértigo.

Nada más llegar a Ronda bajan del tren a todo correr y se encaminan hacia la calle Carrera Espinel, popularmente conocida como calle de La Bola.

—¿Sabéis por qué se llama la calle de La Bola? Tú no, Lola —pregunta Silvia, haciéndole un gesto de complicidad a Lola para que no dé la respuesta.

—No lo acertaría ni que me matasen —contesta Mario.

—Pues mira, yo sí —responde Paco.

—¡No me lo puedo creer! Tú has estado aquí. —Ríe Silvia, pensando que realmente apenas sabe nada de aquel hombre.

—Nada de lo que os podáis suponer. Se trata del nombre de una tienda. En concreto una tienda de pinturas; pinturas La Bola. La señalizaba una enorme bola roja pendiendo de la fachada. La tienda ya no está, pero la bola creo que aún cuelga en ese lugar —explica Paco.

—No te acostarás sin saber una cosa más —contesta Mario.

—Pues va a ser que no —dice Lola riendo.

—Ah ¿no? —responde Silvia, sorprendida— Ahora sí que me dejas de piedra, yo también había oído lo de la tienda, pero no de pintura, sino una

zapatería.

—Versiones hay muchas: desde la de una gran nevada que hubo, en la que dicen que se formó una bola de nieve enorme, que bajó rodando calle abajo manteniéndose intacta durante días, hasta la más aceptada, que es que la calle tenía tres tramos con nombre distintos, y que el tramo medio se llamaba “del juego de la bola” —explica Lola.

—¡Anda! ¿Y ese juego de qué iba? —interviene Mario.

—Pues ahí sí que no te sé decir —ríe Lola.

—Date cuenta del tema —apunta Mario—, de tres que teníais idea de la respuesta, tres versiones distintas. ¡Qué no sucederá en la interpretación de cosas importantes de la vida!

Continúan bajando toda la calle hasta llegar a la plaza de toros y giran hacia la izquierda para cruzar el Puente Nuevo y dirigirse a la zona antigua.

Al asomarse por la barandilla del puente, Mario no puede contener la emoción:

—Pero ¡qué maravilla! —exclama.

—Es una pasada, sí. Salva una altura tremenda. Todavía me hago cruces de cómo se pudo construir un puente así —dice Lola con claro orgullo de su tierra—. Una cosa; esperadme —dice, tirando de Paco— Voy a entrar un momento en el Parador y ahora vengo. Vente, Paco.

Silvia se gira extrañada. ¿A dónde iría Lola con Paco? Espera que no sea a reservar mesa. Está segura de que en el Parador se comería de fábula, pero renunciar a las tapas con las que llevaba soñando desde el día anterior le sabría muy mal. Mira a Mario y lo ve tranquilo, sigue asomado al lateral de piedra del puente, en el paso que bordea el Parador de Turismo, mirando hacia abajo. Parece no extrañarle que Lola haya entrado en el Parador con Paco y no con él. Quizás no les ha oído. Se le acerca.

—Da miedo mirar hacia abajo, ¿verdad; Mario? —le dice.

—Sí, la verdad. He oído que a veces hacen caída libre y viene gente de todo el mundo. Debe ser una sensación inimaginable —contesta Mario.

—A mí me daría pavor hasta verlo. Qué espanto —dice Silvia.

—Bueno, todo es preparación mental. Estoy seguro de que si miras hacia abajo y te relajas puedes hasta olvidar la altura y concentrarte en el paisaje. ¿Tienes vértigo, Silvia?

—Un poco.

—Venga, mujer, acércate. Yo te cojo por la espalda para que te sientas más segura —le invita Mario situándose tras ella y agarrándola por los hombros.

Silvia da un paso hacia atrás. No le gusta la proximidad de Mario. Por algún motivo se siente extraña y muy sola. Le asalta una inquietud que no puede explicarse. Mario le parece de pronto un total desconocido. Ha dejado de generarle la confianza que hasta la fecha le había tenido como médico. Mario está muy extraño. Habla raro, como lejano, como si en realidad no estuviera allí.

—No tengas miedo, Silvia. Estoy contigo—le dice. Y de pronto le ordena—  
¡Salta!

Silvia abre los ojos espantada y siente un impulso que no sabe muy bien si es propio o viene de una fuerza ajena. Toma conciencia de todo. Es un empujón. Mario la ha empujado.

Su cuerpo se ha vencido sobre el muro de piedra y está cayendo al vacío sin remedio.

Intenta pedir auxilio, llamar a Paco, pero sus cuerdas vocales no responden. La garganta le quema. No puede hablar. Entonces le asalta el pánico. Es consciente del momento; siente el aire en su cara y el peso de su cuerpo desplomándose hacia el precipicio, y se centra en pensar en lo que está sucediendo. Me muero. Es el final. ¿Es así el final de mi vida? Y no se lo puede creer. Tiene que hacer algo, pensar en algo ¿qué podría pensar en esos segundos? No sabe si tiene veinte, treinta segundos a lo sumo, hasta estrellarse contra las rocas. Y no tiene tiempo para valorar nada. La muerte está a pocos metros, inevitable e inminente. Le entra un terror extraño y un deseo de rapidez, de que todo acabe ya. Le entra una confusión tremenda, y un pensamiento de futuro, de un después que no estaba segura de si existiría. Intenta recuperar a Dios, pero no sabe cómo hacerlo.

Padre nuestro que estás en el cielo. No puede ser. Esto es un sueño. Voy a despertar. Esto debe ser una parálisis del sueño.

Pero no es como ella espera; lejos de caer rápidamente, su cuerpo parece volverse liviano, planea sobre el precipicio como si una invisible ala delta la sujetase por el pecho.

Ya está, se acaba. Es un sueño. Floto. Respira pausadamente y despertarás.

Piensa que se salvará. Sí, se salvará. Como en esos sueños en que uno vuela cada vez más alto y disfruta de paisajes desconocidos, hasta que el pánico interfiere y la conciencia hace que uno se despierte.

Tiene fe. Recuerda que jamás se había caído en sus sueños y se convence de que está en uno de ellos.

Cierra los ojos y piensa que caerá poco a poco sobre la maleza, y que no le

pasará nada.

En esos momentos ve pasar retazos de su vida por delante. Evoca recuerdos de todos los instantes felices de su vida y entre los instantes relevantes recupera pequeñas vivencias que le asaltan como si se colaran por resquicios recónditos de su mente.

Siente las manos huesudas de su abuela peinándole las tardes de verano después de secarse el pelo al sol tras los baños en la piscina. Siente en su cintura la cinta métrica de su madre tomándole las medidas para un vestido de falda con delantal que deseaba tener a toda costa y que le regaló un año en su cumpleaños. Se sienta una vez más en la terraza de su casa una tarde al anochecer mientras su padre les explica a ella y a su hermano cuentos de los viajes de Ulises. Se da cuenta de que en el momento de la muerte regresa a los momentos felices de la infancia como si su alma quisiera refugiarse en los brazos de todos aquellos que un día le dieron amor y seguridad. La consciencia de ello le asusta; al final la vida queda reducida a una felicidad inconsciente de la que uno parece alejarse cuando toma las propias riendas de su devenir. Se pregunta si ella, como sus padres o su abuela, habría sido capaz de dar a sus hijos la seguridad y la serenidad que había sentido en su infancia.

De golpe el terror la despierta. Vuelve a cobrar conciencia de la realidad y ve que no se trata de un sueño. Lo que está ocurriendo desgraciadamente es real. Mario la ha empujado y su vida está a punto de acabar de la forma más absurda posible.

En ese momento piensa en su presente. En sus últimos años. En todo lo que ha hecho a lo largo de su vida. Valora que, a pesar de los sinsabores, no se ha equivocado tanto y que era más feliz de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Ama la vida, no quiere dejarla atrás tan pronto y de forma tan abrupta. Nunca había pensado en cómo sería su muerte en un sentido concreto del término. Se veía muriendo anciana, quizás sin estar ya conectada con la vida, pero no había creído que tendría un final repentino e inesperado. Absurdo e inexplicable como el que está experimentando a pocos instantes de dejar de tener conciencia.

Piensa en Marina, en Dani, en sus padres y, esta vez sí, en Javier. Siente un pesar tremendo ante su inminente muerte. Quiere llorar, pero no le da tiempo. Piensa que no tiene tiempo para perderlo entre la histeria y el desconcierto. Respira hondo y acepta la muerte pensando en las maravillosas palabras que Paco le ha dicho la noche anterior.

“Es así como me gustas; libre, feliz. Solo quiero estar cerca de ti y

quererte.”

Quinto día: Barcelona. Despertar

Silvia

Cuando abrió los ojos lo primero que vio fue la mirada de Mario clavada en su rostro. A su lado estaba Lola, seria, concentrada, como pendiente de algo. Ambos llevaban batas blancas, como de personal sanitario.

Una sensación de temor y desconcierto la invadió por completo. Los ojos se le entrecerraban vencidos por un sueño incontrolable y su mente luchaba por abrirse a una claridad y conciencia que se le mostraban espesas.

¿Qué estaba ocurriendo?

Intentó incorporarse del lugar en que estaba prostrada pero no tuvo fuerza suficiente para levantar la espalda. Movi6 lentamente y con dificultad los brazos y las piernas y sintió que le pesaban inmensamente.

Entonces lo record6 todo; en sus últimos momentos de conciencia su propio terapeuta, Mario, la había empujado abismo abajo hacia una muerte segura. Sin embargo, no había muerto. Le pareció increíble seguir viva y tener movilidad en todos sus miembros tras aquella tremenda caída. Incorporó un poco la cabeza y no observó nada extraño; ni un vendaje, ni un ligero rasguño.

Fue presa de un temor intenso. Por alguna razón que no lograba entender seguía a merced de Mario, y parecía que Lola no mostraba preocupación alguna. Necesitaba que alguien la oyese y viniera en su ayuda para sacarla de allí. Después de haberla tirado puente abajo, Mario podría ser capaz de hacerle cualquier cosa.

Intentó gritar y pedir auxilio, pero no pudo emitir palabra. Sentía la garganta seca y dolorida. Consiguió mover la cabeza hacia los lados y vio unos monitores y tubos que salían de los mismos para adentrarse en su cuerpo. Aquel lugar parecía un hospital. Pensó que seguramente habría estado sedada y el dolor de su garganta sería consecuencia de la intubación. Estaba claro que se había salvado por algún tipo de milagro. ¡A saber el tiempo que debía llevar ingresaba en aquel lugar! Si no tenía vestigios de heridas era porque a la fuerza debían haber pasado muchos días, incluso semanas o meses. Pero, ¿por qué estaban Mario y Lola allí? No entendía absolutamente nada de lo que estaba sucediendo.

Cuando tomó más conciencia de la situación pensó en Javier; debía estar muy preocupado sin saber nada de ella. Aunque posiblemente ya la habrían localizado.

Mario se acercó a ella y, poniéndole la mano sobre su brazo le habló con

tranquilidad:

—Hola Silvia. ¿Cómo estás? Soy el Doctor Mario Lahoz. Estás ingresada en la clínica de Nuestra Señora de la Soledad. Acabas de salir de cuidados intensivos — y, dirigiendo su mirada hacia Lola, continuó—. Y ella es Lola la enfermera que te ha estado atendiendo estos días.

Silvia finalmente pudo susurrar:

—Estoy viva... ¿verdad? ¿Estoy viva?

Mario y Lola se miraron, le sonrieron y le dijeron que sí que, por supuesto, estaba viva.

—¿Cómo es posible? Esa caída... Ese empujón. ¿Por qué...? ¿Qué me habéis hecho? —Miró fijamente a Mario, que le devolvía una mirada neutra, sin que mostrara hacerse eco de sus palabras. Le pareció inexplicable que Mario estuviera allí, indemne, sin que nadie le hubiera detenido. Horas, días o meses antes la había lanzado puente abajo, delante de todo el mundo. Aquella acción no debía haber pasado desapercibida para nadie. Había decenas de personas asomadas al puente. A la fuerza tenían que haberlo visto. Incluso Lola debía tener conocimiento de ello, y en cambio estaba allí, a su lado, impasible, sonriendo a Mario con su complicidad habitual.

Silvia comenzó a agitarse nerviosamente y la enfermera mostró signos de preocupación ante aquella reacción de la paciente. En aquel momento Mario le dijo a Lola algo en voz baja; algo tranquilizador que Silvia no acabó de entender:

—Es normal, Lola. En el momento de recuperación de la consciencia puede surgir un efecto contradictorio de muerte. A veces lo que se sueña en la sedación se percibe como real, y se mantiene durante los instantes iniciales tras la recuperación de la conciencia: Puede dar lugar a una ligera confusión. Opera más o menos como cuando despiertas de un sueño y recuerdas parte del mismo, pero cuando intentas reconstruirlo eres incapaz de recuperarlo, olvidándolo a los pocos minutos.

Luego se dirigió nuevamente a ella:

—No te preocupes, Silvia. Has estado sedada unos días. Poco a poco irás recuperando la normalidad.

—¿Por qué me empujaste? —contestó Silvia mirando fijamente a Mario.

El médico puso cara de extrañeza, pero continuó sin mostrar signos de alarma.

—Silvia —El doctor Mario Lahoz le puso nuevamente la mano sobre el brazo—, no ha habido ningún empujón. ¿A qué te refieres?

Silvia le contestó presa de una confusión tremenda:

—Mario... Me empujaste. Tú me empujaste por el puente del Tajo. ¿Por qué lo hiciste? ¿Dónde está Paco? ¿Dónde estoy? ¿Qué hospital es este?

El médico pareció mostrar cierta preocupación; la paciente no había escuchado lo que le acababa de decir o lo había olvidado por completo, sin embargo, se dirigía a él por su nombre de pila, como si lo tuviera muy presente, incluso como si se conocieran de algo. Atribuyó la reacción de Silvia a la confusión habitual de ese momento y le repitió con tono sereno y amable todo lo que le había explicado minutos antes:

—Silvia, no te preocupes. Lo que sientes es normal. Estás en Barcelona, ingresada en la clínica de Nuestra Señora de la Soledad. Acabas de salir de cuidados intensivos. Y yo soy tu médico, el doctor Lahoz, Mario Lahoz. Ella es Lola, tu enfermera de intensivos.

—¿Y Paco?

—¿Paco? ¿Qué Paco, Silvia?

—¡Paco! ¡Paco, por Dios! No me hagas esto, Mario —Silvia se giró hacia Lola en busca de apoyo—. Lola, tú estabas allí. ¡Los cuatro estábamos allí! Fuiste con Paco al Parador un momento antes de que Mario...

El doctor Lahoz la interrumpió:

—¿Qué parador? ¿Paco, qué? ¿Cómo se apellida?

Silvia cayó en la cuenta de que no se lo había preguntado.

—No lo sé, Mario. Por favor, no me hagáis esto. No entiendo qué está sucediendo. ¿Por qué empujaste y por qué me engañas ahora? Por favor, llama a Paco. ¡Lola! —Se giró de nuevo hacia ella gritando—. Lola por favor, ayúdame. Tú conociste a Paco antes que yo. Tú debes saber su apellido. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha entrado con vosotros? ¿Dónde estoy? Quiero hablar con un médico.

Mario le hizo una señal a Lola, que le miraba muy angustiada, y le ordenó preparar un inyectable para administrarle en vía endovenosa.

—Silvia, te vamos a sedar un poco. Será una sedación muy leve, lo suficiente para que te relajes. Sufriste un traumatismo craneal importante y no te puedes permitir estas alteraciones de ánimo. Es un momento difícil, lo sé. Luego hablaremos de todo ello cuando estés mejor. Mira Silvia, ya te he dicho que soy tu médico. Y que estás en Barcelona. Tu marido y tu hijo están fuera. Entrarán a verte más tarde.

Silvia contestó con un hilo de voz:

—Mi médico... No, Mario, tú eres...Tú eres mi terapeuta. Y Lola, tú

eres...

—Lola ha sido tu enfermera de cuidados intensivos durante estos días —le volvió a explicar el doctor con tono paciente.

—¿Y Paco?

—Silvia, no sabemos quién es Paco —le contestó Lola de forma cariñosa, pero con una cierta carga de angustia que no se le escapó a Silvia—. Ahora preguntaremos a tu familia. ¿Es un amigo?

Silvia comenzó a sentir que la mente se le nublaba y su conciencia se desvanecía por momentos. Oyó que Mario y Lola conversaban sobre la posibilidad de que en ese estado hubiera mezclado sueños con realidades. Pero Lola le contestaba inquieta, como alterada.

—Hay que ir con cautela, Lola. A veces se producen amnesias parciales y puede que el tal Paco sea un amante. No sabemos nada de las vidas de nuestros pacientes. Hay que ser sumamente prudentes cuando hablemos con el marido. Será mejor esperar a que los circuitos neuronales de la paciente se estabilicen y podamos hablar con más calma con ella. Posiblemente cuando despierte ni siquiera se acuerde de este tal Paco ni del empujón al que hace referencia. Ahora está en un punto a medio camino entre la realidad y la ensoñación. Y eso que ha sido un coma inducido de tan solo tres días...

—Pero, ¿cómo puede saber nuestros nombres, Mario?

—Lola, a mí también me ha extrañado. No es muy habitual, pero ha podido oírlos durante la sedación. Desde luego no es algo usual, pero es factible.

—Pero es que creo que sé quién es Paco... —apuntó Lola— Y tú también te lo imaginas, Mario.

El doctor Mario Lahoz la hizo callar.

“Creo que sé quién es Paco”, es lo último que Silvia oyó mientras se dormía profundamente bajo los efectos de la sedación.

En busca de respuestas

### Javier y Mario

Javier llegó al hospital diez minutos antes de la hora acordada.

El doctor Lahoz se había mostrado algo reticente a recibirle a solas, sin Silvia. Le había repetido varias veces la necesidad de que en todo caso su paciente debía estar presente, pero Javier no había cesado de insistir hasta que le había concedido quince minutos a solas. Quince, ni uno más. Y apercibiéndole de que según lo que quisiera preguntarle no podría darle respuesta ya que estaba sujeto al secreto profesional, así que no contestaría aquellas preguntas que considerase inadecuadas.

Al doctor Lahoz seguía desconcertándole lo que había sucedido con aquella paciente. El despertar que había tenido Silvia, tan vívido, tan angustioso, con aquellos recuerdos tan intensos, y su insistencia para dotar de veracidad a las ensoñaciones que había tenido era algo poco habitual en los pacientes que salían de una sedación profunda.

Que su marido quisiera hablar con él era señal inequívoca de que había algún tipo de problema, e intuía que tendría que ver con aspectos en los que él poco podía hacer y que, además, prefería soslayar.

La empecinada idea de Silvia de que él la había lanzado puente abajo había quedado desechada con cierta rapidez. A Silvia en un principio le había costado aceptar la realidad del accidente que había sufrido. Parecía que era más capaz de aceptar que él la hubiera empujado por un precipicio que asumir lo que había pasado en realidad. Pero no tardó en comprender que el origen del accidente había sido muy distinto al que ella recordaba. Eran otras las cuestiones que más inquietaban a Mario Lahoz, y no solo en su condición de médico sino también como persona. La actitud negatoria de Silvia había ido un punto más allá de lo habitual ante los hechos traumáticos. Ella había acabado por aceptar la realidad objetiva del accidente, el hecho en sí, su caída en el cuarto de baño de su casa, pero lo que no parecía querer asumir era la constatación de que las ensoñaciones que había tenido durante el coma eran del todo irreales.

Para Mario Lahoz aquella experiencia también le había abierto determinados interrogantes a los que no había podido dar respuestas concluyentes. La paciente había sido extremadamente consciente de su presencia y de la de Lola mientras la intensidad de la sedación disminuía. De hecho, él mismo había contribuido directamente a que la paciente fuera

consciente de ese estímulo externo. Al empezar a detectar pequeños movimientos oculares y la respiración más normalizada en Silvia, le había hablado y la había alentado a despertarse con pequeños mensajes de ánimo: “¡Vamos Silvia!”, e incluso le había dado pequeños toques en el hombro.

Era muy posible que la mente de Silvia, en ese estado, hubiese interpretado su invitación a que despertase y ese ligero contacto físico como un empujón real. Era factible y explicable desde un enfoque neurológico, e incluso desde un punto de vista no tan convencional sino psicoanalítico. Existía un evidente paralelismo conceptual, tanto desde una lectura física como semántica, entre el esfuerzo necesario para pasar del estado inconsciente al consciente y el concepto de empujón. Esas palabras de ánimo, esas órdenes para despertarla del sueño, se vivieron en la mente de Silvia como un golpe, como un empujón físico que la ayudó a salir de la sedación para llevarla al mundo de la consciencia. De hecho, era eso mismo lo que le había explicado a Lola al detectar la primera reacción de la paciente; Silvia había vivido su regreso a la consciencia como una especie de muerte inversa. Silvia necesitaba morir en aquella realidad inconsciente en la que había estado sumergida para poder pasar a vivir de nuevo en su realidad consciente.

Las pruebas neurológicas habían salido correctas y en principio Silvia no debía padecer ninguna secuela del accidente. Por ello al doctor Lahoz no le gustaba la idea de hablar con su marido. Intuía que venía por otro asunto, por un tema concreto; el único tema que Silvia no había conseguido aceptar. Era más que previsible que su paciente continuase anclada en aquel recuerdo; que más que un recuerdo era un sueño que ella había migrado al mundo de la consciencia y que parecía no querer soltar. El doctor Lahoz había pensado muchas veces en ello. ¿Qué clase de vivencia tan profunda en el mundo de lo inconsciente podía ser tan sostenida y deseada en la vida real? ¿Qué debía haberle ocurrido, o más bien qué impacto emocional había percibido su paciente en aquellos escasos tres días en que estuvo perdida en el mundo de lo inaccesible?

Silvia les había explicado con todo detalle las vivencias que había experimentado durante la sedación. Y sobre todo les había hablado insistentemente de aquel hombre, de Paco. Había una intensidad en aquel recuerdo —un vínculo entre su paciente y aquel personaje— que parecía ser superior a la que podía provocar cualquier ensoñación, por intensa que esta fuese. Y era precisamente aquel sentimiento de su paciente, esa insistencia en no relegarlo a la calificación de un mero sueño, lo que se le escapaba como

médico.

El doctor Lahoz abrió la puerta de su despacho antes de la hora acordada, dispuesto a acabar cuanto antes con la ineludible charla. Supuso que Javier ya estaría allí y no se equivocó.

El marido de su paciente esperaba sentado en una de las sillas de plástico de la sala de espera, sin hacer nada, sin mirar el móvil siquiera y con los ojos puestos en la puerta de su despacho, de forma que al abrirla se topó directamente con su mirada inquisitiva.

El doctor Lahoz le invitó a pasar con un gesto correcto, pero con estudiada distancia, y le indicó que se sentase ante él. Había dejado expresamente la mesa vacía. Ni siquiera había buscado el expediente de Silvia. Se lo sabía de memoria y además no tenía intención alguna de dar pie a nada que pudiera provocar que aquella conversación se alargase. Se sentó ante Javier con su carpeta de pasar consulta hospitalaria agarrada cerca del pecho, en señal evidente de su inminente cometido.

Javier aparentó no haber recibido ese mensaje de cierta hostilidad y se sentó dispuesto a conversar con el médico todo el tiempo que fuera necesario.

—Bueno, Javier. Pues ya me dirás cuál es el motivo de esta reunión. Silvia vino a revisión hará unas dos semanas y la encontré más que perfecta. Supongo que te lo habrá comentado —Por un momento pensó que posiblemente Silvia fuera muy celosa de su información médica y que Javier únicamente había venido para constatar que todo iba bien. Pero enseguida salió de su auto engaño.

—Sí, lo sé. Mire, doctor, no he venido por eso. Y prefiero no andarme por las ramas. Creo que será mejor para ambos—A Javier no se le escapaba el estado de incomodidad del médico y a él tampoco le apetecía alargar en exceso una conversación inútil, cuando tenía muy claro qué era lo que pretendía obtener de aquella reunión—. Soy consciente de que lo que le voy a comentar quizás se aparte un poco de lo habitual. Es decir, de lo estrictamente médico. Creo que ya lo comentamos anteriormente; el tema es que todo sigue igual.

El doctor Lahoz supo que Javier no saldría de aquel despacho hasta obtener alguna información adicional a la que se le había dado hasta la fecha. Por otra parte, el estado de Silvia, su anclaje a aquel recuerdo, quizás requerían acometer el tema desde otro enfoque.

—Hablamos de Paco, entiendo. —contestó el médico dispuesto a afrontar directamente el asunto y acabar cuanto antes la conversación.

A Javier le agradó la respuesta del médico. No era persona de divagar en las cuestiones que le interesaban y valoraba a las personas que tenían la capacidad y la valentía de saltarse los prolegómenos absurdos cuando sabían a la perfección que en un momento u otro debían abordarse temas desagradables o espinosos. Acostumbrado como estaba a asistir a reuniones de grandes firmas empresariales el factor tiempo y la virtud de la concreción le parecían valores inestimables. Así que se alegró de que el doctor Lahoz fuera consciente de alguna forma de que la situación que estaba viviendo su mujer no era lo que se dice muy normal y que estuviera dispuesto, con mayor o menor agrado, a hablar de ello.

El estado y la actitud de Silvia le superaban. Desde el accidente ambos habían intentado reenfocar su relación y habían empezado a observar las tensiones y diferencias que les afectaban desde otra perspectiva. Silvia estaba distinta; por una parte, estaba muy apegada a aquella vivencia ocurrida en el coma, pero a la vez, y como aspecto positivo, había ganado en seguridad personal. Le miraba de otra forma, como si su escala de valores e incluso su sensibilidad ante las minucias del día a día hubieran cambiado. Parecía más tranquila, más feliz. No se agobiaba tanto como antes por las cosas. Y él, por su parte, había conseguido eliminar los rastros de rencor y rabia que arrastraba contra ella, y había cesado en aquella necesidad visceral de ponerla a prueba que les había llevado al límite de tensión el día del accidente. Sin embargo, el fantasma del sueño de su mujer le preocupaba, porque continuaba planeando sobre ellos como una sombra. Y le preocupaba porque intuía que en todo aquello había algo que se le escapaba y que no podía subvalorar.

Aprovechando el atisbo de disposición del doctor Lahoz a aclararle de una vez por todo aquello que le angustiaba, le planteó la cuestión sin rodeos:

—Efectivamente, Silvia sigue atrapada en ese asunto. Habla de ese hombre, o de ese personaje, o de ese recuerdo, no sé cómo referirme a ello, como si realmente hubiera existido. En realidad, explica poco. Es decir, no me comenta con detalle nada de lo que sucedió en aquellas ensoñaciones, pero insiste en preguntarme si usted me comentó algo al respecto, y me pide que, por favor, en caso de ser así, se lo cuente. Que ella necesita cerrar el asunto. Habla de cerrar desde la convicción de que el tal Paco es una realidad, es decir que existe del mismo modo que usted y la enfermera...

—Lola.

—Exacto, como usted y como Lola. Silvia está convencida de que es imposible que Paco sea un producto de su subconsciente. Ella argumenta que

puede entender todo lo demás; la huida en tren, como se refiere a ello, la caída al vacío, todo. Silvia cree que mezcló la realidad con el sueño y que por ello usted y Lola están tan presentes en esos recuerdos. Por eso está convencida de que Paco tiene que existir y que tuvo algo importante que ver en todo el proceso de la sedación. Y dice que no comprende por qué todos estamos empeñados en ocultarle su identidad.

El doctor Lahoz se dispuso a dar algún tipo de explicación, pero Javier le interrumpió.

—Disculpe, doctor, déjeme terminar. No sé si sabe que Silvia tiene algún conocimiento de psicoanálisis. Hizo dos cursos en una escuela especializada y esta materia le atrae especialmente. Le interesa mucho todo el mundo de lo inconsciente. Es decir, que cuando dice estas cosas..., en fin, que de alguna forma sabe de lo que habla. ¿Me entiende?

El doctor Lahoz detectó un ligero escepticismo en la forma de hablar de Javier con respecto a la teoría psicoanalítica, pero a la vez notó que tenía el respeto que se suele mostrar ante este tipo de materias desconocidas que se apartan de lo convencional.

—Mire, Javier, yo soy neurólogo. El psicoanálisis, supongo que lo sabe, no es una disciplina ortodoxa. Es decir, ya sabe que no se cursa como tal en nuestras universidades. Pero nadie puede negar la realidad del inconsciente, y muchos compañeros psiquiatras recurren a técnicas psicoanalíticas con mucho éxito. De hecho, yo mismo he asistido a algún seminario sobre el tema y miro de aplicarlo en la medida en que es compatible con mi profesión.

Javier fue consciente de que había hablado en exceso. El médico había estado casi a punto de decirle algo relevante y él se había precipitado interrumpiéndole e introduciendo el tema de los estudios de psicoanálisis de Silvia. Su intención había sido hacerle ver al doctor Lahoz que las sospechas de Silvia sobre la existencia de Paco, que ahora también compartía él, tenían un fundamento cercano a la ciencia. Pero había sido un error. No contaba con que el doctor Lahoz tomara aquellas palabras como un cierto ataque a la teoría psicoanalítica.

Pensó que tenía que darle la vuelta a la situación y evitar abrir vías de diálogo que crearan suspicacias, y más si pretendía hacerse con la complicidad del médico. Necesitaba de la ayuda de aquel hombre para gestionar la situación si Paco, como temía, existía. Así que redirigió su discurso con destreza y enseñó todas sus cartas para eliminar de una vez la desconfianza del médico. Para algo era uno de los mejores abogados

mercantilistas de Barcelona. No había llegado al reconocimiento profesional de que disfrutaba precisamente por falta de habilidad en la negociación y la oratoria.

—Por supuesto. Quizás no me he explicado correctamente. Lo que le vengo a decir es que Silvia no es una persona a la que se le pueda convencer con una explicación médica objetiva. Hace unos años asistió a unas jornadas que el doctor Brian Weiss realizó en Barcelona. No sé si le suena.

—Por supuesto que sí —respondió el médico mostrando cierto entusiasmo—. Weiss es un psiquiatra norteamericano que aplica el método de hipnosis en su consulta y que asegura que en una de sus sesiones una paciente experimentó una regresión. Desde entonces se ha centrado en explorar esa vía. He leído bastante sobre él. No tengo elementos para desechar la veracidad de su teoría, pero realmente no tuvo una gran acogida entre la comunidad médica y científica.

—El caso es que Silvia fue a ese congreso. Y, según dice, conectó. Ella explica que conectó con otra persona desconocida. Se lo explico muy brevemente porque creo que tiene que ver con lo que le he venido a preguntar. Silvia participó en un experimento que no recuerdo cómo se llama. Se tenía que colocar al lado de un desconocido e intercambiarse unos objetos personales. Una vez hecho, y siguiendo unas indicaciones del doctor Weiss, ellos se concentraban y debían abrir su mente a percibir mentalmente aquellas imágenes que le vinieran del otro. Se ve que Silvia captó muchas cosas sobre la vida de esa persona; fue capaz de saber dónde se había formado, su profesión, e incluso vio escenas de su infancia. ¿Entiende?

—Puede ser. No lo descarto en absoluto—respondió el doctor Lahoz. Y se quedó varios segundos callado, mirando a Javier. Efectivamente aquel hombre estaba preocupado. Estaba sentado ante él buscando respuestas y jugándose aquella imagen que ofrecía de abogado de prestigio, de negocios, que hasta la fecha le había parecido exquisitamente construida. Una imagen muy estudiada, de profesional de éxito, quizás algo rígido y emocionalmente distante, que estaba dejando paso a un perfil de una persona algo más sensible y abierta, capaz de buscar respuestas en unas áreas del conocimiento que precisamente no destacaban por su convencionalismo. Se decidió por dar un paso más allá de lo que posiblemente esperaba su interlocutor, para ver a dónde les llevaba todo aquello.

—Pero eso no es magia ni esoterismo, Javier —continuó—. La capacidad de conectar desde el inconsciente es un hecho explicable científicamente. ¿No

le ha sucedido nunca que ha pensado en una persona y al momento se la ha cruzado? ¿O que esa persona le ha llamado por teléfono? Estas experiencias son consecuencia de una actividad inconsciente cuyo conocimiento está poco desarrollado y aún menos investigado.

Javier asintió.

—Pues por esa misma razón Silvia está convencida de que Paco existe, doctor. Y de que, por algún motivo y de alguna forma, conectó con él durante ese periodo de sedación. Ella cree que ustedes se lo han ocultado deliberadamente, con alguna intención. Silvia me ha dicho que al despertarse mencionó el nombre de Paco, que lo llamó, y que ustedes se alteraron mucho. Que la sedaron de nuevo y que se quedaron hablando en susurros. Que Lola le comentó a usted algo acerca de que sabía quién podía ser Paco pero que usted la hizo callar. Por favor, se lo pido por favor, dígame la verdad: Paco existe, ¿verdad?

El doctor Mario Lahoz apretó los labios y pensó detenidamente la respuesta que debía dar. Era evidente que Silvia tenía una gran capacidad de introspección. Su nivel de captación desde el inconsciente era de las más elevadas que había visto en su vida. Sus recuerdos de la sedación estaban conectados y vinculados con la realidad de su entorno a pesar de las limitaciones en que estaba sumida su conciencia por causa de la medicación. Las conexiones entre consciente e inconsciente eran en su caso privilegiadas. En aquel sueño Silvia había sido, sin duda, participe de sus conversaciones con Lola.

Sin embargo, para poder integrar todo lo que captaba en su estado, Silvia les había colocado en un marco distinto al plano real. En esas conversaciones captadas al vuelo, por retazos, había convertido a Lola en una profesora y él era su psicoanalista. Y había construido diálogos paralelos a los que escuchaba sesgadamente, en los que curiosamente la ficción se mezclaba con algunos aspectos reales de las conversaciones que él había mantenido con Lola en la sala de cuidados intensivos. Era cierto que durante mucho tiempo él se había valido de sus conocimientos terapéuticos para acercarse a Lola y en aquel sueño Silvia le había conferido el papel de su terapeuta.

—Mire, Javier. Lo que le sucedió a Silvia fue algo excepcional. No sabemos cómo pudo ser tan consciente de las cosas a pesar de la sedación. Captó a la perfección que Lola era viuda, y hasta supo que su marido, Martín, había muerto. Incluso, al explicármelo hizo referencia a algunos aspectos de las historias que Lola me contaba sobre su juventud. Pero lo más curioso fue

lo de tu hijo, Dani. Silvia lo vinculó con Lola; convirtió a Lola en una profesora y Dani era su alumno. Y es que efectivamente Lola tuvo una aventura con un joven enfermero en prácticas y se estaba planteando coger la baja. Y de hecho me había pedido un informe de baja por ese motivo. Yo creo que posiblemente el subconsciente de Silvia colocó a Dani como amante de Lola porque era el hombre joven más cercano que conocía a quien atribuirle ese rol. A ver, Javier, tienes que entender que el hospital fue inexistente para Silvia en aquellos días y en su sedación mezcló su mundo real y las personas que lo integraban con los retazos que captaba de lo que ocurría a su alrededor. Pero son sueños. Los sueños, en realidad, no son más que eso: un recurso humano para limpiar el subconsciente. Un trabalenguas simbólico en el que verter los desechos de lo inasumible sin que duela demasiado.

Javier temió que el doctor Lahoz huyese del tema que le preocupaba, pero le dejó hablar. Sabía que otra interrupción desafortunada podría llevar todas sus esperanzas al traste.

—Lo del intercambio de teléfonos móviles, sin embargo, hay que reconocer que tuvo su gracia —continuó el doctor Lahoz—. Desde luego, a tu mujer no le gana nadie a imaginativa y teatral: desde subirse a un tren AVE hasta confundir su móvil, el detalle con que me explicó la decoración de los restaurantes a los que se supone que fuimos y hasta lo que habíamos comido, las sensaciones, la ascensión al castillo de Gibralfaro, la excursión a Ronda, y el desagradable hecho que me atribuyó. Ya sabes, lo de que la lancé puente abajo.

Mario Lahoz detuvo su explicación. Sabía que había llegado el momento de dar una respuesta a la pregunta de Javier. Pero había algo que se lo impedía. Sin duda Silvia era una mujer inteligente y muy lúcida. La presencia de Paco en ese sueño no era para nada irrelevante. Y lo que le contestase a Javier podía tener consecuencias en una realidad en la que no sabía si estaba legitimado a intervenir. Por eso le preocupaba la pregunta de Javier: “dime la verdad, ¿Paco existe?”.

Evitó mirarle directamente y finalmente le respondió:

—Antes de continuar hablando de este tema... Disculpa, ¿te puedo tutear, Javier?

Javier asintió. El doctor Lahoz continuó con un ligero carraspeo:

—Mira, Javier, antes de seguir hablando de todo esto te quiero hacer una pregunta, ¿qué ocurrió el día del accidente?

Javier tensó la espalda en evidente gesto de incomodidad y todo su cuerpo denotó una alerta que no pasó inadvertida al médico. El doctor simuló no

percibir el mensaje y guardó silencio en espera de que Javier hablase. Sabía sobradamente que la reticencia de una persona a aceptar un tema de conversación debe superar una fase necesaria de silencio y no estaba dispuesto a darle, todavía no, ninguna explicación sobre la finalidad de su pregunta. Finalmente, Javier contestó con cierta irritación, manteniendo una distancia con el médico que le pareció más necesaria que nunca:

—Si es necesario que le responda a esta pregunta para que usted responda a la mía, lo haré. Pero ¿realmente tiene importancia saber lo que ocurrió el día del accidente?

El doctor Mario Lahoz había previsto esta reacción y no cedió en absoluto a la petición de Javier. Javier no era un paciente, ni siquiera estaba ahí sentando, delante de él, por una cuestión médica que atañese a Silvia. Las inquietudes de Javier estaban en el ámbito de lo personal, casi se diría que en el ámbito de la intimidad. Y en ese punto el doctor Lahoz había dejado de ser médico para ser algo semejante a un consejero. Era la llave que necesitaba Javier para abrir la caja de Pandora que contenía los anhelos y secretos más escondidos de su mujer.

—Estoy pensando que sí, que tiene mucho que ver —contestó el médico—. De hecho, estoy casi seguro de que sí. El punto de partida de todo lo que ha ocurrido fue precisamente ese accidente, y lo que ocurrió minutos antes pudo determinar muchas cosas. Es decir, pudo determinar el sueño.

El doctor Mario Lahoz había hablado largo y tendido con Silvia de ese aspecto. En realidad, uno de los temas que más le habían preocupado en su paciente era que le hubiera costado tanto aceptar el origen del accidente.

Por eso quería saber por boca de Javier cuál era su versión al respecto. Sabía que Silvia estaba dolida con su marido, pero ello no dejaba de ser un tema muy subjetivo y emocional. Quería hacerse una idea más completa de todo lo que había llevado a su paciente a tal estado de ánimo antes de darle a Javier las respuestas que ansiaba escuchar.

## Un mensaje en el buzón

### Silvia

Silvia entró en el despacho, dejó caer la cartera sobre uno de los silloncitos de cortesía que tenía frente a su mesa de trabajo y se dispuso a prepararse un café. Todavía disponía de media hora para revisar el correo electrónico antes de que llegase la visita que tenía concertada a las doce.

Acababa de tener un juicio de divorcio en los juzgados de Barcelona. Un asunto sencillo: una pareja de unos treinta años, con una sola hija y sin bienes a repartir, que estaba de acuerdo en todas las medidas que querían adoptar en relación a su hija menor de edad: la custodia, las pensiones, todo. Y, sin embargo, el asunto había llegado a juicio a pesar de no discutirse ni uno solo de los efectos del divorcio, porque, aunque pareciera increíble, su cliente solo discutía el hecho en sí del divorcio. Vamos, que no quería divorciarse.

Silvia, que representaba al marido, le había explicado por activa y por pasiva que la ley no permitía la oposición al divorcio.

—Mira, es que aquí en España no funciona como en los Estados Unidos. Es decir, que no puedes decirle a tu mujer eso de “no te doy el divorcio”. Aquí la ley establece que si uno de los cónyuges lo solicita el otro no se puede oponer.

—Lo sé —le había dicho el cliente.

—¿Entonces? No entiendo, ¿cuál es el motivo de que no quieras firmar el convenio y lo tramitemos de mutuo acuerdo? Te saldría mucho más barato, es más breve y te evitas tener que ir una mañana al juzgado. Además, es que, la verdad, no sé qué vamos a decir para oponernos a esa demanda.

—Todo eso ya lo sé, Silvia. Y te agradezco que me lo vuelvas a recordar una vez más, pero lo que pasa es que no me quiero divorciar, ¿entiendes? Yo no quiero que conste en un documento que me divorcio de mutuo acuerdo. Ya sé que no me puedo oponer y sé que voy a acabar divorciado, pero quiero que sea un juez quien lo declare, quien tome la decisión. No yo. Se trata de una cuestión personal, de principios.

—De acuerdo. Pero si el tema es ese, también podemos plantearnos pedir la nulidad canónica.

—Eso llegará. Y a eso voy. Tú sabes que es un punto a favor que el tribunal eclesiástico vea que no he consentido un divorcio de mutuo acuerdo. Así que vamos a oponernos a ese divorcio y hablamos más adelante.

Y así había sido. Silvia había entrado en sala de vistas con su cliente y habían explicado a la jueza que únicamente se oponían a la declaración de

divorcio, y no a los efectos solicitados en la demanda como medidas del mismo. La jueza les había preguntado, sorprendida, a qué se debía esta alegación que era claramente contraria a la ley. Y el cliente, sin pestañear, había contestado que él jamás hablaría a su hija mal de su madre, y que nunca la culpabilizaría de ese divorcio, pero que se veía incapaz de reflejar en un escrito que consentía en una decisión que era totalmente ajena a su voluntad y a sus principios.

Silvia salió del juzgado pensando en el amor, los principios, los valores, lo que quiera que fuese que movía a cada persona como motor de su vida.

Ella, como abogada, no era más que una artista que conjugaba situaciones y sentimientos, haciéndolos encajar en un código que intentaba recoger en unos cientos de artículos todas aquellas realidades que planeaban sobre su mesa de despacho, atiborrada de expedientes y notas.

Tenía el tiempo justo para tomarse el café que acababa de prepararse y echar un vistazo general a los correos electrónicos más relevantes. En pocos minutos llegaría su visita. La señora Jiménez había vuelto a pedirle hora. Esta cliente era todo un personaje. Había sido una mujer muy guapa. Mantenía una sonrisa juvenil y pícaro en un rostro de ochenta años que albergaba una mente de niña. Era bajita y menuda, con una cara muy redonda de facciones pequeñas. Unos ojos muy azules y vivos conferían chispas de luz a su rostro, de labios pequeños y finos, siempre muy pintados, y llevaba una media melena muy oscura que posiblemente fuera una peluca.

Silvia le había cogido cariño a esta cliente. El hijo de aquella señora, el mayor de los cinco que había tenido, estaba desesperado con las historias que contaba su madre y le había encargado que le tramitase una pensión de viudedad, ya que su padre había fallecido y su actual esposa amenazaba con dejar a su madre sin tener donde caerse muerta. Se notaba que aquel hombre quería a su madre pero estaba desbordado por las circunstancias, agravadas por el hecho de que la señora Jiménez no era precisamente una persona sencilla. Estaba orientada en el tiempo y en el espacio, leía diariamente los periódicos y estaba plenamente informada de cualquier novedad política y social, pero toda su coherencia mental se quebraba en la afirmación insistente, que relataba con pesar porque nadie la creía, de que tras su divorcio había sido amante de un agente doble del KGB que también trabajaba para la CIA. Y que habían estado tantos años juntos que aquel hombre, fallecido de cáncer hacía algún tiempo, le había dejado en herencia una sustanciosa cantidad de dinero a su disposición.

Lo repetía hasta la saciedad. Seguramente aquella misma mañana le volvería a pedir que la acompañase a Rusia a cobrar esa millonada de dinero que, según afirmaba, su amante le había dejado al mismísimo Vladimir Putin, como albacea, para que se lo custodiase y entregase a ella cuando él falleciese. Solo tenía que acceder hasta el Kremlin y retirarlo. Así de fácil.

Silvia apreciaba a esta clienta. Las disquisiciones de la señora Jiménez sobre la pretendida herencia, más que agobiarla, le provocaban ternura. Así que siempre la acompañaba personalmente a las administraciones, sin delegar esos trámites en ningún colaborador del despacho. Le gustaba caminar por la calle junto a ella, con lentitud y parsimonia, cogidas del brazo, y escuchaba con paciencia sus relatos, que a veces le arrancaban carcajadas que eran seguidas por las risas de la propia señora Jiménez, que la reprendía:” Ay, Silvia, tú tampoco me crees, ¿verdad? Como mi hijo”.

Silvia encendió su ordenador mientras apuraba el café y abrió el correo electrónico. Entre los mensajes entrantes había uno de LinkedIn: “Silvia, hay miembros que ven tu perfil en LinkedIn”.

Hacía algún tiempo que no entraba en esa red profesional, quizás unas dos semanas. No era una red que utilizase de forma habitual. De hecho, se había dado de alta porque Javier se lo había recomendado y compartían algunos contactos comunes, pero no le encontraba mucha utilidad. En general, los contactos que tenía eran de profesionales que ya conocía, la mayor parte abogados, como ella, o procuradores y peritos judiciales que a su vez contaban con su propia red de colaboradores. Uno de los principales objetivos de la aplicación, que es obtener resultados a los efectos de una posible colocación laboral, era muy secundario en el caso de Silvia. De hecho, aunque un día decidiese dejar de trabajar en el despacho, con Javier, ya no se veía en edad ni con ánimos de ponerse a trabajar para un tercero. Siempre había pensado que llegado el caso optaría por alquilar un pequeño espacio en un despacho compartido, o por cualquier otra fórmula que le garantizase cierta independencia.

Hubo un momento, poco después de salir del hospital, en que se planteó la posibilidad de trabajar desde casa. Se le hacía muy duro volver a ver a Elsa cada día. Aunque Javier había bajado la intensidad de su relación con ella la tensión seguía intacta entre ellas.

Cuando Elsa entraba en el despacho de Javier y se sentaba ante su mesa para comentar cualquier tema ya no era como antes que se extendía durante horas y emitía risitas de complicidad. Ahora Javier apenas levantaba la vista

del ordenador. No es que la rehuyera, ni que se sintiera incómodo ante ella, sencillamente había dejado de prestarle una atención especial. Javier era así, cuando su interés por algo o por alguien tendía a cero, sufría una especie de desconexión automática absoluta, sin rescoldos, y no perdía un segundo más de su existencia en el tema en cuestión. Ni en el tema ni en la persona que estuviera involucrada en el asunto concreto. Así que seguramente ni tan siquiera era consciente de la estupefacción de Elsa ante su distancia y frialdad.

Su trato con ella era correcto, cordial, como con los demás colaboradores, y eso para Elsa era a todas luces degradante.

Silvia pudo haberle demostrado que era consciente de la situación, pero pensó que era concederle demasiada importancia.

Así que a los tres meses del accidente Elsa dejó el despacho y se marchó a trabajar como gestora en el departamento jurídico de una compañía de seguros. Todos sus sueños de abogada, el interés por los casos complejos, parecieron ceder ante un trabajo rutinario y prácticamente administrativo. Silvia pensó en Elsa metida en el departamento de una gran empresa. Seguramente ya habría echado el ojo al mejor árbol al que arrimarse. Poco tiempo después, por casualidades de la vida, una abogada de dicha compañía coincidió con ella como contraria en un juicio y al ver su nombre en la carpeta del expediente le dijo que en su departamento trabajaba una chica que había estado en su despacho. Silvia le tiró hábilmente de la lengua. Percibió claramente que la abogada de la compañía no parecía tener en mucha estima a Elsa. Y no se equivocó. Acabó por enterarse de que la misma actitud que había tenido en su despacho parecía que ahora se reproducía con el jefe de departamento de esa compañía.

El caso es que la situación se había relajado mucho entre Javier y ella. Se comunicaban más, llevaban asuntos conjuntamente, Javier le pedía su parecer en algunos casos y pareció descubrir que Silvia, además de una esposa, podía ser una auténtica colega. A Silvia le pesaba que hasta entonces no hubiera tenido esta actitud con ella.

Clicó en la red y se desplegaron las fichas de las seis personas que habían mirado su perfil.

Lo vio enseguida: Francisco Moreno, ¡Paco!

Escudriñó su rostro en la pequeña fotografía del perfil. Una foto impersonal, de expresión contenida, a medias entre la naturalidad y una seriedad fingida, propia de la finalidad de este tipo de fotos. Pero era él. Por

supuesto que lo era.

Una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo de arriba a abajo. Le entró un ligero mareo y empezó a sentir taquicardia. Paco existía. Por supuesto que sí. Y lo mejor de todo es que él la había estado buscando y la había encontrado. Así que, de alguna forma, él también había estado conectado con ella en aquellos extraños días en que estuvo en la clínica de Nuestra Señora de la Soledad.

Silvia no había podido conseguir que el doctor Lahoz o Lola, la enfermera de cuidados intensivos, le confirmasen su existencia, pero aun así mantenía el convencimiento de que Paco no había sido una fabulación.

Y ahora tenía la prueba palpable de que Paco existía. No se trataba de ideaciones o imaginaciones sin explicación, efectivamente había sido allí, en aquel mundo extraño de los sueños, donde habían conectado y donde él, por un milagro inexplicable, también la recordaba. La excitación por el descubrimiento le aceleró el pulso.

Miró en la carpeta de mensajes; tenía tres por leer. Cruzó los dedos con la esperanza de que uno de ellos fuera de Paco. El primero era de un grupo de mediación, invitándola a un evento. El segundo era de un perito forense que divulgaba su libro y anunciaba la presentación del mismo en el Círculo Ecuestre; curioso lugar para presentar un trabajo médico forense, pensó. Y, al fin, el tercero sí: era de Paco.

Javier entró de improviso en el despacho de Silvia, con un expediente en la mano.

—¿Tienes un momento? Si puedes...

—Sí, dime —respondió Silvia cerrando bruscamente la aplicación.

—¿Facebook? —le dijo, riendo, Javier.

Silvia no le dijo que estaba mirando otra red.

—Acabo de entrar un momento. Siempre me pillas cuando me estoy dando un respiro —se justificó Silvia, a la vez que pensaba que no tenía por qué justificarse.

—No, si yo no digo nada.

Muy a su pesar intentó centrarse en la consulta que Javier le estaba haciendo y decidió que miraría LinkedIn más tarde, con calma, cuando saliese de su reunión de las doce y Javier entrase en la que tenía a la una, eso si la señora Jiménez no la tenía hasta el mediodía hablando de sus batallitas con la KGB y la CIA.

—Se trata de un accidente laboral —dijo Javier.

—Javier, ya sabes que de penal yo... de verdad que no lo acabo de dominar del todo.

—Que no, que de momento solo hay que controlar la fase de instrucción y si el tema va a plenario ya se lo pasamos a Pepe —interrumpió Javier—. Pero ya saber que tú tienes mucha labia, y es posible que consigas el archivo antes de que pase a juicio oral.

Silvia le sonrió. No podía resistirse a los halagos profesionales de Javier. Era algo que podía con ella y él lo sabía perfectamente. Antes de que pudiera oponer cualquier excusa para no asumir el tema, Javier dio el toque definitivo:

—Venga, que sé que a ti estos temas te gustan.

—Bueno, vale, sí, lo miraré. Pero ¿esta no es la sociedad que nuestros clientes tienen constituida con la matriz italiana de la empresa?

—Sí, el accidente ha ocurrido en la nueva fábrica que acaban de abrir en Castellón.

—Oye, pues si los han imputado a todos habré de hablar con los consejeros italianos y ya me dirás cómo...

—¿No habías conocido una compañera abogada que iba a caballo entre Italia y España? Se llamaba...

—Manuela.

—Esa misma, Manuela Scotti, ¿no? La que me explicaste que tenía un novio italiano-francés, guapísimo. El tal André.

—Sí que te acuerdas de la historia, ¿no? —apuntó Silvia algo molesta por el interés de Javier en Manuela Scotti.

—Como para no acordarme. Anda que no estuviste hablando del tal André.

Silvia sonrió con picardía y le cogió el expediente de las manos.

—Anda, déjame. Ya veremos lo que se puede hacer.

Javier salió del despacho e hizo el ademán de cerrar la puerta tras él. Silvia le pidió que no cerrase y echó un vistazo rápido a la pantalla del ordenador. Dudó entre leer el mensaje de Paco o dejarlo para más tarde, como había pensado en un principio. Para cuando quiso decidirse una llamada por el teléfono interior rompió toda posibilidad de elección.

—Silvia, es Manuela Scotti.

Silvia sonrió. Ya estaba acostumbrada a este tipo de casualidades.

## El porqué de los sueños

### Javier y Mario

A Javier le costaba hablar sobre lo ocurrido el día del accidente. Le costaba hablar con el doctor Lahoz, y sobre todo con Silvia. Sin embargo, entendió que en el “quid pro quo” entablado con el doctor Lahoz no tenía más remedio que explicarle lo que había sucedido la mañana del accidente.

—Muy bien. Si es ese el peaje que debo pagar lo haré. Mire, doctor, lo que sucedió esa mañana es que Elsa me esperaba abajo, en el portal de casa. Habíamos quedado allí para coger juntos un taxi hacia la estación de Sants, para coger el tren AVE hacia Madrid. Doy por hecho que sabe quién es Elsa.

Mario Lahoz asintió.

—Pues bien. Ya sé que podíamos haber quedado directamente en la estación, o incluso en el despacho y salir desde allí, pero le pedí que me esperase en el portal. Supongo que quería hacer más dura la situación. Sí, lo sé. Mire, las cosas estaban como estaban y quería que Silvia me viese marchar con ella. Quiero que quede claro que yo no tenía ningún rollo con Elsa. Me gustaba ir con ella, sí. Elsa es una mujer joven y guapa. Y la verdad es que quedaba bien, fardaba con ello. Nadie sabía si me acostaba con ella o no, pero siempre he confiado en la maledicencia de la gente y que pensasen eso me gustaba.

El doctor arqueó las cejas.

—Aquella mañana, sin embargo, Silvia no montó la bronca de meses atrás cuando también viajé a Madrid con Elsa. En aquella primera ocasión se enfadó muchísimo y me pidió que no volviese a ir con ella. Tuvimos una buena discusión. Le dije que todo eran neurosis tuyas, que no había nada entre Elsa y yo, y que no iba a modificar mi sistema de trabajo por un ataque de rabia de ella. Yo sabía que Silvia tenía razón. Iba con Elsa a los sitios innecesariamente. Es decir, me la llevaba a toda clase de reuniones y juicios, aunque no fueran complejos o no necesitase de su colaboración. Pero se lo negué. Le dije que se estaba dejando llevar por la maledicencia de los demás compañeros del despacho, que tenían envidia de la eficiencia de Elsa. Y ahí se puso furiosa. Mire, doctor, el día del accidente íbamos a juicio de desahucio de un local de negocio, sin más. No se trataba de un complejo industrial o de un contrato complicado o jurídicamente interesante. Era un tema de esos de “o el demandado paga o se va”. Y Elsa lo sabía. Me echó en cara que el “viajecito en cuestión”, como ella se refería a eso, nos costaba cuatro billetes

de tren: los dos de ida y los dos de vuelta, y que encima iríamos a comer a lo grande en cualquier restaurante, todo a cuenta del despacho.

—Lo sé —intervino el doctor Lahoz—. Silvia me comentó todo esto y también me dijo que el día del primer viaje a Madrid se lo había pasado llorando en casa. Que ni siquiera había ido al despacho. ¿Lo sabías?

Javier respondió que no, creyó que su abatimiento venía causado por su hija.

En aquella primera ocasión Silvia se había encontrado fatal. La preocupación por su hija, Marina, la atenazaba. El último curso de Marina en el colegio de Barcelona había sido un auténtico suplicio. Silvia había llegado a detestar la hora de la salida del colegio. No había día en que la niña no saliera enfadada, irascible o, aún peor, triste o deprimida. Silvia había lidiado día tras día con una situación muy estresante.

—¿Y tú cómo lo llevabas? —preguntó el doctor.

—Bueno, creo que... —empezó a decir Javier.

—Que lo dejaste en manos de Silvia prácticamente. ¿Me equivocó? —apuntó el médico.

A Javier le molestó la actitud del doctor Lahoz. Le pareció que el tema se empezaba a apartar de lo aceptable; de lo aceptable en una consulta médica.

—Tengo la sensación de que me estás recriminando. Perdona que te tutee, pero creo que dada la situación...

Mario le hizo un gesto de asentimiento, aceptando que Javier le pasase a hablar de forma más cercana. Hacía rato que él ya había empezado a tutearle, pero Javier había seguido manteniendo la distancia. Hasta el momento la conversación entablada había sido médico-paciente, pero no se le había escapado que tanto el tono de voz como la conducta gestual de Javier habían pasado a ser los propios de una relación de iguales, en la que su condición de médico de su esposa quedaba desdibujada.

—La verdad, no sé si este es el espacio adecuado ni si estás legitimado para hacerme estas preguntas—continuó Javier.

—Vamos a ver, Javier, tú no has venido a hacerme una consulta médica, ¿me equivoco? Has venido a preguntar por Paco y por lo que ocurrió entre Paco y Silvia en esos días del coma. Y eso te recuerdo que no es un tema médico. Tu mujer está dada de alta, y punto. Lo que ella sueña con otros hombres no es algo que tenga obligación de explicarte, ni algo que ella debería haberme explicado siquiera. Así que efectivamente la conversación que estamos teniendo ni es médica ni es en absoluto convencional.

—Entonces Paco existe —afirmó Javier de forma impulsiva.

—Sí, Paco existe. Existe en el mundo de Silvia. Pero si no llegamos adonde quiero llegar no vas a salir de aquí con ninguna información más.

—Y ¿a dónde se supone que quieres llegar?

—Quiero saber hasta qué punto la situación emocional de Silvia pudo hacerle fabular o no.

Javier aceptó las palabras del doctor Lahoz. Comenzaba a imaginar qué era lo que quería saber, y continuó con su explicación:

—Quieres saber cómo estábamos Silvia y yo antes del accidente. Si yo la engañaba con Elsa o algo parecido. En fin, si estoy legitimado para andar indagando sobre las fantasías o realidades de mi mujer.

—Exacto, Javier. Veo que nos podemos entender muy bien.

—Pues mira, bien, lo que se dice bien, no estábamos. Tampoco mal, no sé cómo decirte. Lo que le pasa a Silvia o lo que siente es algo que hemos hablado muchas veces. Pero es así. Son cosas de la vida.

Mario arqueó la ceja y asintió, invitándole a continuar.

—Seguramente te ha explicado sobre nosotros lo que venimos comentando desde hace años, pero es algo que es suyo. Es decir, de ella.

—A ver, a ver, ¿qué es eso de que es de ella?

—Sí, cosas de ella. Sentimientos en los que yo poco puedo hacer. Te lo habrá dicho: que la situación de nuestra hija la desbordó y que yo no la apoyé lo que hubiera debido. Es verdad que yo no estaba ahí en primera línea de fuego, Mario. Pero tampoco estaba por ahí de juerga, ¿entiendes? Estaba trabajando. Así lo planeamos todo. Yo he llevado el peso del despacho y ella ha compaginado las dos cosas: el trabajo y los niños. La nuestra, y mi hijo, Dani. Ya sabes que mi hijo prácticamente se ha criado con nosotros.

—Entiendo. Difícil, ¿no?

—Bueno, sí, pero no es algo muy diferente a lo que sucede en muchas casas, ¿no? No sé, yo creo que Silvia es distinta.

—¿En qué sentido?

—Yo creo que Silvia no es feliz con lo que tenemos. Nos ganamos bien la vida, tenemos una casa preciosa, no nos falta de nada. Viajamos. Pero siempre ha parecido que le faltase algo. Ahora quizás, desde el accidente, está algo mejor. Parece que estamos...más cercanos.

Mario asintió con el pensamiento atrapado en esa carencia emocional de Silvia, que veía con una claridad que Javier no podía intuir.

—Y lo de Elsa vino a colmar el vaso. Ella odiaba a Elsa —continuó

Javier—. Ahora, afortunadamente, ya se ha ido del despacho, pero los meses que estuvo fueron muy tensos. Silvia decía que me utilizaba y por eso le fastidiaba que trabajase codo con codo con ella. Pero realmente, Mario, no hubo nada de lo que mi mujer imagina. Aquella tarde, la de la primera vez que fui a Madrid con Elsa, cuando llegué a casa Silvia estuvo distante y fría. Supe que no nos acostaríamos al menos durante dos semanas como mínimo. Ni ella se acercaría mínimamente, ni yo me expondría a recibir un desplante.

Mario vio con claridad lo que ocurría entre Silvia y Javier. El mecanismo de conducta que Javier acababa de exponer, y que éste sentía como un castigo, esa frialdad de Silvia no era más que tristeza y soledad. Una soledad tremenda. La misma que la había impulsado a buscar una vida alternativa en sueños.

—¿Sigues deseando a Silvia? —le preguntó sin rodeos.

—Sí —contestó Javier sin dudarlo ni dar ninguna explicación más.

El relato de Javier era casi idéntico al de Silvia: las tareas diarias, el estrés, el volumen de trabajo, las complicaciones con una hija que descargaba sus frustraciones y su ira en Silvia, la sensación de vacío de ella y el cansancio del otro que se desvivía por trabajar y cubrir el hogar de bienestar sin acabar de entender el motivo de la apatía de ella. Era un relato idéntico, pero desde puntos opuestos. Unos hechos, unas realidades que Silvia explicaba como unas vivencias propias y con un significado que Javier parecía no contemplar o comprender.

—Pues perdona, Javier, no lo entiendo. Si sabías que a Silvia le molestaba tanto que estuvieras tan cerca de Elsa, ¿no era posible evitarlo? —inquirió a Javier.

Javier pensó que quizás Mario llevaba algo de razón, pero finalmente explotó y acabó haciendo estallar el quiste que todavía andaba sumergido bajo las brillantes baldosas de su bonito hogar.

—Pues mira, quizás sí —respondió—, pero me sentía bien cuando ella sospechaba que estaba liado con Elsa. No he tenido nada con ella, Mario, nada. Te lo aseguro. Soy lo suficientemente inteligente como para no caer en las redes de una trepa, porque en el fondo sé que lo es. Y lo cierto es que tampoco he tenido el valor de ponerle los cuernos a Silvia, aunque ella haya hecho algunos méritos para merecérselos.

—¿Se lo merecía? —intervino Mario con tono inquisitivo.

—Sí, ella ya lo hizo en una ocasión. Bueno, tuvo un episodio. Un flirteo. Quizás algo más que eso.

El doctor Lahoz se levantó de su sillón y rodeó la mesa. Se acercó a Javier y se sentó a su lado hablándole con cercanía.

—Me lo imaginaba, Javier. Sé lo que supone no estar seguro de que la mujer que amas te quiera. Se hacen muchas estupideces en esa situación. De todos modos, lo que hiciera Silvia en su día supongo que quedó atrás, ¿o no?

—Sí, supongo.

—Pero sus muestras de rabia cuando te ibas con Elsa te aseguraban, de alguna forma, que te sigue queriendo, ¿verdad? Y de paso te permites una cierta venganza.

—Más o menos, supongo que funciona así.

—Así funciona —contestó el doctor Lahoz, sabiendo que habían pasado nuevamente a un tipo de conversación más terapéutica.

—Pero apareció Paco —dijo Javier con gesto de abatimiento, apoyando los codos en sus rodillas y cogiéndose la cabeza entre ambas manos.

El doctor Lahoz no preguntó más. Era totalmente innecesario. El resto del relato ya lo sabía.

La mañana en que ocurrió el accidente era el día que Elsa y Javier viajaban a Madrid por segunda vez.

Silvia había decidido contener cualquier muestra de enfado. Aquel día no iría a trabajar. Ni aquel ni los siguientes. Necesitaba demostrarse a sí misma algo de dignidad, y sobre todo no aparecer por el despacho. Necesitaba tomarse un tiempo de introspección.

Pero sabía que Javier le leería la mirada. Además, estaba plantado ante la puerta del cuarto de baño esperando a que saliera, posiblemente con la intención de salir juntos de casa, bajar con ella en el ascensor y despedirse en el portal donde también muy probablemente estaría Elsa esperando.

Estaba claro que Javier quería retarla. Que con esa actitud esperaba una respuesta de ella era algo indudable. El doctor Lahoz había dudado entre si se trataba de una venganza tardía o era una forma de provocar que ella lo dejase. Finalmente se había tratado de lo primero.

Sin embargo, Silvia, por lo que había hablado con ella, había interpretado que Javier buscaba que ella decidiese una separación y había decidido no ponérselo tan fácil. No iba a tomar una resolución de este tipo de modo precipitado ni como respuesta a un reto. Que últimamente no era feliz con él, estaba claro. Que esta actitud minaba día a día sus sentimientos hacia él era evidente. Pero no hasta el extremo de echarlo todo por la borda sin comprender el motivo de la actuación de Javier.

Las crisis entre ellos, como había supuesto, venían de lejos, de muy lejos. Javier se estaba tomando una revancha que ella había aceptado inicialmente por aquello del sentimiento de culpa y del equilibrio de poderes, pero el tema se había alargado en exceso y corrían el riesgo de convertir la relación en un campo de batalla.

Así que, con estos ingredientes: el deseo de venganza de Javier y la ansiedad de Silvia, aquella mañana, la mañana del accidente, Silvia no llegó a salir del cuarto de baño. Javier tuvo que echar la puerta abajo instantes después de oír el golpe.

Fue un golpe brutal. Un mareo repentino, un desmayo, y una contusión craneal tremenda. Todo respondió a un ataque de ansiedad.

El último sentimiento de Silvia antes de caer al suelo había sido de intensa rabia. Javier llamó a la ambulancia y Elsa vio salir a Silvia totalmente inconsciente, en camilla. Ocurrió justamente lo que Silvia nunca hubiera querido que sucediese.

Pero aquel día Elsa no se sintió victoriosa en absoluto. Javier estaba al lado de su mujer, inmensamente preocupado, sin separarse de ella. Ni siquiera la soltó de la mano cuando la subieron a la ambulancia. Y a ella ni la miró. Se limitó a ordenarle de forma fría y distante que fuese al juicio, que el tema era una auténtica tontería y que ella debía ser capaz de hacerlo sin excesiva complicación.

—Se trata de un desahucio, Elsa. El tema no da para más —había espetado Javier ante la mirada de angustia de Elsa.

Silvia no pudo oír esas palabras, pero a Javier le resonaron a lo largo de los siguientes días. “El tema no da para más”. Esa era la pura realidad.

El doctor Lahoz se quedó observando a Javier detenidamente. Le conmovió la forma en que le había expuesto los hechos. Javier había conseguido olvidar que era abogado. Había abandonado el discurso justificativo para pasar a explicar lo ocurrido desde su afectación, desde la sinceridad de sus emociones.

El doctor había actuado inicialmente con frialdad, en la seguridad de que Javier ofrecería un relato medido, contenido, quizás con un histrionismo impostado gracias a los conocimientos y su dominio de la oratoria. Pero se dio cuenta de que no era así. Aquel hombre estaba realmente angustiado.

Lo que había ocurrido aquel día era lo que el médico había supuesto; los momentos previos al accidente habían sido para Silvia unos instantes de gran tensión emocional, y esa misma tensión había determinado totalmente el

contenido de los sueños y recuerdos que conservaba del coma.

El traumatismo craneal que había sufrido Silvia había sido tremendo. La inmovilización de la paciente durante las horas inmediatamente posteriores al golpe fue imprescindible para minimizar la posibilidad de que se formara cualquier coágulo, bajo riesgo gravísimo de daño cerebral irreversible, incluso de muerte.

Silvia estuvo tres días en coma inducido.

Tres días en los que creyó haber salido de aquel cuarto de baño una vez Javier había marchado con Elsa.

Tres días en los que la mente de su paciente tomó una decisión y la llevó hasta Málaga y Ronda, donde su enfermera de cuidados intensivos y él mismo fueron sus compañeros de viaje.

Y en ese viaje también había ocurrido algo entre él y Lola. Se habían acercado de tal manera que Lola había comprobado lo mucho que él la amaba. Y por algún motivo Silvia había sido capaz de captarlo.

Tres días en los que su paciente recordó momentos muy felices de su vida: recordó a Pablo, su amor de juventud, y se planteó por qué había acabado casándose con Javier. Silvia había proyectado en Pablo todas sus dudas sobre su situación actual. Pablo fue el instrumento que le ofreció la posibilidad de plantearse por qué continuar con Javier.

Y, también en esos tres días, conoció a Paco, y ocurrió algo entre ellos que era absolutamente imposible de olvidar.

Paco era, sin duda, la personificación de su deseo. Su hombre deseado. En sus sueños, Silvia había construido a Paco a su medida, en un mundo ideal en que ese hombre venía a llenar su vida.

Pero el caso es que Paco existía. No era una fabulación. Y si Silvia había sido capaz de captar la historia entre él y Lola, no veía razón alguna por la cual no hubiera podido suceder algo trascendente entre ellos. La gran incógnita consistía en qué y sobre todo en cómo. Al doctor Lahoz esas premisas, como científico, se le escapaban por completo. Y tampoco sabía muy bien cómo manejarse ante tal situación; le aterraba hablar de todo lo que no tuviera una explicación lógica y racional, científica, en definitiva.

Y es que el doctor Lahoz tenía una mentalidad altamente científica. Se había especializado en neurología y en daño cerebral. Había huido de la psiquiatría, quizás por la impronta que le había dejado la convivencia con una madre afectada de salud mental, que había acabado con el equilibrio familiar a base de desquiciarlos a todos con sus continuos episodios maniaco depresivo. El

doctor no había sido capaz de aceptar la enfermedad de su madre ni siquiera desde la perspectiva de la ciencia. No había podido asumir ni comprender el daño que su madre le había causado cada vez que su fase depresiva la sumía en un ostracismo casi irreversible, o cada vez que los brotes maníacos la empujaban a cometer cualquiera de sus actos impulsivos, que la hacían desaparecer de casa durante varios días o semanas, para regresar cargada de mentiras y con la cara envuelta en lágrimas, hasta que era nuevamente ingresada y sedada hasta el límite de la despersonalización.

Mario Lahoz navegaba en esa desdibujada línea que confunde la enfermedad con el egoísmo, la afectación con la irresponsabilidad, y no podía evitar atribuir cada brote que sufría su madre a una suerte de falta de autocontrol consciente. Creía que bajo la enfermedad mental tenía que subyacer necesariamente, como elemento intrínseco, una debilidad personal. Y es que en cada episodio de lucidez y estabilidad de su madre quedaba casi convencido de la inexistencia de la enfermedad o de una recuperación milagrosa. Y cada recaída era un drama.

En las fases de lucidez intermitente su madre parecía tomar conciencia de su dolencia, por eso mismo Mario Lahoz pensaba que o bien su madre era un ser débil y egocéntrico, que era incapaz de controlarse, o tenía que existir algún aspecto científico que iba más allá de lo que le podía ofrecer la psiquiatría, materia en la que la medicina discurría de la mano de la psicología como recurso de soporte, y en la que la indefinición parecía ser denominador común de muchas lagunas científicas.

Por eso se había centrado en el estudio de la neurología, y en concreto en el de los neurotransmisores, en un intento empecinado de conferir una justificación aceptable a la conducta de su madre. Esa madre que le confundía con sus discursos inteligentes y aparentemente coherentes y con unos actos totalmente disruptivos, que habían acabado por quebrar la estabilidad emocional del hogar.

El doctor Lahoz había sido un niño querido, pero a la vez desatendido por una madre ahogada en sus neurosis, olvidadiza, incapaz de asumir responsabilidad alguna. Una madre que se dormía siempre que tenía que recogerle en la escuela porque se pasaba las noches en vela, incapaz de conciliar el sueño y dormía de día, en un afán de apartarse del mundo. O, sencillamente, una madre que desaparecía en persecución de vidas o sueños que jamás pudo encontrar junto a su familia.

A Mario Lahoz, la psiquiatría no le había dado respuestas suficientes. No le

había dado respuesta a esa serie de trastornos mentales complejos, que se confunden con el egoísmo. Odiaba también ese cajón de sastre que los psiquiatras se empeñan en calificar de trastorno no específico de la personalidad. Le parecía una salida fácil pero no resolutiva para aquellos enfermos que son plenamente capaces en unas áreas de su vida y un auténtico desorden en otros aspectos hasta el punto de condicionar su propia vida y la de otros.

La psiquiatría le había resultado demasiado vaga, demasiado resbaladiza. Necesitaba respuestas más matemáticas. Una matemática que diera explicación objetiva a las patologías conductuales y que las vinculase totalmente a la enfermedad mental. Esa enfermedad mental, tal como él la veía, debía sustentarse en elementos químicos y físicos exclusivamente. Lo inexplicable, lo emocional e intangible era, para él, algo vacío de contenido, algo incómodo.

Por todo ello se sentía cercano a Javier. Y le entendía.

Javier era como él había sido años atrás. Una persona muy objetiva y racional, que buscaba respuestas lógicas a hechos que se apartaban de la normalidad. Una persona poco amiga del mundo de las emociones. Y la distancia que apartaba a Javier de Silvia se situaba, precisamente, en esa delicada línea que separa lo visible de lo invisible.

Javier era como él había sido en los inicios del ejercicio de su profesión. En aquellos años no quiso trabajar en coordinación con otros ámbitos ajenos a la medicina.

Sin embargo, tras varios años de experiencia, movido por inquietudes que no podía orillar, se había apartado de la línea alopática para realizar algún curso de psicoanálisis y en ese punto le cambió el rumbo del pensamiento.

Los sueños, el inconsciente, la sedación, la hipnosis.

Y ahora, tras varios años de experiencia en dicho campo, le llegaba este caso; la experiencia médica con Silvia. Y tenía la seguridad interna de que ella, por algún motivo poco explicable desde la neurología, sabía mucho más de él y de Lola de lo que podía imaginar. Y, sobre todo, tenía la seguridad de que había entablado una conexión inconsciente con Paco.

Miró a Javier y pensó que debía saberlo.

Javier debía saber que Silvia había vivido una experiencia única en el mundo de los sueños y del recuerdo inconsciente.

Supo que al desvelarle esa realidad posiblemente incrementaría los temores de Javier, pero pensó que era la única forma de que pudiera afrontar todo

aquello con éxito.

Así que se lo explicó; el doctor Mario Lahoz decidió compartir con él lo que pensaba al respecto de todo lo ocurrido.

Y lo que pensaba era que Silvia había encontrado consuelo en un lugar al cual él no podía acceder, salvo que la quisiera de verdad.

Nunca un sueño fue más amenazador

### Silvia y Paco

Silvia y Paco quedaron al cabo de dos días después de su contacto por LinkedIn, cuando Silvia pudo organizárselo bien.

Hasta ese momento estuvieron comunicándose por wasap. Paco propuso hablar por teléfono, pero Silvia no quería oírle la voz ni que él oyese la suya. Prefería verle en persona, integrarle en el plano real de una vez por todas. Tenía un vago recuerdo de cómo había podido ser su voz en aquel sueño y sabía que era prácticamente imposible que se correspondiese con la realidad.

Le daba pavor encontrarse con una voz muy distinta a la idealizada.

La voz es importante. Un timbre de voz concreto, una cadencia en el habla, puede decir mucho de una persona y puede desmontar de un plumazo cualquier fantasía o esperanza.

Los mensajes habían sido numerosos. Largos textos en lo que Paco le había explicado todo lo que había logrado reconstruir. Le contó cómo había conseguido dar con ella. Paco había sido mucho más insistente e incisivo que Silvia con el doctor Lahoz y con Lola. Y la que había cedido finalmente a sus ruegos había sido Lola, ya que con el doctor Lahoz no tuvo nada a hacer.

Lola había sucumbido a sus súplicas por mera compasión. Todo fue gracias a lo que había ocurrido cuando Paco despertó. Paco había estado ingresado en cuidados intensivos los mismos días que Silvia, en la cama contigua. Él salía de una intervención quirúrgica de válvula de corazón y había sido sometido a una fuerte sedación, casi a un coma inducido.

Él también había tenido la misma experiencia: el sueño. Ese sueño que ya no se sabía si verdaderamente era tal. Pero en cualquier caso había viajado con ella en aquel tren AVE destino a Málaga, y de allí a Ronda.

Posiblemente el pistoletazo de salida a la conexión experimentada en el sueño lo habría dado Lola, la enfermera, al contarle al doctor Lahoz que estaba pensando en irse unos días a Ronda. Paco había vivido toda su infancia y parte de su juventud en Setenil de las Bodegas, muy cerca de dicha población, hasta que se trasladó a Barcelona para finalizar sus estudios superiores.

La mención de Ronda por parte de Lola debió ser a buen seguro el nexo común. El nombre de ese lugar, conocido por Silvia y por Paco, se había introducido en sus sueños construyendo una realidad paralela.

Que la batuta de todo aquel ensueño la había llevado Silvia, estaba claro.

Era como si de alguna forma ella hubiera sido el artífice de la conexión con Paco, con Lola y hasta con el mismo doctor Lahoz —Mario en el sueño—, en aquella pequeña habitación de cuidados intensivos. De alguna forma se había construido un mundo paralelo que Paco también recordaba perfectamente.

Paco le explicó que la noche que pasaron juntos en aquel hotel de Málaga no habían llegado a mantener relaciones íntimas, pero habían estado a un pelo de hacerlo.

—Eso es por la censura —le había escrito Silvia.

—¿La censura?

—Sí, hasta en el sueño estamos limitados por la censura. Hay determinadas cosas que no nos podemos permitir sentir o pensar ni siquiera estando inconscientes.

—Pues ahí tienes la prueba de que todo lo orquestaste tú. Vamos, que la única que pudo haber puesto esa censura de la que hablas eres tú.

—¿Y eso? —había preguntado Silvia casi adivinando la respuesta.

—Porque si por mí hubiera sido no habría habido límite alguno aquella noche.

Silvia leyó ese mensaje decenas de veces. Se sintió halagada. Pero aún se sintió más conmovida cuando Paco le confesó que las vivencias en ese espacio de tiempo y lugar soñados habían sido tan intensas que había llegado a enamorarse de ella de una forma que no podía explicar, y que, por esa misma razón, se había decidido por abordar a Lola una tarde, cuando la enfermera acabó su turno de trabajo.

Lola tampoco había podido olvidar aquella experiencia de sus pacientes. En los pocos días en que Silvia y Paco habían estado a su cargo Mario entraba con más asiduidad al área de cuidados intensivos, y todo había sido provocado por un comentario que ella le había hecho días atrás sobre la posibilidad de pedir la baja durante unas semanas.

En aquellos días en que Silvia y Paco parecían descansar inertes sobre sus camas, ajenos a todo lo que les rodeaba, Mario y Lola habían hablado mucho al amparo de aquella pequeña habitación, protegidos de miradas ajenas, y con la sola compañía de dos testigos silenciosos y aparentemente ausentes.

El sonido medido y cadencioso de los aparatos de respiración artificial y de los controladores de constantes susurraba a su lado invitándoles a verse con confidencias mutuas. El ambiente de ese pequeño cuarto les había conferido una atmósfera tranquilizadora y había facilitado una comunicación que era imposible de lograr en cualquier despacho de consulta de la clínica y mucho

menos en la cafetería del personal del centro médico.

Mario y Lola, después de esos días de descubrimiento mutuo, habían comenzado a quedar los fines de semana y poco a poco su relación había pasado a ser más íntima, aunque aún estaban en ese punto de temor que precede al instante en que uno acaba de abrir su corazón del todo.

Lola, en su fuero interno, creía que Silvia y Paco habían tenido mucho que ver en la magia que se había obrado entre ella y Mario. No acababa de saber exactamente de qué forma y por qué, pero sentía que era una realidad palpable.

Había quedado impactada por la reacción de Paco al despertar de la sedación; lo primero que había hecho aquel paciente al recobrar la conciencia había sido preguntar por Silvia. Aquella reacción era sorprendente de por sí, pero aun lo fue más en los términos en que lo hizo:

—¿Y Silvia? ¿Cómo está Silvia? ¿Está viva? ¿Dónde estoy? Lola, Mario....

Viva. Había preguntado si Silvia estaba viva, lo que inequívocamente significaba que había sido testigo de aquel misterioso accidente que Silvia había descrito como un empujón puente abajo.

Por eso cuando Lola vio a Paco al cabo de unos días tras su alta en la puerta de la clínica supo al instante a lo que venía.

Lola salía de su turno de noche. Estaba agotada porque había sido una jornada intensa. Hacia las doce, al poco de iniciar su turno, había entrado un niño de unos diez años con un shock anafiláctico por alergia a un medicamento. Habían estado controlando al pequeño hasta que transcurriesen las seis horas de efecto del medicamento en cuestión, vigilando que la histamina no provocase brotes inesperados en cualquier órgano de su cuerpo. La doctora de guardia estaba agotada tras haber realizado dos protocolos de reanimación y se había retirado a descansar un poco a la habitación que el personal de urgencias tenía destinada para echarse pequeñas cabezadas a lo largo de ese turno. La propia Lola se había ofrecido para controlar directamente al pequeño, y la guardia había sido intensa. Salía de su turno con unas ganas inmensas de llegar a casa, estirarse en la cama y dormir todo lo que pudiera hasta que hacia el mediodía comenzara a escucharse la inevitable algarabía de gritos de los hijos de sus vecinos, que regresaban del colegio para comer en casa.

Cuando vio a Paco esperándole pacientemente sentado en uno de los bancos de la pequeña plaza situada ante la puerta principal de la clínica pensó que se sentía incapaz de mediar palabra con él, pero decidió que fuera lo que fuese

que tuvieran que ventilar valdría más acometerlo definitivamente. Sabía que Paco había estado llamando al servicio de enfermería durante varios días, con insistencia, e incluso había dejado su número de teléfono para que respondiera a sus llamadas, así que estaba claro aquel hombre ni iba a cesar en su insistencia.

Ella no había respondido a ninguna de sus llamadas. Mario le había dado instrucciones precisas al respecto.

—Todo eso es una locura, Lola, una insensatez. Lo que sea que haya sucedido, pertenece al mundo de lo irreal. No se puede construir nada serio de una alucinación, o ni siquiera de una conexión inconsciente. Silvia es una mujer casada —le insistía—, tiene más de cuarenta años y una vida perfectamente organizada. Y Paco tendrá unos treinta y pocos. Ve a saber si tiene pareja o novia. Lola, ni tú ni yo, ni nadie de la clínica estamos aquí para ir conectando a personas entre sí y mucho menos para alimentar historias de amor abocadas a un fracaso seguro. Además, recuerda que estamos sujetos a la obligación de protección de datos. Cualquier filtración de datos que hagamos puede acarrearlos un problema. Imagínate que el marido de Silvia se entera de que damos los datos de su mujer a Paco. ¡Ese hombre es abogado! Puede denunciarnos directamente a dirección, así que ni se te ocurra. Olvídate de esto. No podemos contribuir a alentar las sugerencias de nadie, y mucho menos a facilitarles los datos mutuamente.

Pero Paco había insistido de tal forma que Lola no pudo evitar explicarle todo lo que sabía. Fueron a tomar un café a un establecimiento alejado de la clínica y Paco consiguió sacar de Lola todo lo que Silvia no había podido lograr.

—A Silvia le ocurrió lo mismo —le había dicho Lola.

—¿Lo mismo? ¿Qué quieres decir?

—Ella también se despertó convencida de que estaba en Ronda. Y de que Mario, bueno el doctor Lahoz, y yo habíamos estado con ella. Y contigo..., también contigo.

Paco se había acercado a Lola con los brazos estirados sobre la mesa alargando sus manos hasta casi tocarla, en un deseo ávido de que le explicara todo lo que supiera, lo que invitó a la enfermera a explicar con detalle todo lo que recordaba.

—Creyó que Mario, bueno, el doctor...

—Sí, Mario, yo también le conozco como Mario —apuntó Paco invitándola a continuar con mayor celeridad.

—Eso, creyó que Mario la había empujado puente abajo. Mario dice que eso se debe a que con sus palabras le impulsó a despertar del coma, y ella pudo haber dado esa lectura a tal instrucción en un estado inconsciente.

—Y ¿qué dijo? —preguntó Paco, deseando que Silvia hubiera preguntado por él— Me refiero a qué dijo Silvia al despertar.

—Preguntó por ti.

Paco suspiró, se levantó y fue a abrazar a Lola. Lola estalló en una carcajada y le devolvió el abrazo, aliviada de habérselo explicado finalmente. Le caía bien ese hombre. Le gustaba el modo en cómo defendía su amor por Silvia y cómo luchaba por localizarla.

—Mira Paco, yo me juego mucho en todo esto. Mario me ha prohibido tajantemente hablaros de lo ocurrido si Silvia o tú me preguntabais. El otro día su marido, el marido de Silvia...

—Entonces es verdad que está casada. No forma parte del sueño.

—No, eso es real— contestó Lola, tocándole la mano a Paco en señal de consuelo.

—Bueno... ¿Me decías? El otro día su marido...

—Sí, eso, el otro día su marido estuvo mucho rato hablando con Mario. Lo sé porque Mario me lo explicó todo. Ahora, Mario y yo salimos, desde...

—Desde el sueño de Silvia, que según Mario no es real. —rio Paco.

—Sí, desde el sueño.

—Pues eso, que Mario estuvo hablando con Javier. Según me dijo, Javier la quiere mucho, muchísimo. Pero tuvieron problemas hace un tiempo y la brecha sigue ahí. Según Mario ese hombre tiene ciertas dificultades para trasladar las emociones. Y parece ser que el accidente de Silvia fue por una discusión o algo así. Ella cayó en el coma tras una vivencia de rabia tremenda. Mario dice que por eso configuró un sueño a su medida y que tu...

—Soy el resultado de ese sueño. Soy, por decirlo de alguna manera, su hombre a medida.

—Más o menos.

—Puede que sea así, Lola. Pero ¿qué hay de mí? Yo también estuve en ese lugar. Yo pasé una noche con ella. Solo una. Vi cómo ella me miraba. Yo no estaba dormido. Bueno, en el sueño sí, pero era todo... como una película, es difícil de explicar. Yo sé lo que sentíamos tanto Silvia como yo. Fue como estar en dos dimensiones; una en que percibes tus propias sensaciones, y otra en que eres espectador del sueño y que te permite ver lo que los demás están sintiendo y pensando en cada momento. Por ejemplo, pude ver perfectamente

lo que pensaba Mario. Al principio tuvo unos celos enormes de mí. Pensaba que tú y yo habíamos conectado en exceso y que quizás acabaría por tener una aventura contigo. Y de verdad que estuve a punto, hasta que aparecieron ellos dos, Silvia y Mario, en escena y todo quedó clarísimo. Mario te ama con locura, desde hace mucho tiempo. Y Silvia, Silvia era, es, mi mujer perfecta. Mi amor ideal.

Lola hizo una intensa inspiración y al soltar el aire lo acompañó de ñas palabras que Paco esperaba oír.

—Se llama Silvia Pedrosa Gil. No creo que haya muchas personas que se llamen así. Es abogada y vive en Barcelona. Y tú y yo no nos hemos visto hoy —dijo Lola con el pulso acelerado.

—Lola, eres un sol. Lo supe en cuanto me senté a tu lado en ese vagón del tren AVE.

—Paco, no me vengas con historias —Se rio Lola—. Queda claro, ¿verdad?

—Sí, no te preocupes. Una última cosa. ¿Sabes si Mario le explicó a Javier que yo existía en la vida real?

Lola vaciló un instante.

—Sí. Pero me dijo que fue para tranquilizarlo y ayudarlo a que comprendiera lo que está pasando Silvia.

—¿Por qué?

—Se ve que ella afirma que existes y Javier cree que se ha quedado anclada en ese recuerdo.

Paco sonrió y cerró los ojos.

—Así que la única que sigue sin saber la verdad, a la única a la que nadie le ha dicho que lo ocurrido no es producto de su imaginación, es Silvia, ¿no?

—Eso parece.

—Una auténtica barbaridad y una crueldad, eso es lo que me parece a mí.

—Mira Paco, creo que Mario no lo hace por mala fe. Cree realmente que por tres días en coma una persona no va a cambiar su vida. Que por muy maravilloso que fuese lo que pasó en ese sueño, no deja de ser un sueño. No os conocéis, Paco, no sabes nada de ella, ni de su vida. ¿Entiendes? Os podéis dar un batacazo.

—O no. Lola. No sabes lo que pasó allí; lo que yo sentí y le dije. Lo que ella sintió al oírlo. Y que, además, es verdad. Es lo que ella necesita. Yo he estado en su corazón, he visto sus sentimientos. La conozco como ella misma y nadie me puede conocer mejor que ella.

—Ve con cuidado, por favor.

—La quiero. No podré ir con mayor cuidado. Una última pregunta, Lola, ¿por qué has decidido explicármelo?

—Porque sé que gracias a lo que ocurrió aquellos días en esa habitación Mario y yo estamos juntos. Algo pasó, algo se transformó en nosotros.

—Fue por Silvia.

—Lo sé. No tengo ninguna duda. Y Mario tampoco.

—Creo que Mario tiene miedo. Tiene miedo al amor. Te ha estado esperando mucho tiempo porque no ha sabido cómo acercarse a ti y ahora quiere salvar a Javier. Cosa de complicidad entre hombres. Y a mí me ha tocado el papel del malo. Ya ves, el malo, sin haber cruzado siquiera una palabra con Silvia.

—Nunca un sueño fue más amenazador —contestó Lola con voz queda. Paco estuvo a punto de decir algo más, pero se calló. Le dio un beso, le repitió nuevamente lo agradecido que estaba, y se despidió.

La frase de Lola quedó planeando sobre su cabeza: “Nunca un sueño fue más amenazador”.

En el plano real

### Silvia y Paco

Silvia y Paco estuvieron dudando en escoger cuál sería el mejor lugar para quedar en aquella primera cita tan extraña. No sabían cómo iban a saludarse ni cómo enfocarían la primera conversación que tendrían cara a cara. Si partirían de mucho o de nada. En realidad, eran unos totales desconocidos, pero a la vez compartían unas vivencias mucho más intensas que las que habían compartido con la mayoría de la gente a la que conocían.

Silvia había preferido un lugar público, que fuese tranquilo, pero con cierta afluencia de gente. La idea de quedarse a solas con Paco se le hacía muy cuesta arriba. Internamente lo deseaba, pero a la vez le daba un miedo tremendo. Si las primeras sensaciones eran buenas podía llegar a ser muy peligroso, pero si eran malas no estaba muy segura de poder ser sincera y marcharse sin más.

Paco se encontraba más seguro que ella, quizás porque tenía menos cosas que poner en riesgo, se jugaba menos en todo aquello. Además, había roto el hielo hablando del tema con Lola. Haber tenido la oportunidad de sincerarse con la enfermera, de pasar al plano real todos aquellos sentimientos que situaba entre lo fantasioso y lo objetivo, le había tranquilizado mucho.

Paco también tenía pareja, sí, pero la convivencia era relativa, parcial. Y el entusiasmo inicial hacía tiempo que había cedido a favor de una suerte de pacífica relación de amigos con derecho a roce. Un roce que cada vez se espaciaba más, víctima de la pereza y de la pasividad de lo conocido. Se mantenían más que nada por el entorno social, pero a veces cuando conversaban hasta se les escapaba comentar entre ellos si les había atraído una persona u otra. Entonces caían en la cuenta de que eran pareja, se arrepentían de esa sinceridad excesiva, sentían todavía una punzada de celos y se daba un nuevo y breve acercamiento, más físico que emocional.

Silvia, sin embargo, todavía llevaba aquella vivencia en su interior como algo oculto de lo que no podía hablar mucho, y menos con Javier. En ese mundo interno, los recuerdos y los sentimientos se habían ido modificando en función de las circunstancias y experiencias posteriores. Algunos de ellos enaltecidos y otros desdibujados en un recuerdo que de no poderse poner en palabras perdía su nitidez.

Quedaron en una pequeña cafetería en el barrio del Raval, en la plaza del Bonsuccès, cerca de la antigua Casa de la Maternidad.

Silvia solía ir por aquella zona cuando realizaba gestiones en la sede del distrito del Ayuntamiento en Ciutat Vella. Cuando iba por las mañanas, a primera hora, le gustaba el silencio que se respiraba en aquella zona tan cercana al centro comercial de la ciudad y a la vez tan recogida e íntima.

Siempre se detenía a mirar el estrecho agujero que a modo de ventana se abría en una de las paredes del antiguo edificio de la casa de huérfanos. Una ventana redonda, con marco de madera desgastada, a través de la cual manos anónimas depositaban bebés recién nacidos, que quedaban abandonados a su suerte. Tras esa pequeña ventana, la monja de guardia recogía a los expósitos víctimas de la pobreza, de la ignominia de amores inconfesables o de incestos vergonzosos, que crecían enfundados en batas de tergal como único atuendo sobre sus cuerpos menudos y sus cabezas rapadas y aseadas con desinfectante.

A Silvia le sorprendía que el edificio todavía mantuviese aquel terrible hueco como memoria de lo que nunca debe olvidarse. A veces, cuando no la veía nadie, se acercaba y acariciaba levemente el marco de madera ennegrecida y pulida, como si con su caricia rindiera homenaje a tanto sufrimiento.

Aquella zona de la ciudad conservaba en según que callejones y edificios los olores de la marginación, ahora con rostros de otras tierras y culturas, pero convivía con comercios y establecimientos como el que había elegido para encontrarse con Paco. Un establecimiento nuevo, cuidado, con mobiliario rústico y cálido. Un lugar especializado en productos naturales y caseros.

A Silvia le encantaba pasear por las angostas callejuelas del Raval. Y le gustaba especialmente ese lugar. Servían el café en unos pequeños boles sin asas que obligaban a ser sostenidos con ambas manos. Recipientes humeantes casi idénticos a los que contenían aquellas gachas soñadas de uno de los cuentos de su infancia.

Ella llegó primero, pero no le importó. Él hacía rato que estaba por las inmediaciones, esperando a verla llegar, pero nunca se lo diría.

Cuando se vieron se acercaron con rapidez atolondrada y se dieron dos besos. Entraron rápidamente en el interior del local, y casi sin mediar palabra se pusieron a mirar lo que iban a pedir. Silvia pidió un café con leche y Paco un zumo verde. Ambos exclamaron con infantil ilusión al contemplar una imponente tarta de zanahoria que se exhibía en el mostrador, cubierta por una campana de cristal, y decidieron compartir una porción. No la partieron en dos, sino que fueron cogiendo trozos alternativamente, como si se conocieran de toda la vida.

No empezaron a hablar hasta estar sentados y tranquilos. La conversación la había iniciado Silvia, mientras echaba el azúcar en el café con leche y se valía de la aparente concentración que ello le exigía para evitar mirarle directamente a los ojos:

—Bueno, Paco, pues por fin nos vemos —Hizo una pausa removiendo el café con la cucharilla, mientras veía por el rabillo del ojo que Paco la observaba con gesto tranquilo, lo que incrementó aún más su nerviosismo—. Mira, es que no sé ni por dónde comenzar, y creo que lo mejor es decírtelo, Paco, no sé de qué hablar. Tenía muchas cosas que decirte, cosas para preguntarte, no sé... Tengo la sensación de conocerte tanto y a la vez tan poco, que me resulta extraño estar contigo hoy por primera vez. No quisiera...

—Si te sirve de algo, Silvia, yo estoy igual, pero creo que no pasa nada. No nos preocupemos. Ya irá saliendo todo, ¿no crees?

Silvia suspiró aliviada ante la reacción de Paco.

—Además, hoy no te dormirás, supongo —continuó Paco, en un intento de dar un toque de humor a la conversación para tranquilizarse mutuamente.

Silvia se rio. Le pareció increíble estar en aquel lugar, con Paco, dando forma a lo que hasta ese momento había parecido una fantasía, incluso una obsesión. En las últimas semanas había dejado de pensar en él con tanta asiduidad, y por ello le parecía extraño que Paco hubiera entrado en su vida justo en aquel preciso momento en que se estaba rindiendo a la realidad. Se planteó si estaba en vías de olvidarle, pero al ver su mensaje en LinkedIn el recuerdo había vuelto a cobrar vida con fuerza. Y ahora lo tenía enfrente, hablándole de entonces. “Hoy no te dormirás”, había dicho, como si el sueño continuase en otro lugar, en otro espacio.

Por un instante sintió una sensación de error, de miedo ante algo que no debía haber ocurrido, algo que no debía estar haciendo. Pensó que era una auténtica locura haber quedado con él para abrir una vía que no se sabía muy bien a dónde les dirigiría. Pero desde que había leído su primer mensaje había recordado cada detalle de lo vivido, o lo soñado según Mario. Recordó el momento en que se había quedado dormida sobre su hombro, en el tren, camino de Ronda. La almohada que Paco había improvisado enrollando su bufanda para que ella descansara. Echó un rápido vistazo a la bufanda que Paco aún tenía sobre los hombros, y él se dio cuenta del detalle.

—¿Es la misma bufanda que viste en el sueño? — le preguntó.

—No —contestó Silvia, sorprendida de que Paco hubiera recordado el mismo instante.

—¡Claro que no! —exclamó Paco—. Esta me la compré hará unos quince días.

—¿Cómo puedes acordarte de lo de la bufanda? ¿Lo recuerdas todo, Paco? Es decir, ¿tienes tus propios recuerdos o crees que son los míos?

—No lo sé. Tengo la sensación de que fui parte de tu historia, de tu sueño. Todos lo fuimos. Tú lo orquestaste todo y yo entré ahí, atraído por algún motivo que no se puede explicar desde un punto de vista racional o lógico.

—O sí. Supongo que todo tiene su explicación. Otra cosa es que estemos preparados para creérnosla.

Paco enarcó las cejas y se aproximó a Silvia.

—¿Te había ocurrido en alguna otra ocasión? No me refiero al coma, sino a lo de conectar con alguien de esta forma, a nivel inconsciente.

—Sí, bueno, pero no exactamente de esta manera. Experiencias parecidas sí, alguna vez. De joven bastante más que ahora, poco a poco fui dejando de prestar atención al tema.

Paco mostró claro interés por escucharla y Silvia lo captó al instante. Le gustó ese interés sincero que Paco demostraba. En el entorno en que solía moverse no era habitual encontrar personas a las que les interesasen las experiencias psíquicas, y solía hablar del tema con cierta prevención, iniciando las conversaciones de forma prudente, fuese con un toque de humor o con apariencia de interés relativo, como había hecho con Paco. Solo si veía que su interlocutor estaba claramente interesado en el tema o compartía las mismas inquietudes que ella se atrevía a ir un paso más allá. Paco parecía estar en esa línea, pero no acababa de estar segura de ello. Decidió tantear un poco más el terreno para ver si el interés que había creído detectar en él era sincero o respondía únicamente a la voluntad de agradarle.

—Mira, antes me gustaba todo lo que sonaba a paranormal, esotérico... —continuó Silvia—. A ver si me explico; en realidad nada de superchería, sino más bien experiencias desde un enfoque energético, de percepción sensorial. No sé si sabes a qué me refiero. Me atraía mucho todo eso, quizás por aquello de sentirme distinta, de pensar que en algunas cosas iba por delante de otros. Tampoco te sabría decir qué podía ser cierto o qué parte venía alimentada por mi propia imaginación. Hace tiempo que dejé de creer en todas estas cosas. Bueno, más que dejar de creer, diría que dejé de prestarles tanta atención. En los últimos años quedaba lo residual.

—¿Lo residual?

—Sí, ya sabes; esas veces en que tienes sensaciones extrañas de que sucede

algo que ya has vivido, o que precisamente ocurre algo que acabas de presentir. Los déjà vu. Eso nos pasa casi a todos. Pero tienen cierta explicación. No deja de ser un eco cerebral, en realidad no has sentido nada, pero el cerebro hace un efecto eco. Eso es a lo que me refiero. Todos tenemos esa capacidad cerebral, pero hay quienes somos más sensibles que otros. Es decir, la conexión de nuestro inconsciente o preconscious con el consciente es más ágil.

—Algo he oído al respecto.

—Por ejemplo, y para compararlo con un tema muy objetivo; cuando te quemas primero notas un dolor agudo y breve y al segundo percibes otro dolor más intenso. Se trata de dos respuestas cerebrales ante el mismo estímulo físico. Pues en los déjà vu sucede algo muy parecido, pero se da en el plano inconsciente y luego consciente; a medida que estás viviendo el hecho crees haberlo vivido porque el cerebro ya lo ha captado anteriormente en cuestión de milésimas de segundo, pero tú no has sido consciente de ello, por eso cuando tienes la sensación de haberlo vivido no es más que esa conexión que se ha dado entre inconsciente y consciente, y que reverbera como un eco que no sabes cómo explicar. Es como un desfase entre consciente e inconsciente. Bueno, soberano rollo te estoy pegando...

—No, ¡en absoluto!, me encanta el tema. Pero me parece que en ti es algo más que esto que me cuentas, ¿no, Silvia? —le dijo Paco.

—No lo sé. Puede que sí. Pero no me sirve de nada. No lo sé gestionar. Es decir, no he querido que me sirva. Me puse una vez a prueba y supe que no eran suposiciones.

—¿A prueba? ¡Cuenta!

Silvia decidió soltarse y compartir con Paco algunas de las experiencias que había tenido. A fin de cuentas, no tenía nada que perder. Y Paco le daba la confianza suficiente como para continuar hablando de todo aquello.

—¿Sí? Pues allá voy. No sabes lo que has hecho pidiéndome que te hable de ello —Se rio—. Bueno, te cuento. Quise saber hasta qué punto tenía una capacidad especial para captar aquello que aparentemente no es perceptible a un nivel digamos, normal. Capacidad psíquica para captar aquello que se pueda captar, ¿entiendes? Nada de espiritismo, no vayas a pensar. Fue algo pseudocientífico.

—Va, va, al grano.

Paco fue consciente de que le fascinaba oírle hablar. Era ella, la Silvia que recordaba con toda nitidez. Hablaba con soltura, con fluidez. Hablaba mucho,

sin parar. Se notaba que le gustaba contar cosas, conversar. Y además tenía muchas cosas que decir. Cosas que parecía no poder decir en otro lugar. Se preguntó qué debía opinar Javier sobre estos temas, si Silvia los hablaba abiertamente con él, o su indiferencia, cosa que presumía, le cohibiría. Presintió que Javier debía estar en una onda bastante distinta a la de su mujer y que las conversaciones entre ellos debían haber quedado limitadas no tanto por los temas a hablar sino por los diferentes enfoques o formas de ver la vida.

Le gustó ver cómo Silvia se relajaba y le explicaba sus inquietudes con entusiasmo, dispuesta a contarle esa experiencia que, aunque ella vestía de experimento, prueba o algo pseudocientífico, como había dicho, no dejaba de ser una incursión en lo desconocido, en ese universo no controlable que a ambos les atraía y que muy posiblemente había sido el motor de su conexión.

—Fue algo muy especial. Ahí me quedó todo muy claro.

—¿Sí? ¿El qué?

—Verás: todo ocurrió en el curso de un taller que hizo un psiquiatra que investiga sobre estos temas.

—Déjame adivinar: Brian Weiss —afirmó Paco.

Silvia abrió los ojos en claro gesto de sorpresa y entusiasmo. El doctor Weiss era una persona muy conocida y sus libros se vendían en todo el mundo, pero su publicidad se concentraba en un público muy concreto. Tenías que estar claramente interesado en su teoría para conocer sus trabajos y sus talleres.

—¿Lo conoces? Pues vino a Barcelona y me enteré por pura casualidad, como ocurre con todo lo que nos suele estar predestinado. Fíjate, iba por la calle y se puso a llover a cántaros. Me metí por unas callejuelas por las que nunca había pasado y me refugié en el portal de una pequeña tienda. Era una librería esotérica, y allí, en un expositor que contenía trípticos de talleres, conferencias, etcétera, vi el anuncio de ese taller.

—Te doy toda la razón, las cosas importantes de la vida parecen ocurrir por mera causalidad —Paco no desaprovechó la ocasión para subrayarle a Silvia que su encuentro se trataba también de una circunstancia determinada por el destino. Silvia pensó que quizás hubiera sido mejor contener su entusiasmo y medir las palabras. Notaba que Paco quería ir mucho más rápido de lo que ella era capaz de afrontar en aquel momento— Pero bueno, volviendo al tema; por supuesto que lo conozco. Y quise ir a ese taller, pero no pude. Entonces no tenía...

Paco se calló. Silvia pensó que en aquella fecha Paco no debía tener ni veinte años. Paco pensó que Silvia seguramente ya estaba casada, y con hijos posiblemente. Ambos fueron conscientes de la diferencia de edad y, aunque a Paco no le importaba en absoluto, le supo mal haber apuntado el tema, pues era un aspecto que quería orillar. Tenía la sensación de que podía ser una de las trabas para que Silvia quisiera estar a su lado. Ella se dio cuenta al instante de la incomodidad de Paco, pero contestó con mucha habilidad.

—No tenías dinero. No lo pudiste pagar.

Paco asintió aliviado, sintiendo un intenso amor por ella. Silvia era una mujer inteligente, rápida y sensible. Se notaba que estaba acostumbrada a manejarse en situaciones embarazosas y en conversaciones de alta dificultad. Había conseguido ladear el tema de la edad y no dejarle en evidencia. Y, es más, había sabido captar su preocupación y no mostrar el pesar o molestia que le había podido causar su comentario.

—Pues te cuento —continuó Silvia—: fui con la hermana de Javier, que es médico. Fue algo curiosísimo; ella asistió con la idea de experimentar, iba con actitud científica y más bien escéptica, pero salió de allí con una idea mucho más flexible sobre el tema, es decir, infinitamente más convencida de las teorías de Weiss que yo misma, y eso que horas antes las cuestionaba con dureza. Creo que no pudo encontrar explicación científica a muchas de las cosas que pasaron allí, y no pudo negar las realidades, lo que vio. Sin embargo, yo, que iba totalmente dispuesta a vivir una experiencia, dijéramos, paranormal, salí muerta de miedo y cerrada en banda. Cerradísima. En realidad, a medio taller estuve a punto de irme, pero fue ella la que me mantuvo allí hasta el final.

—¿Irte de allí? Pero ¿por qué?

—Fue tan intenso... pude comprobar tantas cosas... No era un juego, no. Estos temas nunca habían sido un juego para mí, por supuesto, pero hasta aquel momento no lo había podido experimentar en toda su dimensión. Fue sobrecogedor. Me dio mucho miedo.

—¿Miedo de qué?

—En realidad, de mi propia reacción, Paco, por lo que me sucedió. Aquello solo podía explicarse de dos maneras: o realmente soy altamente perceptiva, y eso me da mucho respeto, o soy claramente sugestionable y aquello era una manipulación a gran escala, lo que, como podrás imaginar, aún da más pavor. No te puedes hacer la idea de la de gente que estaba allí en aquel centro de congresos Casi deseé no haberlo vivido.

—Pues no lo entiendo, tuvo que ser una experiencia genial.

—Como experiencia, sí, por supuesto. Aquel auditorio estaba lleno. Yo, para aquella época ya me había leído diversos trabajos de Weiss. Mi cuñada había experimentado con hipnosis e íbamos las dos muy preparadas. Es decir, sabíamos lo que iba a realizarse en aquel taller.

—Pues por eso te digo, Silvia, que no acabo de entender ese miedo. Sabías de qué trataba el taller, y que eres extremadamente perceptiva tampoco era un secreto. De hecho, es que si no lo hubieras sido no te habría interesado ir a un evento de esa naturaleza.

—Mira Paco, tuve miedo porque sufrí en exceso. Frivolizamos demasiado sobre estos temas y hay mucho más de lo que vemos, Paco, mucho más. Solo podemos captar una pequeñez, y lo demás, lo que hay más allá de lo que vemos o imaginamos es inacabable e incluso diría que aterrador. No sabes lo que es...—Silvia continuó casi en un susurro introspectivo— ver lo que fuiste alguna vez. Lo que viviste, lo que sentiste. Y lo peor es repetir, ¿sabes? Porque parece que aprendemos poco...

Silvia paró de hablar. Pareció concentrarse en ella misma. Entrelazó las manos y apretó los dedos. A los pocos segundos levantó la mirada y sonrió tímidamente.

Paco sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo. El doctor Brian Weiss había investigado mucho en el campo de la hipnosis y de las regresiones, y las personas que habían tenido esa experiencia difícilmente podían continuar viendo la vida como antes de haber pasado por ello. Se preguntó qué experiencias podría haber vivido Silvia en ese campo y pensó si él, de alguna forma, habría estado presente en su vida en algún otro momento. Le pareció una auténtica locura. Una de esas cosas que se piensan e incluso se dicen, pero que no se acaban de creer del todo. Era cierto, como decía Silvia, que se banalizaba demasiado sobre todos esos temas. Verse a uno mismo, de frente, en otra realidad intangible le aturdía. Pero Silvia hablaba de ello con una distancia medida, controlada. Quizás con mayor recelo que el que él mismo pudiera tener.

—Quizás en otra vida...—le dijo Silvia, mirándole a los ojos

—En otra vida ¿qué? —respondió Paco deseando haber compartido con ella otras vivencias, aunque no fuera capaz de recordarlas.

—Seguramente tú y yo en otra vida hemos sido mucho más de lo que somos ahora. Y ahora sencillamente nos hemos cruzado. Parece ser que eso es lo que nos ocurre; nos vamos encontrando habitualmente los mismos, las mismas

almas, pero en según qué momentos tan solo nos cruzamos unos instantes, como de paso.

Eso no era precisamente lo que Paco deseaba oír. Pensó que quizás era un recurso fácil por parte de Silvia para huir del presente. Sintió que Silvia se le escapaba por momentos. La posibilidad de haber vivido un ayer compartido o de poder experimentar un futuro juntos, tan atractiva como tema de conversación, tan inquietante como cuestión vital, podía dar carpetazo a la relación que él deseaba iniciar con ella. Esa posibilidad parecía ser un consuelo hecho a medida para Silvia. Pero para él esa respuesta no valía. Aun creyendo en todo aquello, la opción de un ayer o un mañana le era insuficiente. Paco era más partidario de vivir el momento, y no enterrarlo bajo la teoría de un cruce casual de caminos con un mero atisbo de conciencia, en recuerdo de algo o en espera de otra ocasión. Paco quería realidades palpables. Realidades que eran a la vez perfectamente compatibles con ese ciclo repetitivo del que hablaba Silvia. Un ciclo que aún confería mayor entidad a la coincidencia en esta vida, como un encuentro predestinado para ser realizado en un presente real y tangible.

Paco se incorporó de su asiento y echó su cuerpo hacia adelante cogiendo a Silvia de ambos brazos con ímpetu.

—No, en absoluto, Silvia —contestó enérgicamente—. Me niego a pensar que sea así. Esto no es un cruce de caminos sin más. No sé si hubo o habrá otra vida compartida, Silvia, eso tanto da. Creo firmemente en lo que me dices, sí, pero ello no nos debe hacer perder el criterio de la realidad. De momento, que sepamos, solo tenemos esta vida. Además, según tu teoría, si en otro momento hubo algo muy intenso entre nosotros este cruce no sería una simple casualidad, sino más bien una nueva oportunidad para volver a vivir una y otra vez lo mismo. ¿Te lo puedes imaginar?

Silvia decidió cambiar de tema rápidamente. Paco tenía muy claro lo que quería. Parecía no tener necesidad de conocerla mucho más. Posiblemente su situación vital fuera mucho más sencilla que la suya. El hecho de la conexión en el estado de coma les había llevado a hablar de temas resbaladizos y quizás ella había aprovechado, aunque fuera inconscientemente, esa línea de conversación para marcar unos límites que se veía poco capaz de imponer. Temió que la considerase una iluminada. A fin de cuentas, era la primera vez que quedaba con aquel hombre y había estado a punto de explicarle las experiencias que había tenido en aquel taller, algo que sabían muy pocas personas de su entorno. Personas en las que Silvia tenía una gran confianza,

que la conocían perfectamente y que no iban a juzgarla de una forma u otra en base a ese aspecto aislado. Así que se mordió la lengua. No podía explicarle a Paco, de ningún modo, aquellas experiencias en las que había visto a Javier, a su padre, a su abuela y a algunas personas queridas ocupando roles distintos en momentos pasados. Aquellas vidas en las que ella fue un hombre, un médico prestigioso de inicios del siglo XIX, y que no pudo salvar a Javier, entonces un niño cuidado por una madre llorosa, que era en esta vida su propia hija. ¿Cómo explicar estas locuras? ¿Cómo explicar que ella, sin ser médico en esta vida, conservaba una intuición médica que nadie se sabía explicar?

Pensó que a Paco no lo había visto. No lo recordaba ni reconocía en ninguna de aquellas vivencias ni lugares, aunque era cierto que en alguna de sus regresiones hubo presencias sin rostro, como la de aquel marido a quien clamó auxilio cuando se vio morir sobre la mesa de madera de una vieja cocina del siglo XVIII en su casa de la campiña inglesa. Fue un infarto repentino, siendo ella muy joven. Una muerte que sintió como triste e injusta, con la única compañía de su entonces hijo de tres años. Un niño que ella había reconocido en Dani en la presente vida.

Pensó que el recuerdo de aquellas experiencias sumado al coma sufrido hacía pocos meses estaba alterándola en exceso. Quizás estaba dando demasiada importancia a los recuerdos, a los sueños o a lo que quiera que fuesen esas vivencias que la vida le había puesto delante.

La palabra locura se balanceó sobre su cabeza nuevamente. Siempre había confundido la sensibilidad extrema con una suerte de locura, leve, pero locura a fin de cuentas. Cada vez que leía un informe psicológico judicial pensaba en los resultados que obtendría ella llegado el caso de que tuviera que ser sometida a un examen de ese tipo. Incluso en una ocasión le pidió a una perita judicial de confianza que le pasara varias baterías de personalidad. Únicamente salió lo que ya intuía: cierto nivel de ansiedad y una personalidad hipersensible.

De repente se arrepintió de estar sentada en aquella mesa junto a Paco y le asaltó la necesidad imperiosa de irse de allí y refugiarse en la realidad más objetiva que pudiese encontrar. Pero ya era tarde para lamentos, así que se forzó, como había hecho en tantas ocasiones, a redirigir su discurso hacia un punto más racional, incluso distante.

—Bueno, no quiero que creas que soy vidente o algo parecido. Puede que nos estemos yendo en exceso por lo trascendental, para ser la primera vez que nos vemos. Además, al final todo puede tener una base científica, como dice

Mario —le dijo a Paco riendo.

Paco captó el cambio de actitud al instante y supo que no debía forzar más el tema, por lo que muy hábilmente siguió a Silvia.

—Tú tampoco le llamas doctor Lahoz por lo que veo.

—Por Dios, me resulta imposible —rió Silvia, aliviada ante la reacción de Paco.

—Pobre Mario. Con razón no nos quiere ni ver. Con todo lo que sabemos de él. Pobre hombre —apuntó Paco, echando su espalda hacia atrás y apartando su cuerpo de la mesa, en un intento de relajar a Silvia.

—Sí, desde luego. Pero es buena persona, a pesar de su rigidez. Es posible que con Lola se vaya abriendo poco a poco.

—Conectaste mucho con ella, ¿verdad, Silvia? Quiero decir en el sueño.

—Sí. Pobre Lola. Ella también se subió al tren, nunca mejor dicho. Las dos nos subimos a ese tren, huyendo.

—¿Huyendo de qué, Silvia? —la expresión de Silvia cambió de nuevo mostrando señal de alerta. Paco pensó que quizás iba demasiado rápido. Pero había una alta probabilidad de que tras esa primera cita no hubiera una siguiente. No tenía tiempo de andarse por las ramas.

Silvia calló unos instantes. La idea de hablar de sus problemas personales y sobre todo de Javier la incomodaba. Evidentemente no le había contado a su marido que Paco la había localizado ni que llevaba dos días enviándose mensajes con él ni, por supuesto, que habían quedado. Javier no hubiera comprendido nada y se hubiera formado un buen altercado. Se sentía muy mal por ello. De hecho, se sentía fatal incluso por haber tenido aquel sueño. Y Javier lo notaba. Silvia no podía evitar sentirse como si le hubiera engañado, aunque se hubiera tratado de algo involuntario. Y es que en realidad había conectado con Paco emocionalmente de tal manera que en aquel sueño se había llegado a plantear no volver con Javier. De hecho, si no hubiera sido por los lloros de su hija Marina, que irrumpían en el sueño quizás como anclaje remoto a su vida real, hasta hubiera tenido tiempo de tomar esa decisión. Pero Mario la había lanzado puente abajo demasiado pronto. Posiblemente, si hubiera tenido más tiempo para vivir en aquel sueño, hubiera visto cosas en Paco que la hubieran disgustado, y en ese mismo sueño hubiera podido resolverlo todo. Quizás, también, hasta hubiera vuelto a hacer que Paco flirtease con Lola. Se había planteado muchas veces qué hubiera ocurrido de estar más días en coma. Incluso una noche se tomó varias pastillas para dormir con la intención de conseguir un sueño profundo, para ver si podía recuperar

aquel momento. Pero no había logrado soñar ni una vez más con Paco. Y la historia había quedado inacabada, abierta.

No sabía hasta qué punto Paco era consciente de sus sentimientos. Qué era lo que habría captado en aquellos días de ensoñación. Si lo que su mente construía se lo transmitía íntegramente o si solo le trasladaba las vivencias, pero no las emociones. Tampoco sabía si Paco era conocedor del momento vital que estaba pasando con su marido antes del accidente, es decir, de todo lo que había pasado con Elsa. De qué huía, le acababa de preguntar. Y eso mismo se preguntaba ella. Antes de que pudiera contestar nada, Paco le ahorró el mal trago:

—Silvia, lo sé. Fue como si hubiera estado dentro de tu mente, o más bien en tu corazón. De alguna forma fui capaz de percibir tus pensamientos y emociones. Sé cómo estás, o al menos cómo estabas con Javier en esos días, pero ya sabes lo que te dije.

Silvia guardó silencio, abrumada por la situación. Tenía dos opciones, levantarse de aquella mesa inmediatamente, despedirse y salir sin mirar hacia atrás o afrontar la conversación que había estado esperando tanto tiempo. Fue consciente de que Paco era una persona altamente adaptable. Había sorteado sus silencios y sus giros de actitud, y ahora, nuevamente, al salir en la conversación su situación con Javier, ella daba otro paso atrás. Así que, o se quedaba ante aquel hombre y asumía su decisión o se levantaba definitivamente, pero no podía continuar deshojando la margarita y manejando a su antojo a Paco quien, con paciencia infinita, estaba ante ella en búsqueda de respuestas, las mismas respuestas que ella deseaba obtener. Pensó que Paco era todo lo que había esperado, y el propio pensamiento le dio miedo. Miro a Paco preguntándose si también habría captado eso.

—Te asusta ver que soy como esperabas, ¿verdad, Silvia? —le dijo Paco.

Silvia negó con la cabeza y se mordió los labios en gesto de incredulidad. Ella misma se tenía por una persona perceptiva, pero no sabía cómo calificar la agilidad mental de aquel hombre que tenía ante ella.

—¿Sigues siendo capaz de leer mis pensamientos? —le contestó con inquietud.

—¡Por supuesto que no! —respondió Paco— Esto es conexión pura y dura. Creo que te conozco lo suficiente como para intuir lo que sientes en este momento. Y desde luego no quiero que lo pases mal por la conversación que estamos teniendo. Pero esto no tendría ni que decírtelo. Ya sabes lo que te dije aquella noche; no debes decidir nada, si es eso lo que te preocupa, no debes

tomar ninguna decisión.

Silvia asintió, pero le miró con tristeza.

—Paco, ¿cómo se supone que debemos seguir con nuestras vidas?, ¿eres consciente de mi situación?

—Sí. Totalmente.

—Estoy casada, y tengo dos hijos.

—Una hija.

—Bueno, una mía, y luego está Dani, que es como si lo fuera. Trabajo con Javier, en el mismo despacho. Estoy hecha un lio, y a ti te veo tan tranquilo, tan claro. Y tú, ¿tienes pareja? No sé nada de ti, Paco. Nada. Tú conoces mis sentimientos y parte de mi vida, pero en ese sueño no te pregunté apenas nada. Te aseguro que pensaba en hacerlo, pero la verdad es que solo quería hablar de mí, de mis problemas.

—Silvia, ya te he dicho que nos atrajiste a tu sueño, a mí, a Lola, a Mario. Todos acabamos ahí metidos. Te apoyaste en nosotros porque seguramente lo necesitabas, pero resulta que a mí me hiciste algo más. Y sí, lo tengo muy claro. Ya te lo dije; quiero estar contigo.

—Por Dios, Paco. Si es que no me conoces. No sabes cómo soy. Cómo me pongo cuando pierdo los estribos o cuando me obsesiono con algo. Me has idealizado.

—Todos nos idealizamos, Silvia, aunque nos conozcamos de verdad.

—No me has respondido, Paco, háblame de ti. ¿Tienes pareja? —insistió Silvia.

—Sí.

Silvia sintió un mazazo en el pecho. Una punzada de dolor.

—Pero no vivo con ella—apuntó Paco con rapidez—, y, de hecho, desde lo ocurrido, he ido separándome cada vez más. ¿Y tú?

—¿Cómo se llama? —preguntó Silvia intentando analizar el torbellino de emociones que le asaltaba.

—¿Qué? —respondió Paco dándose cuenta al instante de que le preguntaba por su novia—, Marta. Pero no vivimos juntos, Silvia. Las cosas no iban bien desde hacía tiempo y... Pero bueno, tú... te preguntaba cómo estás tú.

A Silvia le asaltó la incomodidad. Le molestaba hablar con Paco de Javier tanto como parecía que le fastidiaba a él hablar de Marta.

—¿Yo?, ¿qué? Ya sabes que estoy con Javier.

—Sí, pero me refiero a cómo sigues. Si ha cambiado algo entre vosotros o estáis en el mismo punto en que estabas cuando ocurrió el accidente.

Silvia pensó que sí, que algo había cambiado entre Javier y ella, y en realidad para bien. Posiblemente se debía a la desaparición de Elsa de sus vidas, ello había reducido notablemente las tensiones y tranquilizado los ánimos.

Pero también por Javier, por su actitud; parecía estar más sensible, más cercano. Realmente se estaba esforzando en recuperar una complicidad que se había ido enfriando con el tiempo.

—En parte estamos más tranquilos —contestó—. Javier ha cambiado mucho su actitud. Está más cercano.

—Pero sigues sin poder hablar con él, ¿verdad? Me refiero a que nunca has podido tener con Javier una conversación como ésta, como la que acabamos de tener, ¿me equivoco?

—Bueno, sí que hablamos, le explico cosas, pero a él no le acaban de interesar estos temas. No...

—A ver, Silvia, se trata de una cuestión de conexión. No son “estos temas”, se trata de ti. Las inquietudes no operan al margen de las personas. Esto que llamas tus temas, forma parte de ti, eres tú. Son las cosas que te mueven, que te interesan, en definitiva, lo que te apasiona.

—No sé, Paco. No es tan sencillo. Hay muchas más cosas en una pareja aparte de las inquietudes propias de uno u otro: hay vivencias, historia...

—¿Por qué subiste a ese tren?

—Fue un coma, Paco, ya lo sabes.

—No es eso. Quiero decir que en ese coma pudiste haber decidido ir a otro lugar. Podías haber pasado unas vacaciones de ensueño con Javier en cualquier paraíso del mundo, pero elegiste marcharte, y marcharte sola, sin decirselo a nadie. ¿Por qué acabaste en ese tren, Silvia?

—Porque me escapé, supongo.

—¿De él?

—En parte sí, Paco. Pero diría que escapé en general, de mi vida.

—Y ¿qué buscabas?

—Nada en especial. Estar sola. Desaparecer unos días. Supongo que saber si era capaz estar sola. Ver cómo me manejaba en esa situación. Estaba cansada, muy cansada. Harta de obligaciones.

—Pues la verdad que lo de irte sola me parece el plan perfecto, pero no lo conseguiste. Enseguida conectaste conmigo.

—Pues sí—Rio Silvia—, creo que eso va conmigo, no puedo estar sola ni aun inconsciente.

—¿Qué crees que hubieras hecho si no me hubieras conocido?

Silvia contestó casi sin pensar.

—Escribir.

Paco vio cómo le brillaban los ojos y su cuerpo se erguía de pasión. Una pasión inequívoca por aquello que llena, que sacia las ansias personales. Le sorprendió gratamente.

—¿Escribes, Silvia?

—Sí —La mirada de Silvia se iluminó aún más ante la idea de hablar de ello.

—Y ¿has publicado algo?

—De momento no. La verdad es que me da una vergüenza inmensa sacarlo a la luz, además es difícilísimo publicar para un autor desconocido.

—Nunca se sabe, en realidad todo es ponerse. Decidirse. Estoy seguro de que gustarías a mucha gente. La escritura es como todo en esta vida, depende mucho de la calidad, de lo interesante que sea la persona que escribe y de su habilidad para expresar cualquier nimiedad. El hecho menos relevante del mundo puede convertirse en un auténtico texto literario cuando se filtra por la mente y la pluma de según qué autores. Yo no he leído nada tuyo, pero a juzgar por tu capacidad para meternos a todos en el escenario que vivimos en ese sueño, soy capaz de vislumbrar cómo pueden ser tus textos. Soy bastante capaz de olfatearlo a la legua y tú hueles maravillosamente bien —le dijo Paco guiñándole un ojo—. ¿Alguien ha leído lo que escribes? ¿Javier, quizás...?

—Nadie.

—No me lo puedo creer. ¿Me lo dejarás leer algún día?

—A ti sí —le contestó Silvia sonriendo.

Paco exhaló un suspiro de relajación. A ti sí. Esa respuesta marcaba algo revelador. Por algún motivo Silvia había dejado de estar contenida. Por fin se acercaba a él, y no la iba a dejar escapar. Tenía la sensación de que si cerraba los ojos, cuando los volviera a abrir, todo habría sido otra vez un maldito sueño.

—Oye, ¿y si nos vamos de aquí? Creo que ha llegado el momento de estar solos, ¿no crees? —se atrevió a decir, aguantando la respiración.

—¿A dónde?

—A mi casa —contestó Paco, dando por hecho que no podía ser de otra forma.

Silvia calló unos instantes valorando las consecuencias de la decisión que iba a tomar. Paco se levantó y la cogió de la mano con gesto desenfadado.

—Venga Silvia, que somos mayorcitos y te juro y te prometo que me voy a portar como un auténtico caballero. Solo quiero que veas algo. Te va a gustar más de lo que puedes imaginar. Nuestros nexos son más intensos de lo que crees.

Silvia se levantó, cogió su bolso y salió con él.

Cuando es mejor no preguntar

### Silvia y Javier

Cuando Silvia abrió la puerta de su casa solo encontró silencio. Las luces estaban apagadas por completo. Ni siquiera la luz del ordenador de Dani estaba encendida.

Miró el reloj y vio que eran más de las doce y media de la noche, prácticamente la una. La última vez que lo había mirado eran las once y media y le había rogado a Paco que la dejase marchar, no podía retrasar más su llegada a casa, y menos sin haber avisado de tanta demora.

A las nueve y media había enviado un mensaje a Javier diciéndole que llegaría algo tarde. No supo qué motivo darle. No podía decirle que iba a casa de su madre ni de su hermana. No solía ir a esas horas, y menos quedarse a cenar. Además, hubiera sido fácilmente contrastable y no quería meter en un lío a su familia. Por otra parte, Javier hubiera pensado que si Silvia estaba en casa de un familiar a deshora era porque les habría pasado algo y posiblemente se habría ofrecido a ir a ayudar o a recogerla.

Silvia se dio cuenta de que no tenía amigas solteras o separadas a quienes recurrir. Por la razón que fuera, daba la casualidad de que prácticamente todas las amigas divorciadas que hubieran podido servirle de comodín vivían fuera de Barcelona. Y es que la mayor parte de amigos de la ciudad con quien se relacionaba eran comunes con Javier.

Silvia mantenía con celo a sus amistades. Cuando quedaba con sus propios amigos Javier acudía en contadas ocasiones, por eso habitualmente los veía entre semana, para comer o para tomar un café. Sus amigos no iban en la misma onda que su marido, y tampoco se sentía lo suficientemente libre si tenía a Javier al lado oyéndola hablar. En ocasiones, cuando reía abiertamente ante cualquier barbaridad que surgiera en las conversaciones que mantenía con su entorno de amistades, pensaba que no podría mostrarse con la misma soltura ante Javier. Con toda probabilidad su marido calificaría tales conversaciones de absurdas.

Quizás era cierto lo que le había comentado Paco; la conexión con Javier hacía aguas por bastantes puntos, desde los intereses comunes hasta las amistades.

Se sintió sola. Desamparada ante la realidad de no tener una persona cercana a la que recurrir. Alguien a quien explicarle todo lo que le estaba sucediendo y que le diera cobertura, aunque solo fuera una vez, esta vez.

Fue consciente de que había construido una vida virtual, nutrida de amigos de gran intensidad, pero de difícil acceso presencial. Amigos que eran compatibles con su otra vida; con su vida familiar. Ella no se podía permitir un amigo cercano porque corría el riesgo seguro de perderlo. Entre las exigencias laborales y familiares y el escaso tiempo de ocio, casi siempre dedicado a las aficiones o amistades de Javier o de sus hijos, había acabado totalmente absorbida por la vorágine familiar.

Así que no había tenido tiempo de inventar una excusa coherente, y sencillamente le dijo que llegaría algo tarde, pero desde luego no cerca de la una.

Entró en la habitación y rogó para que Javier ya estuviese dormido. Prefería afrontar lo que fuese que tuviera que pasar el día siguiente. Una discusión en ese momento y con todo lo que había vivido las horas previas sería del todo punto insostenible.

Caminó a tientas por la habitación, con la luz apagada, cogió el pijama de debajo de la almohada y se cambió rápidamente en la zona de vestidor, dejando la ropa sobre una silla donde acumulaban prendas por guardar en los armarios o por planchar.

Evitó encender la luz y ni siquiera fue al cuarto de baño a fin de no hacer ruido. Abrió las sábanas de su lado de la cama con cautela y se deslizó en silencio, efectuando el mínimo movimiento y sin siquiera recolocar la espalda. Se quedó totalmente quieta, boca arriba, con los brazos estirados a cada lado de su cuerpo y la mirada fija en el techo, que reflejaba una pálida luz azulada que se colaba entre las ranuras de la persiana.

Javier se giró de inmediato.

—Estaba preocupado. ¿Te ha pasado algo?

El tono de voz de Javier era extraño. No parecía enfadado, y tampoco preocupado, aunque le hubiera dicho que se sentía así. Su voz denotaba otro tipo de afectación más grave, más intensa. Denotaba miedo. Silvia sintió la necesidad de tranquilizarle, y de decirle la verdad.

—No. No te preocupes. No pasa nada. He hecho algo que debía hacer.

—Finalmente has encontrado a Paco —contestó Javier de modo directo, sin rodeos.

Silvia se quedó unos instantes callada, protegida por la oscuridad y aliviada por no tener que mirar directamente a los ojos de su marido. No supo qué decir. Le sorprendió que Javier hubiera dado por hecho que había quedado con Paco, pero le alarmó todavía más que exhibiese con tanta tranquilidad que

sabía que Paco existía, que era una realidad. Fue ella entonces quien se vio necesitada de hacer preguntas. Se incorporó, encendió la lámpara de su mesilla de noche y mirando, entonces sí, a Javier fijamente, le espetó:

—¿Cómo has sabido con quién he estado? ¿Me has seguido? ¿Me has intervenido el teléfono?

A Javier se le cayó el mundo al suelo. Se le demudó la expresión de la cara. Encogió el cuerpo, sentado en la cama, y hundió la cabeza entre sus rodillas. Silvia se dio cuenta de que Javier, en realidad, no sabía nada. Ni le había seguido ni sabía que había pasado la tarde entera con Paco. Le había lanzado aquella afirmación de que había encontrado a Paco sin querérselo creer del todo. Sencillamente se trataba de una de esas preguntas que se lanzan por desespero, una de esas preguntas de las que se espera un no por respuesta. Como cuando un amante le pregunta a otro si le ha dejado de querer y se encuentra con un sí inesperado. Pero el pesar por la desazón de Javier se mezcló amargamente con la rabia. La rabia por el engaño del que sentía que había sido víctima y que empezaba a intuir. La respuesta de Javier daba a entender, sin duda alguna, que era consciente de que Paco existía, que no había sido una imaginación suya y, muy probablemente, que todo el tiempo transcurrido desde el accidente había sabido la verdad. Y lo peor de todo era que se lo había ocultado deliberadamente aun viendo cómo ella se torturaba intentando atar todos aquellos cabos sueltos a los que no podía dar explicación. Se lo había ocultado posiblemente por miedo o por puro egoísmo, por lo que fuese. Casi le había llegado a convencer de que Paco era fruto de su fantasía. Y ella había llegado a pensar que estaba loca. Que estaba obsesionada con una idea intangible e irreal.

—Sabías que Paco existía y me lo ocultaste. No tenías derecho a hacer eso. Ni tú ni el doctor Lahoz. Porque ha sido él, ¿verdad? Fue él quien te habló de la existencia de Paco. No puede haber sido nadie más.

Silvia se sentía tremendamente mal. Hasta ese momento no se había planteado que del mismo modo que Paco había hablado con Lola su marido hubiera podido hablar con el doctor Lahoz. Paco tampoco le había comentado nada al respecto. Era muy posible que Lola le hubiese explicado a Paco que Javier, a su vez, había hablado con el doctor Lahoz, pero lo cierto es que el tema no había salido en la conversación de las pasadas horas. Y ahora se encontraba totalmente desubicada ante la situación.

En cualquier caso, la realidad era que Paco la había localizado y había contactado con ella, Javier sabía que Paco no era una fantasía, Lola y el doctor

Lahoz habían hablado con uno y con otro, todos a su alrededor eran conscientes de lo ocurrido. Todos menos ella. Todos habían hablado entre sí menos Paco con Javier, claro está, y todos menos Paco habían decidido que a ella no le convenía saber la verdad.

Habían decidido por ella. Habían convenido y orquestado que mantener la realidad oculta le iba a hacer bien. Y no habían cedido, ni su marido ni Lola ni el doctor Lahoz, a sus preguntas y ruegos. Eran las mentiras que creyeron precisas, las que otros consideraron aceptables, por su bien.

Miró a Javier con desdén mientras él asentía. Efectivamente, había sido el doctor Lahoz quien le había confirmado la existencia de Paco.

—Y ¿por qué me lo ocultaste? —exigió Silvia.

—Porque no te convenía saberlo.

Silvia se irritó.

—¿Que no me convenía saberlo? ¿Y eso quién lo decide? Yo creo que soy suficientemente autónoma como para saber qué es lo que me conviene o no, ¿no te parece, Javier?

Javier guardó un incómodo silencio.

—Creo que a quien no le convenía que apareciera Paco es a ti, ¿verdad? —continuó Silvia—. Por supuesto, es más fácil convencer a la boba de Silvia de que todo fue una ideación, y que se quede con un recuerdo, que enfrentarse a una realidad que te parece una amenaza. Y mira por donde, has conseguido el efecto contrario. Entre todos habéis conseguido darle más fuerza a la historia. Que el sueño creciera con el recuerdo.

Javier evitó contestar. Solo quería saber cómo había dado con él, quién de los dos había contactado con el otro y, sobre todo, qué habría ocurrido entre ellos.

—¿Tan bien te ha ido con él? —Se atrevió a preguntar finalmente.

Silvia se giró sin contestar. Por mucho que le explicara lo que había ocurrido aquella tarde y noche Javier pensaría únicamente lo que estuviera dispuesto a creer.

—¿Le localizaste tú o ha sido él?

—Él, Javier. Ha sido él, aunque te parezca increíble. Él se ha movido hasta localizarme. Yo no hubiera movido un dedo. Resulta que confié en mi marido y en el doctor Lahoz y casi llegué a convencerme de que todo había sido una alucinación. Pero él no. Él no ha parado hasta que alguien le ha dicho la verdad, y ha luchado con insistencia hasta conseguir algún dato que le permitiera dar conmigo. Qué cosas, ¿verdad? ¿A qué resulta raro que un

hombre casi quince años más joven que yo esté convencido de que tu mujer es la mujer de su vida? Ya ves...

Javier notó como la garganta se le estrechaba contraída por el miedo. Intentó tragar saliva sin que ella lo oyese. No quería que Silvia fuese testigo de su nerviosismo.

—¿Qué se supone que vas a hacer, Silvia?

—Pues no lo sé Javier. Supongo que nada.

—¿Nada?

—Hoy desde luego no. Estoy demasiado confusa y disgustada como para tomar cualquier tipo de decisión. Tampoco sabría ni qué decisión tomar. Creo que será mejor intentar dormir y ver cómo va evolucionando todo esto.

—¿Has estado todo el rato con él?

—Sí.

Silvia supo perfectamente lo que Javier le estaba preguntando.

—Y...

—No, Javier, no.

—¿Vas a volver a verle?

—Supongo que sí. Supongo que volveré a quedar.

—¿Me lo dirás?

—Sí, Javier. Te lo diré. Ya hemos tenido suficientes secretos por el momento, ¿no crees?

Silvia apagó la luz de su mesilla de noche, estiró la almohada sobre el colchón y se giró hacia el lado exterior de la cama para intentar conciliar el sueño, aunque era incapaz de conseguir la relajación mínima precisa para ello. Javier tampoco lo logró. Hacia las cuatro de la madrugada sintió cómo Javier se acercaba lentamente hacia ella hasta abrazarla por la espalda. Silvia sintió su calor y no le rechazó. A los pocos minutos se giró hacia él y se abrazaron de frente. Fue entonces cuando pudieron conciliar el sueño, casi al amanecer.

Un mar de dudas

Silvia, Marta y Paco

El segundo día que Silvia fue a casa de Paco se fijó en todos los detalles que le habían pasado inadvertidos la primera vez.

Le gustaba aquel pequeño apartamento cercano a la plaza del Sol, en el barrio de Gracia. Era el tipo de piso que ella habría soñado tener si en alguna etapa de su vida hubiera vivido sola. Se trataba del segundo piso de un edificio de tan solo dos plantas. Sencillo, discreto, con pocos y escogidos muebles y muchas estanterías para guardar libros. Una estrecha escalera daba acceso a un rellano de una sola puerta, tras la que se encontraba el pequeño recibidor de la vivienda con el espacio justo para un paragüero y la cuna para la perra raza beagle que era la única compañía de Paco. Desde el recibidor se abría una puerta de vidrio opaco que daba acceso directo a un comedor luminoso con cocina americana. Y desde esa estancia se abría otra puerta que daba acceso a un distribuidor poco más grande que el recibidor, desde el que se podía acceder a una habitación doble y a un cuarto de baño. Ahí acababa el piso de Paco.

Paco era una persona ordenada. Guardaba la ropa impolutamente doblada y colgada en percheros que colocaba a lo largo de estantes y módulos apilables, sin puertas, en una armonía de tejidos y colores que conferían a la estancia un aire de serenidad, pero a la vez de provisionalidad. Estaba claro que no convivía con nadie, salvo con Chiara, la beagle cariñosísima que no se había despegado de las piernas de Silvia desde el primer instante que entró en aquella casa.

Silvia había aprovechado un momento en que Paco fue al cuarto de baño para echar un rápido vistazo a aquellas prendas, sin detectar a primera vista ninguna que indicara la presencia habitual de una mujer. En un gesto de complicidad miró a la perra y le guiñó un ojo haciéndole a la vez el signo del silencio poniendo su índice sobre sus labios. Chiara pareció entender la consigna a la perfección y, en un alarde de solidaridad femenina, se apostó en el marco de la puerta de la habitación sin quitar ojo del cuarto de baño, como si quisiera interceptar cualquier movimiento de Paco a fin de alertar a Silvia de una posible irrupción en la habitación.

Una vez revisada rápidamente la habitación de Paco, Silvia se dispuso a escudriñar, con más tranquilidad, el comedor. Era, sin duda, la mejor dependencia del apartamento. Las paredes estaban forradas de estanterías de

libros. Paco los tenía a cientos. El primer día le había regalado uno muy simbólico: el primero que había publicado.

Paco era editor. Había estudiado filología y se había especializado en la corrección y edición de textos. Trabajaba solo, como profesional liberal, en su propia casa, con el ritmo que él mismo se imponía y el que a veces le marcaba la editorial para la que prestaba servicios mayoritariamente. Solía trabajar en textos profesionales y ensayos, y en ocasiones también escribía libros por encargo.

—Debe ser un trabajo apasionante —le había comentado Silvia.

—Pues supongo que como todos. A ver, no te voy a decir que no me gusta, me paso horas leyendo, y si no me gustara tendría un auténtico problema. Pero a veces me toca leer textos aburridísimos, insufribles. Y no te digo nada cuando se trata de reescribir. Tenemos un país plagado de grandes personajes.

—¿Qué quieres decir?

—Cualquier persona que se reconozca con algo de éxito en la vida cree que tiene mucho que contar.

Silvia se rio.

—Pues con estas premisas no sé yo si te voy a dar nada para leer.

—¡Que sí, mujer! Además, tú escribes novela. Yo me refiero a esos empresarios de éxito que se mueren por contar los inicios del negocio textil que fundó su familia en el Maresme o la historia de su empresa de componentes químicos. Esos hombres hechos a sí mismos, con una cartera inmensa de clientes y con relaciones en decenas de organizaciones altruistas. Ya sabes. El libro que asegura una venta mínima tan solo con ser distribuido entre contactos.

Silvia asintió. Lo que decía Paco era cierto. De hecho, ella misma lo experimentaba continuamente. Cada año por Navidad le llegaban al despacho uno o dos libros publicados por alguna de las empresas a las que prestaban servicio de asesoramiento legal. El mismo índice y la misma finalidad: los orígenes de la firma, el ideario, el factor humano, la gran familia que habían logrado formar, de dónde venimos y hacia dónde vamos. En fin, toda una declaración de intenciones empresarial y un deseo de perpetuidad que no transcendía más allá de una difusión garantizada que se traducían en varios ejemplares destinados a regalos de cortesía para clientes, asesores y otras empresas del sector.

—Así es —apuntó Silvia—. El libro que garantiza una mínima edición de salida.

—Ese mismo es el que suelo revisar yo. Pero mira, ¿sabes qué? Esta novela tuya va a ser nuestro secreto, ya que no me permites que haya otro. A falta de pan, buenas son tortas.

Silvia se rio. Sabía perfectamente a qué se refería. Paco no había hecho gesto alguno de acercamiento íntimo. Y eso, de momento, la tranquilizaba. Marta miró el móvil por enésima vez aquella tarde. Vio que Paco llevaba horas sin abrir la aplicación de wasap.

Pensó que seguramente debía estar inmerso en la lectura de algún manuscrito o concentrado viendo una de las películas de cine de autor que le gustaban.

Le escribió un mensaje y lo borró. Lo escribió nuevamente y estuvo a punto de enviárselo, pero la dignidad se lo impidió.

No se atrevía a llamarle. La relación que tenían impedía tácitamente mostrar ningún tipo de insistencia. Además, hacía varias semanas que no se veían. Paco le daba largas alegando que tenía que entregar un trabajo, pero ella le conocía lo suficientemente bien como para saber que ningún trabajo, por urgente que fuese, le había impedido quedar hasta la fecha.

Tenía la sensación de que la culpa de la situación la tenía ella, y que había sido así desde el principio. Nunca debía haber aceptado aquella relación de amistad con derecho a roce que parecía ser la solución mágica al gran enemigo del compromiso: el desgaste de pareja. Ella había aceptado esa relación a medias, pero tenía que reconocer que en el fondo lo había hecho con la intención de relajar a Paco y atraerlo poco a poco, en la convicción de que él vencería esa aversión al compromiso que había intuido desde el inicio de la relación.

Y ya llevaban dos años de esa forma. Cada uno en su casa, sin compartir más que algunos espacios y unos pocos días en vacaciones. Sin fiestas familiares y con los mínimos eventos compartidos en los que se les pudiera calificar de pareja.

Aquella tarde no pudo más y decidió hacérselo venir para quedar un rato con él. Valoró las posibles excusas o justificaciones para presentarse en su casa sin previo aviso y encontró la solución perfecta: la caldera del gas. El técnico se había demorado un día en venir a repararla y no tenía agua caliente en casa. Saldría a correr, aunque no tuviera gana alguna de ello y se presentaría en casa de Paco, sudando, con la excusa de darse una ducha. Aprovecharía para acercarse a él, seducirle una vez más e intentar reenfocar su relación. Se sentía con suficiente ánimo y valentía para ello.

Chiara abrió los ojos, se levantó alegremente y se dirigió hacia la puerta, moviendo la cola impetuosamente. Había oído y olido la presencia de Marta, que subía los escalones de dos en dos con la intención de llegar a casa de Paco lo más sudorosa posible.

Cuando Paco se fue a dar cuenta de ello ya oyó el tintineo de las llaves y el saludo de Marta.

—¿Hola? ¿Paco? —Marta vio la puerta del recibidor ligeramente entreabierta y la luz del comedor encendida. Le pareció escuchar la voz y el movimiento de alguna persona además de su novio y se quedó cohibida al instante. Se sintió obligada a dar una explicación por la irrupción sorpresiva que estaba haciendo—. Oye, que si estás trabajando no te molesto. Es que aún no ha venido el técnico de la caldera y he salido a correr. No había pensado en que debería ducharme y, desde luego, tal como voy, necesito una ducha urgentemente.

Cuando fue a abrir la puerta del comedor se encontró con Paco enfrente, como si intentara franquearle el paso. Su novio la miraba con gesto incómodo. Detrás de él y recién levantada del sofá había una chica algo mayor que ella. Le pareció notar que la mujer se recomponía la ropa, como si llevara un largo rato sentada en aquel lugar y quisiera dar una buena imagen o al menos una imagen de normalidad. Marta se centró en su propio aspecto. La idea de irrumpir jadeante en aquella habitación no le agradó. Si hubiera estado Paco solo, a buen seguro ya se hubiera quitado el top de deporte y hubiera exhibido ante él sus pechos sudorosos y brillantes. A Paco nunca le había importado el sudor. De hecho, le gustaba. No eran pocas las veces que habían entrado juntos en la ducha y habían salido abrazándose directamente hacia la cama, para hacer el amor mojados sobre la propia toalla. Pero en esa ocasión estaba claro que no iba a ser así.

—Hola Marta, te presento a Silvia.

—¿Silvia, la...? —Marta ahogó las palabras. No quería mostrar ante aquella mujer que era totalmente consciente de que sabía quién era. Que tenía ante sí a Silvia, la mujer del famoso sueño de Paco. Un sueño del que Paco le estuvo hablando durante varias semanas hasta que lo había creído olvidado. Y no, por lo visto no solo estaba presente todavía en su memoria, sino que, además, Paco debía haber removido Roma con Santiago hasta dar con ella. Se acercó y le dio la mano, previo intentar secar el sudor en la ajustada malla que cubría sus finos muslos.

Silvia le dio un apretón de manos y evitó hacer el gesto de darle dos besos.

Hubiera supuesto una violencia excesiva. Dio un vistazo ligero a Marta, en un deseo de valorar con mayor detenimiento a aquella mujer que se le presentaba como la pareja, novia o amiga especial de Paco. Marta era una chica de facciones finas y elegantes. Tenía un rostro armónico, que realzaba con su cabello recogido en una coleta alta que sujetaba una melena larga ligeramente pelirroja. Sus mejillas, enrojecidas como consecuencia del esfuerzo, quedaban enmarcadas por alegres mechones ondulados en un despeinado perfecto. Marta tenía una privilegiada complexión de huesos finos y largos músculos, pero a la vez atlética. Vestía una ropa técnica de deporte susceptible de delatar cualquier imperfección que Silvia no supo ver de un primer vistazo. Marta era una mujer muy atractiva, pero estaba compungida, claramente compungida. Silvia se sintió mal. Notó, igual que Marta, la distancia que Paco había puesto entre ellos y sintió cómo la culpa le roía las entrañas. Tuvo la necesidad de decirle que no se había acostado con Paco y que no lo haría, no. Pero tampoco podía prometerle que saldría de su vida.

—Bueno, yo...Encantada de saludarte. De hecho, ya me iba —dijo Silvia dirigiéndose al recibidor al tiempo que Paco la cogía ligeramente del brazo, en ademán de retenerla.

—¡Oh! Me sabe mal. Igual he venido en un mal momento. Quiero decir que no sabía que Paco estaba reunido —acertó a decir Marta dirigiéndose exclusivamente a Silvia y sin acabar de atreverse a mirar a Paco, por miedo a ver en su casa una expresión que le causara aún más dolor del que sentía.

—¡No! Que va. Paco me estaba contando sobre su trabajo y yo, bueno, da lo mismo. Yo me voy, que empieza a ser tarde —dijo Silvia cogiendo su chaqueta y cruzando el pequeño recibidor para salir al rellano. Al pasar al lado de Marta notó un olor dulce a sudor de agua y pudo percibir claramente su agitación. Desde ese ángulo se giró buscando la mirada de Paco que estaba inerte, lívido, como si la sangre hubiese huido de su rostro. Cerró la puerta tras de sí y bajó por la escalera con ganas de llegar a su casa lo antes posible. Ella también necesitaba una ducha urgentemente.

Marta se fue directa al cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha mientras pensaba en lo que diría cuando saliera de allí. Una vez bajo el agua recordó que ni siquiera había cogido ropa de recambio para cambiarse. Todavía guardaba en una caja situada en lo alto de un estante de la habitación de Paco una muda completa. Todavía, pensó, como si sus días en aquella casa estuvieran a punto de acabarse.

Pasados diez minutos se envolvió en una toalla y salió del cuarto de baño.

Al pasar por el distribuidor miró hacia el comedor y vio a Paco sentado en el sofá, con la mirada clavada en la ventana, pero sin mirar absolutamente nada. Se atrevió a acercarse a él. Quiso obtener respuestas rápidas. Quería saber cuanto antes lo que tuviera que suceder entre ellos, lo que fuese que le esperase tras aquella mirada. Se plantó delante de Paco y le sonrió. Hizo acopio de toda la positividad de la que fue capaz y le preguntó,

—¿Sigue mi ropa guardada donde siempre?

Paco levantó la cabeza y le miró con una sonrisa forzada. Marta supo en aquel mismo instante que la relación había llegado a su punto final. En cualquier otro momento Paco hubiera tirado de aquella maldita toalla y hubieran acabado por el sofá entre abrazos y risas. Pero solo la había mirado con cariño, con afecto sincero y con una sonrisa no carente de culpa.

—Va a ser mejor que me vaya, ¿verdad? —tuvo el valor de decir Marta.

—Marta, yo es que ahora...

—No es ahora, Paco. No es hoy, ¿me equivoco?

Paco negó con la cabeza.

—Lo siento. Lo siento de verdad —acertó a decirle. Marta se fue rápidamente hacia la habitación, bajó la caja del estante, se puso la ropa dejando la caja abierta sobre la cama, colgó la toalla en el perchero de la ducha y se dirigió hacia la puerta. Cuando llegó al recibidor sacó su llavero de uno de los bolsillos de su bolsa de deporte y separó varias de las llaves, dejándolas en un estante de la pared.

—Te dejo tus llaves aquí.

Paco se dio cuenta de que jamás le había pedido una copia de las de su casa. Se levantó del sofá con la intención de acercarse a ella y abrazarla, o besarla, o decir algo que pudiera dar cierre a aquella situación de una forma menos amarga, pero cuando estuvo en pie oyó cómo la puerta de entrada del piso se cerraba dejando un absoluto silencio tras de sí.

Se giró buscando a Chiara. Hacía rato que no oía a la perra. La encontró pegada a la ventana, como si quisiera mirar hacia la calle, quizás persiguiendo el rastro de Silvia, o el de Marta.

Un año después: de Barcelona a Málaga

En la misma fecha en que se cumplía un año del accidente, y a la misma hora, Silvia se subió en el tren AVE con destino a Málaga.

La calefacción estaba tan fuerte como ella recordaba.

A la altura de Zaragoza se levantó para dirigirse al vagón cafetería a por dos cafés y un hombre se la quedó mirando. Silvia sonrió abiertamente. Sabía que estaba guapa, más que guapa. Estaba todo lo maravillosa que una mujer puede estar cuando se siente feliz y segura. En esa ocasión no se quedó tan cortada como el año anterior. Aceptó el halago como algo natural y le devolvió la sonrisa de forma cortés, sin pretender dar lugar a iniciar conversación alguna.

Oyó una voz familiar y sonrió para sí misma. No le extrañó en absoluto. Aceptó esa realidad premonitoria con toda naturalidad. Lola y Mario habían tenido la misma idea que ella. Al final, el doctor Lahoz había resultado ser mucho más emocional de lo que aparentaba o quizás todo había sido consecuencia de las buenas artes de Lola.

Se acercó a ellos y les saludó con sincera alegría dándoles dos besos. Mario se mostró algo avergonzado. Lola, sin embargo, se echó a reír abiertamente.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Lola— Hemos tenido la misma idea.

—Bien pensado, creo que no podía ser de otra forma —respondió Silvia.

—Silvia, te tengo que agradecer tanto...—intervino Mario, mientras abrazaba a Lola.

Silvia miró a Lola. Se alegró de verles tan felices. Hacían una pareja perfecta. Tenían ese punto de desequilibrio necesario en toda relación que tuviera intención de cierta durabilidad.

—¿A mí? ¡No! creo que todo se lo has de agradecer a ella —contestó Silvia mirando a Lola—. Fue ella quien supo acercarse a ti, ¿no?

Mario encogió los hombros.

—Quizás. Pero ese sueño fue revelador.

—¿Ese sueño? —respondió Silvia.

—Silvia, ya sabes que no puedo verlo de otra forma —dijo Mario con cautela, en su calidad de médico.

—Ya lo sé, doctor. Por eso me lo ocultaste todo —le contestó Silvia en todo jocoso y sin dejar ninguno de recriminación.

—Sí Silvia, y te pedí disculpas en su momento y te las pediré tantas veces

necesites. Pero al final ha ido todo bien, ¿verdad? Al final encontraste a Paco, supiste la verdad, y todo se puso en su lugar.

Silvia asintió. Quizás Mario, al final, no había sido tan nulo emocionalmente hablando como ella había pensado. Puede que las cosas hubieran ocurrido de la forma concreta en que todo había sucedido precisamente por la decisión de Mario. Como él mismo había dicho, todo se había puesto en su lugar. Se despidió de ellos, cogió los dos cafés y se fue del vagón cafetería.

Poner las cosas en su lugar, había dicho Mario. La frase quedó resonando en la mente de Silvia. Se preguntó cuál era el lugar de las cosas, y si las cosas podían tener un lugar distinto según el momento de la vida en que ocurrieran. Se preguntó por el sentido del accidente. Por el porqué de todo; el porqué de aquel sueño, de la actitud de Mario, de la actitud de Javier, de Paco, de ella misma.

Cuando llegó a su asiento lo vio dormido. Sin duda la intensidad de la calefacción era tremenda. No lo quiso despertar. Se acercó a él y lo besó con ternura. Fue consciente de lo mucho que le quería, y de lo querida que se sentía.

Nunca había creído que alguien pudiera amarla de tal forma. Cuando Javier se despertó no la vio a su lado. Todavía no se había acostumbrado a no tenerla cerca. Desde aquella noche en que Silvia había llegado tan tarde de casa de Paco, la angustia le asaltaba sin tregua cada vez que se despertaba y era consciente de que no la tenía a su lado. Había pasado bastante tiempo, y aquella etapa debía estar superada, pero la tristeza había sido tan intensa que era algo visceral, casi automático. Había sentido la amenaza real de perderla.

La vio llegar desde el vagón contiguo, tambaleándose por el movimiento del tren. La seguían dos personas: el doctor Lahoz y aquella enfermera. Lola, recordó. La enfermera de cuidados intensivos. Miró la mesa del asiento situado a su izquierda y vio dos vasos de plástico; uno de ellos vacío y el otro con un café ya frío.

Lo dedujo enseguida: Silvia había ido al vagón cafetería y seguramente habría coincidido con ellos. Luego, al verle dormido, habría regresado al bar para continuar charlando un rato.

El doctor Lahoz le dio un caluroso apretón de manos, pero Javier se levantó y le dio un fuerte abrazo. Le alegró enormemente encontrar a Mario en aquel tren.

Lola y Silvia se miraron sonrientes.

Silvia pensó que seguramente los dos hombres se harían amigos. En realidad, tenían una personalidad muy parecida y unas vivencias muy intensas en las que ya se habían medido convenientemente el pulso. Los dos eran algo torpes emocionalmente hablando y poco flexibles. Javier parecía tener un especial afecto por aquel hombre. Posiblemente Mario había conseguido mover algo en él. Le había dicho la verdad sobre la existencia de Paco, y se habían puesto de acuerdo para ocultárselo a ella, por el motivo que fuese, pero en todo caso por una causa que les vinculaba personalmente.

Posiblemente en esta ocasión las relaciones estarían equilibradas, y ella también podría entablar con Lola el mismo tipo de amistad que parecía que Javier podría llegar a tener con Mario.

Lola le gustaba, era una de esas personas que miran a la vida de frente, de las que son lo suficientemente arriesgadas como para aceptar las incidencias del destino y seguir el camino que tenga que venir. Por eso mismo había acabado por facilitarle sus datos a Paco. Todo había sido una sinergia.

Silvia pensó en Paco y se entristeció.

Paco había sido esencial en aquella curiosa partida de ajedrez en la que todos se vieron inmersos sin querer. Había sido el eje central de todo lo ocurrido en aquella primera ocasión en que había hecho el mismo recorrido de tren, y ahora era el único que no estaba. Paco había sido, en realidad, el nexo de unión de todos ellos, el motivo de acercamiento entre Mario y Javier, incluso el motor que había vuelto a dar impulso a su relación de pareja.

Paco, sin saberlo y sin quererlo, sobre todo sin quererlo, había sido la clave para que todo lo demás sucediera, como en un plan minucioso, previsto al milímetro. Un plan que él jamás hubiera querido. Encontrar a Lola y Mario en el tren reforzaba, sin duda, la ausencia de Paco.

Lola lo captó al instante y se la llevó de allí. Las lágrimas de Silvia eran casi incontenibles.

—Nos vamos a la cafetería —dijo Lola.

—¿Otra vez? —preguntó Javier.

Mario se dio cuenta de todo.

—Eso, id y traedle otro café a este hombre, que este ya está para tirar —dijo echando un vistazo al vaso de café helado que estaba sobre la mesa del asiento del tren.

Silvia y Lola cruzaron el vagón con rapidez y se pararon en el descansillo de acceso a la cafetería. Silvia no era capaz de hablar. Detestaba hablar entre

sollozos. Lola respetó su silencio. Ambas se pusieron a mirar por la ventana, hasta que Silvia se giró hacia ella y le dirigió una sonrisa forzada.

—No sé qué debes pensar de todo esto. Debes pensar que no he sido lo suficientemente valiente como para tomar una decisión, ¿verdad?

Lola la cogió del brazo con cariño.

—A ver Silvia, la decisión yo creo que la has tomado. Y tengo la sensación de que has tomado la más difícil, por mucho que te parezca lo contrario. Es más complicado renunciar a un sueño que lanzarse a por él, ¿no?

—¿Tú crees?

—Yo creo que sí. En según qué momentos de la vida todos tenemos motivos para lanzarnos al vacío y justificar cualquier locura. Y tú has optado por todo lo contrario.

—Yo hice una locura. Claro que la hice —contestó Silvia en voz queda.

—No. Tú tuviste un sueño, solo un sueño, Silvia. Una fantasía con personajes reales, pero nada más.

—Pero él apareció. Paco era...es real.

—Sí, pero lo que fuera que pasó ocurrió en esos días concretos. En un estado del que no podías responder, y luego...

—Luego fue real, Lola. Luego me buscó. Me encontró y todo pasó al plano real.

Lola no supo qué contestarle. Supuso que a tales alturas Silvia ya debía saber que Paco había contactado con ella gracias a sus indicaciones.

—Nos vimos varias veces —continuó Silvia.

—Bueno. No pasa nada Silvia. Seguramente es lo que debía ocurrir. Todo había sido demasiado especial, demasiado intenso como para no indagar en ello. Yo también lo habría hecho. Creo que todos lo habríamos hecho.

—Menos Javier y Mario.

—Bueno, sí, menos ellos, pero es que ellos son distintos. No se hubieran arriesgado. Quisieron echar tierra sobre el asunto por miedo. En concreto, por miedo a que te largaras con Paco. Pero querría saber si habrían reaccionado del mismo modo si hubieran estado en tu lugar.

—Lola, Paco era tal como lo soñé —Lola la escuchó en silencio—. Paco era, es, todo lo que he deseado siempre. La conexión es brutal, perfecta, tanto física como emocionalmente.

—Y ¿qué ocurrió?

—Pasó lo que nunca pensé que pasaría.

—¿Qué?

—Que Javier reaccionó como jamás hubiera podido prever. Cuando se enteró de que me veía con Paco me desmarcó por completo. No me lo puso nada fácil.

—No te entiendo.

—Ni una discusión, ni un reproche, nada. Solo me preguntó cómo me sentía, qué me ocurría, qué pensaba hacer. No me presionó, no montó siquiera un espectáculo. Yo veía la preocupación en su mirada, en su voz, el temblor cuando hablábamos de ello. Pero ni siquiera quiso mostrar su tristeza para no condicionarme. Y finalmente me dijo lo que jamás creí que me podría decir.

—¿Qué te dijo? —preguntó Lola.

—Lo mismo que Paco me había dicho en el sueño; que quería que fuese feliz, que no me pedía nada, que solo quería estar conmigo, pero que yo era libre de decidir lo que quisiera. Y lo mejor de todo es que yo nunca le dije esas palabras que me había dicho Paco. Nunca se lo llegué a explicar.

—Pues me parece una pasada, la verdad.

—Hubiera sido mucho más sencillo si cualquiera de los dos me hubiera dado un motivo para tomar una decisión. Cuando uno está enfadado es mucho más fácil dar un paso adelante sin mirar atrás. Pero en esa situación me lo tuve que comer yo sola, y en realidad todo ocurrió por una casualidad. Yo no busqué a Paco. Yo no decidí soñarle. Me caí, me golpeé la cabeza y él apareció en mi vida. Luego todo fue fruto de la casualidad.

—Y de mi indiscreción —dijo Lola. Silvia rio.

—En parte sí, pero creo que ha sido positivo que Paco saliera a la luz y que la relación que teníamos Javier y yo tuviera el revulsivo que ha tenido.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Por qué Javier, ¿verdad?

Lola asintió. Silvia levantó la mirada por encima del hombro de Lola y sonrió. Mario y Javier venían paseando por el pasillo del tren hacia ellas. Agradeció no tener que extenderse en explicaciones. Todavía tenía muy reciente la última conversación con Paco y recordarlo le dolía.

—Quizás me enamoré de las palabras oídas en un sueño, pero Javier me las dijo en el mundo real —contestó.

A veces suceden cosas que nos parecen un sueño, aunque no lo son.

El sueño dejó de serlo el día que Silvia se acostó con Paco. No lo había previsto. De hecho, se había prometido no caer en ello. Pero uno no se puede poner a prueba en exceso, y menos cuando ve que el camino por el que transita resulta más que agradable, perfecto.

El primer día que fue a casa de Paco entró con la convicción de que no se acostaría con él. Paco tampoco se lo propuso. Aquel día, al despedirse, solo se abrazaron. Se abrazaron intensamente y se dieron dos besos intensos, de los que los labios de uno buscan la proximidad de los labios del otro, se separaron y volvieron a abrazarse aún con más fuerza, en un deseo de cercanía. Se sonrieron, y Silvia se fue.

El siguiente día que volvieron a quedar se vieron en la misma cafetería y en esa ocasión ni siquiera fueron a casa de Paco. Dieron un largo paseo por la playa y cuando se cansaron de caminar se tendieron sobre una toalla, en la arena. Paco lo había previsto todo. Estuvieron hablando durante horas. Paco la miraba con una admiración y un afecto que la estremecían. Silvia no recordaba haberse sentido tan cómoda en mucho tiempo. Era como tener la seguridad de un amor sincero. Una sensación de plenitud indescriptible. Ese día se besaron en un beso perfecto, que fue seguido de varios más, hasta tener la sensación de que el cuerpo desaparecía por completo en un espacio carente de gravedad, tiempo y forma, sin peso, sin contornos, sin más realidad que los labios. Hubieran estado besándose infinitamente. Ese día creyó que la decisión no podría ser otra que quedarse al lado de Paco toda su vida. Tuvo terror al volver a casa y mirar a Javier a los ojos. Pero consiguió hacerlo.

El tercer día sintió que se acercaba a Paco de forma acelerada, pero irrumpió Marta inesperadamente y salió de aquella casa despidiéndose con un sentimiento de culpa inmenso. Después de aquel día tardaron casi dos semanas en volver a quedar. Paco le había escrito varios mensajes aquella misma noche diciéndole que la relación con Marta se había acabado para siempre y, lejos de sentirse mejor, la sensación de culpa no hizo más que aumentar.

El cuarto día que se vieron quedaron directamente en el piso de Paco y nada más verse se fundieron en un abrazo del cual no fueron capaces de despegarse. Cuando tomó conciencia de lo que estaba ocurriendo ya había superado todas las líneas que jamás creyó franqueables.

Nunca había entrado en sus planes acostarse con Paco, ni él se lo había propuesto. Hay cosas que no se proponen, suceden. Los besos silenciosos les llevaron a ello, sigilosamente, con una pasión tranquila, si ello puede existir. Con una naturalidad y dulzura propia de las parejas que se conocen bien. Una guía inconsciente les llevó a mover manos y cuerpos como en una danza estructurada, una coreografía practicada desde el alma. Sin golpes, sin un roce de más. Sin calor, ni frío, ni sudor, ni nada que pareciera terrenal y humano.

Aquella tarde quedaron convencidos de su amor. Y Silvia supo que no

pasaría un día más sin salir de la indefinición.

Salió de casa de Paco pasadas las diez de la noche. Nunca recordaría por dónde caminó, ni qué cadena de pensamientos le llevaron a tomar la decisión. De hecho, es que no sabía siquiera que estaba tomando la decisión más importante de su vida. Abrió la puerta de casa y nuevamente encontró las luces apagadas. Miró el reloj y vio que eran más de las doce de la noche. Había estado dos horas deambulando por la ciudad.

Cuando se metió en la cama Javier encendió la luz de su mesilla de noche, se giró, la abrazó y la miró a los ojos con una mirada limpia y transparente.

—No sé si voy a ser capaz de soportar todo esto mucho más —le dijo con pesar—. Mira Silvia, yo lo que deseo es que seas feliz, no te pido nada. Todo esto se nos ha ido de las manos. Hemos perdido pie y no sé cómo hacer para darle la vuelta a todo lo ocurrido. Quisiera, de corazón, que me amaras y que fueras feliz conmigo. Estar juntos el resto de nuestros días, pero eres libre de decidir lo que quieras, y...

—Es la última vez que le veo —respondió Silvia. Le besó y se pegó a él.

Silvia estuvo a punto de decir algo, pero Javier le puso un dedo sobre los labios sellándoselos.

—No es necesario. No quiero saber. Ya me has dicho todo lo que necesitaba oír.

—Pero no quisiera que creyeses que...—Silvia quiso decirle que durante todo ese tiempo lo que había ocurrido entre Paco y ella era bastante menos que lo que Javier podía estar imaginando. Que hubo esa vez, sí, una vez. Y que de hecho no estaba siquiera segura de ello. Segura de nada. Que en realidad lo imaginado fuese más que lo ocurrido. Posiblemente fuese mejor seguir el consejo de Javier y callar.

Javier intentó acercarse más para hacer el amor, pero Silvia le evitó con un abrazo intenso.

—Prefiero estar así.

Javier no preguntó más y Silvia no le explicó lo que había sucedido.

Había decidido dejar a Paco. Eso estaba claro. Ya lo había dicho. Las palabras habían salido de su boca de forma automática, y ahora tenía que pensar por qué. Le había dado una respuesta a Javier sin siquiera pensarla, pero confió en su decisión. En realidad, todo había ido saliendo de forma inconsciente, todo. Desde conocer a Paco, pasando por el primer beso, por aquella última tarde juntos, y ahora por esa decisión tomada a vuelta de una pregunta.

Oyó unos pasos rápidos por el pasillo y vio que la puerta de la habitación se entreabría. Una pequeña figura asomaba la cabeza oteando en la oscuridad. Era su hija, Marina.

La niña subió a la cama y se deslizó desde los pies de la misma hasta ponerse de rodillas en medio, mirándoles fijamente. Era una costumbre que tenía desde bien pequeña, y a pesar de vivir parte del año fuera de casa seguía haciéndolo cada vez que regresaba a pasar periodos de vacaciones o días festivos.

—Marina, son más de las doce de la noche ¿qué pasa? —preguntó Silvia.

—Nada, te estaba esperando —dijo la niña.

—Pues venga, ve a tu cama, que es tarde. Dale un beso a mamá y a dormir, que no son horas de estar deambulando por casa —apuntó Javier—. Además, no te metas en medio, pesada.

La niña les desentrelazó los brazos y se estiró entre ellos.

—Jolines, qué pesados que sois. Tantos años juntos y ahí abrazados.

Javier pasó por encima del cuerpecillo de su hija, se echó encima de Silvia y la besó.

—Ay, jolines, ¡qué vergüenza! Mamá, dile que te deje.

—¿Te da vergüenza que esté enamorado de tu madre? —dijo Javier.

—Bah, ¡qué agobio! —exclamó la cría mientras salía de la cama deslizándose nuevamente hacia sus pies.

Marina salió a todo correr de la habitación. Silvia se levantó tras ella para arroparla y darle un beso, y al volver se encontró con Javier medio dormido. Tenía una sonrisa de relajación en los labios. Se metió en la cama y le abrazó por la espalda, notó su calor y se sintió feliz y segura.

Supo que había tomado una buena decisión.

Un año después: Setenil

Paco

Nunca encuentras un lugar lo suficientemente escondido cuando deseas desaparecer.

Un olor de humedad le asaltó al abrir la puerta del caserón. Hacía años que nadie vivía en él.

Su madre había llamado a una vecina del pueblo para que entrase en la casa, la limpiara a fondo y probase las instalaciones, sobre todo las del agua. No era la primera vez que se estropeaban los grifos a fuerza de no usarlos.

Recordó que Silvia le había dicho que había ido a Setenil de las Bodegas cuando era joven, con aquel novio de Ronda, Pablo.

En esta ocasión no quiso coger el tren AVE. Prefirió coger el avión hasta Cádiz y desde allí el autobús hasta Setenil. Algo le decía que Silvia iba a volver a Málaga en esa precisa fecha y no hubiera podido resistir verla, y mucho menos al lado de Javier.

Siempre se reprocharía haber sido tan cauteloso, tan prudente.

Aquella noche que hicieron el amor no debió permitirle marchar de su casa. Aquel concreto día, de aquel concreto año, cuando los astros, las estrellas y la luna estaban situados en una conjunción irrepitible, Silvia estuvo casi a punto de quedarse con él.

Casi a punto. Le fue de pelos.

Aquel concreto día, de aquel concreto año, un poco después, tan solo dos horas después, los astros se habían movido en el firmamento de manera imperceptible pero demoledora, y otro hombre había dicho las palabras perfectas. Y esas palabras perfectas eran mucho más que un te quiero.

Tenía que haberle dicho que él tampoco podía soportar verla marchar a su casa. Sí, tenía que habérselo dicho y a lo mejor, si lo hubiera hecho, si se lo hubiera dicho cuando la vio vestirse a los pies de la cama, ella se hubiera quedado con él. O quizás no. Eso no lo podría saber nunca.

Cuando Silvia cerró la puerta de su apartamento aquella noche y él la vio marchar asomado a la ventana, ella se giró desde la calle y le dijo adiós con la mano. Hubo algo extraño en aquel gesto. Algo que no le dejó dormir en toda la noche. No pudo siquiera rememorar lo maravillosas que habían sido las horas anteriores.

A las doce y diez de la noche sintió un escalofrío y un abatimiento absoluto. Miró por la ventana y ya no vio la luna. Estuvo a punto de enviarle un wasap,

pero pensó que ya no llegaba a tiempo, a tiempo de lo que fuese que tuviera que llegar a tiempo.

Al día siguiente, antes de las nueve, recibió la temida llamada.

Hablaron muy poco. Silvia le dijo que no podía explicar lo que le había ocurrido la noche anterior, pero que sabía que debía quedarse con Javier, y que no debían verse más, al menos en un tiempo. Él le había contestado que lo mejor era que no se vieran nunca más. Ella le entendió enseguida. Posiblemente nunca más, repitió ella. Lo suyo no lo enfriaría el tiempo.

Silvia le dijo que le quería. Que había sido una de las decisiones más difíciles que había tenido que tomar en su vida. Que hubiera querido tener un motivo al que agarrarse.

Paco le recordó lo que siempre le había dicho, incluso antes de que se vieran por primera vez. Silvia le dijo que vivir ese amor había sido maravilloso. Y colgó el teléfono.

Desde esa llamada ni una más. Ni él ni ella. Ni un mensaje. Nada.

La casa olía a humedad, pero a él le gustaba. Olía a piedra y a musgo, y la temperatura era fresca.

Salió a la calle y se fue al bar. De primeras nadie le conoció, salvo Agustina, la hija del tabernero.

Agustina era una mujer guapa. Muy andaluza, como decía su madre. Pensó que Agustina hubiera sido la nuera perfecta para su madre.

La chica le miró sonriente y se irguió. Llevaba una falda de corte clásico y un jersey de cuello caja, de los de toda la vida. Llevaba puesto por encima un delantal de peto, pero sus pechos se adivinaban bajo él grandes, firmes. Recordó que, en una ocasión, en las fiestas de verano, habían bailado y se los había notado apretujados contra su torso. Le había provocado una erección tremenda, y Agustina, lejos de apartarse, había arrimado sus caderas contra su pelvis con fuerza.

Le miró la falda, ajustada, quizás algo pequeña de talla para ella. Las caderas habían tomado forma. Agustina debía rondar los treinta y cinco años.

Un hombre salió de la trastienda y le dio una palmada en el trasero. Agustina estaba casada, evidentemente.

La mujer puso cara de fastidio y le miró. A él no le pasó desapercibido el gesto.

Pensó que posiblemente se acostaría con ella. Le daba igual el tabernero mientras a ella aún le importase menos. Además, una aventura con Agustina no le iba a aportar nada, ningún problema, salvo salir del pueblo a hostias y eso

le importaba más bien poco. De hecho, casi agradecería que alguien le diera un buen viaje.

—Sabía que ibas a venir —le dijo Agustina acercándole un vaso de vino—. Aquí todo es noticia y desde que tu madre llamó para lo de la limpieza... Anda, invita la casa, pero solo por hoy.

—Vaya, yo te creía más generosa.

—Ya sabes que lo soy. Generosa lo que quieras, pero el vino no se fia.

Paco le echó la mirada que Agustina estaba deseando recibir.

—Mira que eres vulgar, Paco —le dijo la mujer.

—Así que en realidad no me has reconocido —le dijo Paco—, estabas avisada de que iba a venir.

—Te hubiera reconocido de todos modos y donde fuese, Paco. ¿A qué has venido?, ¿a olvidar? Aquí solo venís a eso —respondió Agustina con cierta amargura, pensando en todos aquellos amigos que habían marchado del pueblo y que, o no volvían o solo se dejaban caer cuando buscaban un lugar donde resarcirse de experiencias negativas.

Paco la miró con seriedad.

—No me toques los cojones, Agustina.

La mujer apretó los labios en gesto de enojo. Supo que Paco se había enamorado de alguien y que traía el lastre auestas. Se acordó de aquel verano en que hubiera dado su vida por ser su novia, pero él se había encaprichado de otra. Aquel día, en el baile, se dejó manosear para ver si lo pillaba, pero él no tenía ojos para ella.

—Mira que eres cabrón, Paco — le dijo con la rabia alimentada por el recuerdo.

—Ya no tenemos quince años, ¿no?

Agustina lo entendió enseguida. Supo que lo máximo a que podía aspirar con aquel hombre era a pasar algún buen rato de cama. ¡Al demonio!, pensó. Llevaba toda su vida metida en el pueblo, en aquel bar que antes había regentado su abuelo y luego su padre. Había crecido tras aquel mostrador. Había desayunado, comido, merendado y cenado allí cada día de su vida. Allí había hecho sus deberes, los esenciales, los de la enseñanza obligatoria. Ahí, en aquel pequeño lavabo le había bajado la menstruación por primera vez.

Y allí, cómo no, en la trastienda, se había quedado embarazada del que sería su marido, a la tercera vez de hacerlo. En aquel comedor de manteles de hule habían hecho el banquete de bodas. Y allí mismo había roto aguas las dos veces que había ido de parto.

Desde niña había guardado las formas. Su madre le había enseñado a torear a los borrachos y a mantener su honra a toda costa. Por eso mismo se había casado al mes escaso de saber de su embarazo. Sabía driblar pellizcos y roces maliciosos, y encajaba piropos y miradas. Pero tenía más de treinta y cinco años y Paco le gustaba, le gustaba de verdad.

Se acostaría con él todas las veces que le viniese en gana, aunque él pensara en otra. Sabía que Paco no se quedaría jamás en el pueblo, y que tampoco le propondría que se marchase con él. Sabía que jamás se enamoraría de ella. En realidad, ella tampoco estaba enamorada de él. A estas alturas de su vida ya no tenía ganas de amoríos.

Cuando Paco se dirigió a la puerta, Agustina le pegó una voz desde el mostrador:

—¿Tienes algo en la casa para la cena?

—No —contestó Paco. Le hizo gracia el habla de Agustina: ese uso del artículo ante el término casa, “la casa”, le había dicho. Llevaba tanto tiempo fuera de Andalucía que había perdido esas pequeñas variaciones en el habla, que le evocaban las conversaciones de su abuela y de su madre en su infancia.

—Pues en un rato te llevo una tortilla. Y si quieres un poco de asadura para poner al pan del desayuno, también.

Asadura, pensó Paco, eso sí que era todo un lujo.

—¿De lomo o de chorizo? —le preguntó deseando que fuera de lomo, que era su preferida.

—De qué va a ser, Paco. Que yo no tengo estudios, pero a memoria no me gana nadie. Que tampoco hay tanto que recordar aquí, en el pueblo.

Paco le sonrió. Había que reconocer que Agustina era una buena mujer. Era una lástima, desde luego, una auténtica lástima que él no estuviera hecho para vivir con una mujer como aquella. Puestos a pedir, y sabiendo que Agustina estaba deseando complacerle, le pidió un favor más.

—Oye Agustina, esa tortilla, que lleve cebolla.

—Que sí, hombre, que ya sé.

El marido de Agustina ni se inmutó. A fin de cuentas, se trataba de Agustina. Y Agustina estaba predestinada a morir tras ese mostrador, que era donde había nacido.

Aquella misma noche, después de cenar la tortilla de patatas, Paco no se podía quitar de encima el olor de la cebolla.

Se llevó las manos a la cara y vio que el olor no procedía de ellas. Bajó la barbilla hacia el pecho e inspiró. Se abrió la camisa y acercó la cabeza aún

más. Notó el olor con intensidad.

Recordó las manos de Agustina acariciándole y masajeándole todo el cuerpo. Pensó en sus pechos pegados al suyo. En sus risas, sus jadeos y su pelo alborotado. En las sábanas revueltas y las manchas dejadas sobre ellas. En los pelos pegados a la almohada. El paquete de pañuelos de papel abierto en la mesilla y el preservativo usado envuelto en uno de ellos. Rememoró el ruido del grifo de la ducha, de la cisterna del váter, del chapoteo de las manos de Agustina mientras se aseaba en el bidé a la vez que él se duchaba y le explicaba los últimos chismes del pueblo. Recordó su peso, su olor, su sudor, su aliento caliente y dulce.

Era todo humano y terrenal. Tremendamente terrenal.

Entonces pensó en Silvia, en sus besos y en la única vez que habían hecho el amor. Quiso traer a la memoria el olor y la textura de su piel, su sudor, su aliento, pero no recordó nada de eso. Ni rastro. Solo la recordaba a ella. Se fue a la ducha de nuevo y se aseó. Se metió en la cama, cerró los ojos y hundió la cabeza en la almohada hasta caer dormido.

A las cinco de la mañana oyó unos ruidos extraños. Todavía no era capaz de reconocer el sonido del pueblo. Miró a su alrededor y vio que seguía tumbado en la cama, medio vestido, tal cual se había quedado tras la marcha de Agustina. Se olió nuevamente las manos intentando buscar el aroma a cebolla de la noche anterior, pero solo encontró olor a jabón de glicerina.

Se giró para comprobar la hora que era y decidió que no podría conciliar de nuevo el sueño.

Entonces abrió el sobre que le había llegado aquella misma mañana por mensajería. Tenía que leerse aquel manuscrito en poco más de dos días y debía enviar su informe a la agencia editorial urgentemente. Lo primero que vio fue una nota de la directora de la agencia enganchada sobre la cubierta de plástico del manuscrito: “Paco, te adjunto unas cuantas notas con mi opinión, pero no las leas hasta que te hayas leído la novela”.

Paco giró la nota y leyó el título de la novela:

“YO NO DECIDÍ SOÑARTE”, por Silvia Pedrosa Gil.

El corazón comenzó a latirle de forma desbocada. Abrió frenéticamente el manuscrito y leyó alguno de los párrafos que había marcado la directora de la agencia. Su vida, parte de su vida y de sus deseos estaban en esa novela. Lanzó el manuscrito al suelo y abrió el sobre que contenía el informe de lectura.

Una de las conclusiones le saltó a la vista:

“TITULO: Paco, la novela me gusta, pero no me veo claro el título. La autora duda entre dos: “Yo no decidí soñarte” y “Nunca pedí que me soñarás”. Yo creo que es mejor el primero. El segundo suena a reproche, como si la protagonista quisiera echarle a él la culpa de todo por haber soñado con ella. Es mucho mejor el primero, ¿no crees? “Yo no decidí soñarte” es más ambiguo, es como si quisiera decir que a veces, sin que nadie lo busque, ocurren cosas que no tienen explicación. A todo eso, hacía tiempo que no veía en un manuscrito un protagonista con tu nombre: Paco. Quizás ese nombre habría que cambiarlo. Resulta demasiado clásico. Aunque bien pensado, no, es posible que le confiera más realidad al relato.”

Paco apagó la luz, cerró los ojos y decidió refugiarse en el sueño.

FIN

## LAS MENTIRAS PRECISAS

En el capítulo “Un mensaje en el buzón” de esta novela, Silvia recibe la llamada de Manuela Scotti, una abogada italiana.

La autora nos hace un guiño a una de las protagonistas de su primera novela, “Las mentiras precisas”.

¿Quieres saber de qué trata esta novela? Te lo explicamos:

Manuela ve cómo la plácida vida emocional de su prima Sara se desmorona. Intentando ayudarla, descubrirá sorprendentes paralelismos entre Sara y su propia madre, será testigo de sus pasiones y destapará aspectos de su pasado que le eran del todo desconocidos. La trama de secretos y mentiras en que se verá inmersa acabará afectando a su propio futuro.

Fiestas familiares, preguntas innecesarias, rencores, delitos, amores insospechados y revelaciones que nunca debieron salir a la luz romperán silencios y obligarán a una madre y una hija a mirarse de frente y tomar decisiones.

“Las mentiras precisas” es una novela coral, de tiempos y de amores cruzados. Una novela familiar, de dos generaciones de mujeres que repiten, sin saberlo, los mismos errores.

Habla de amor y de pasiones y también de mentiras. Porque a veces la mentira juega un papel esencial para salvaguardar la paz y el equilibrio familiares.

La novela mira a la mentira a la cara, alejándola de tópicos, y aborda el tema de la infidelidad femenina. Trata de la eterna lucha entre el amor y la pasión, que se reproduce de forma muy similar en sus protagonistas, con independencia de su edad y de su época.

Es ante todo una historia de amor por encima de las debilidades humanas. Una historia que se debate entre el determinismo del destino y el libre albedrío. Una historia de compasión humana en la que todos nos podemos sentir reflejados, por nosotros mismos, o por otros.

